
El cuarto rojo

William Le Queux

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8762

Título: El cuarto rojo

Autor: William Le Queux

Etiquetas: Novela, Misterio, Suspenso, Detectives

Editor: Fernando Guzmán

Fecha de creación: 25 de marzo de 2026

Fecha de modificación: 25 de marzo de 2026

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Prefacio

En el corazón de esta novela se esconde una habitación donde convergen los secretos, las sospechas y los temores de una época marcada por la intriga. El cuarto rojo nos introduce en un mundo donde nada es lo que parece, y donde cada sombra proyectada sobre la pared puede ser el eco de una conspiración. William Le Queux, maestro del suspense y pionero del espionaje literario, nos guía por pasillos de incertidumbre, revelando poco a poco los hilos que conectan la ambición, el peligro y la verdad.

Esta obra, publicada en 1909, conserva intacta su capacidad de inquietar y fascinar, como si el cuarto aún estuviera esperando que alguien se atreva a entrar.

Capítulo Uno

Tres hombres inquisitivos

El quince de enero de 1907 fue martes. Tengo buenas razones para recordarlo bien.

En esta narración de hechos sorprendentes hay poco que me involucre directamente. Se trata, en su mayor parte, de lo que hicieron otros; hechos extraños, sin duda, y más extraño aún que sea yo quien los relate.

Aquella mañana de martes, poco después de las once, estaba ocupado desmontando el motor de uno de los automóviles en mi taller de High Road, en Chiswick. Dick, uno de mis hombres, había tenido problemas con el modelo “cuarenta y ocho” mientras traía a dos jóvenes caballeros desde Oxford la noche anterior, y yo intentaba identificar la falla.

De pronto, al levantar la vista, vi a mi lado a un hombre que vivía a unas cuantas puertas de mi casa, en Bath Road, Bedford Park. Era un hombre misterioso. Me saludó cordialmente, con las manos metidas en los bolsillos de su raído abrigo negro. Al devolverle el saludo me enderecé, preguntándome qué lo traía por allí y si deseaba alquilar un automóvil.

Lo conocía de vista desde hacía un par de años, pues frecuentemente lo veía pasar frente a mi casa, aunque rara vez habíamos mediado palabra. La verdad es que sus movimientos parecían erráticos y su aspecto desaliñado resultaba evidente, aunque en ocasiones se le veía bien vestido y elegante. Sus ausencias eran tan frecuentes que mi esposa y yo habíamos llegado a mirarlo con cierta sospecha; en los suburbios de Londres no es fácil pasar desapercibido entre los vecinos.

—¿Puedo hablar con usted en privado, señor Holford?
—preguntó con cierto titubeo, lanzando una mirada hacia mi

chofer, Dick, que en ese momento tenía la mano dentro de la caja de cambios.

—Por supuesto —respondí—. ¿Quiere pasar a mi oficina?

Lo conduje a través del taller hasta mi despacho, desde cuyas ventanas de vidrio podía observar todo el trabajo en marcha. Mi visitante tendría, calculé, unos cincuenta o cincuenta y cinco años. Era un hombre delgado, de aspecto intelectual, con el cabello y el bigote encanecidos, ojos oscuros y preocupados, mentón prominente y bien afeitado, rostro aguileño y tez algo cetrina, aunque de complexión atlética. Muchas veces había intentado adivinar su ocupación, siempre en vano. A veces vestía con ropa indudablemente confeccionada por un sastre del West End; otras, como ahora, aparecía desaliñado y aparentemente sin recursos.

Mi esposa, con quien me había casado tres años antes, justo al iniciar mi negocio de automóviles, lo había catalogado desde el principio como un aventurero, alguien a quien convenía evitar. Su instinto femenino solía ser certero. De hecho, una noche lo había visto en un palco de teatro, vestido de etiqueta y acompañado de una dama cubierta de alhajas y de otro caballero; en otra ocasión lo había sorprendido en la estación de Charing Cross registrando equipaje para Europa, acompañado de dos hombres bien vestidos. Yo mismo lo había visto llegar más de una vez en un coche de alquiler con maletas gastadas y equipo de viaje, y en otras ocasiones lo había divisado en el West End, con sombrero de copa y levita, paseando con elegantes amigos.

Las mujeres suelen sentir curiosidad por sus vecinos, y mi esposa no era la excepción. Había descubierto que aquel señor se llamaba Kershaw Kirk, era soltero y vivía con su hermana Judith, nueve años menor que él, también soltera. Empleaban a una mujer de limpieza cada viernes, pero, como Kirk se ausentaba con frecuencia, preferían no tener una sirvienta permanente. Yo desconfiaba de ese detalle; el señor Kirk era un misterio y las criadas siempre tienden a husmear en los asuntos de sus patrones.

Mi visitante guardó silencio unos instantes después de tomar la silla que le ofrecí. Sus ojos oscuros se fijaron en mí con

una mirada intensa y extraña, hasta que, con cierta vacilación, dijo al fin:

—Creo, señor Holford, que usted es agente de un nuevo neumático alemán, el Eckhardt, ¿no es así?

—Así es —respondí—. Soy agente exclusivo en Londres.

—Bien, quiero examinar uno —exclamó—, pero en estricta confidencia. Otros vendrán probablemente a pedirle ver ese neumático en particular, pero deseo que considere el hecho de que yo lo he visto como algo absolutamente entre nosotros. ¿Lo hará? De su discreción depende un asunto muy serio; cuán serio, lo comprenderá algún día.

Lo miré sorprendido. Su petición de secreto me pareció bastante peculiar.

—Bueno, si así lo desea —respondí—, consideraré confidencial que haya visto el Eckhardt antideslizante. ¿Está relacionado con alguna nueva invención? —pregunté con suspicacia.

—En absoluto —rió—. No tengo nada que ver con los automóviles ni con el comercio del motor. Solo quiero deleitarme viendo uno de los nuevos neumáticos.

Subí entonces y bajé con una de las cubiertas alemanas para que la examinara. La tomó en sus manos y, cuidando de que Dick no lo observara desde afuera, estudió de cerca los tacos triangulares de acero con que estaba equipada. Sacó del bolsillo un papel doblado, midió el ancho del neumático y marcó una señal en el borde. Luego palpó los bordes de los tacos y comenzó a preguntar sobre la duración del neumático.

—El inventor, que vive en Colonia, estuvo aquí hace tres meses y aseguró que duraba tanto como tres neumáticos de las marcas más conocidas —respondí—. Pero, para decir la verdad, debo admitir que nunca lo he probado personalmente.

—¿Ha vendido algunos, supongo?

—Sí, varios juegos; y creo que han dado buen resultado.

—¿Es usted el único agente en este país?

—No; Farmer y Payne, en Glasgow, tienen la agencia para Escocia —contesté, preguntándome por qué le interesaba tanto aquel neumático si no tenía relación con los

automóviles.

Lo examinó por segunda vez, muy minuciosamente; luego, dejándolo a un lado, me dio las gracias y se disculpó por ocupar mi tiempo.

—Recuerde —dijo—: ni una palabra a nadie de que me ha mostrado esto.

—Ya prometí, señor Kirk, no decir nada —respondí—; pero confieso que sus advertencias sobre el secreto han despertado bastante mi curiosidad.

—Probablemente —contestó, y una sonrisa afable se extendió por su rostro delgado y algo melancólico—. Pero nuestra relación no es muy íntima, ¿verdad? Muchas veces he estado a punto de invitarlo a pasar a mi casa a fumar conmigo. Estoy algo solo, y me agradecería mucho que pasara una hora en mi compañía.

Mi curiosidad natural por descubrir más acerca de aquel hombre, tan misterioso, me llevó a aceptar con gusto la idea de conversar. Así, acordamos que lo visitaría después de la cena esa misma noche.

—Viajo mucho —explicó con aire despreocupado—; por eso nunca me gusta hacer compromisos con demasiada anticipación. Siempre prefiero vivir el presente y dejar que el mañana se ocupe de sí mismo.

Hablaba con refinamiento y, aunque su aspecto era descuidado, era sin duda un caballero bien educado. Miró alrededor del taller y le mostré la docena de automóviles que alquilaba, así como los coches privados que sus dueños dejaban bajo mi cuidado. Pero, por la manera en que los examinaba, comprendí que, por más ignorancia que fingiera respecto a los motores, no era ningún novato. Parecía saber casi tanto de encendido, sincronización y lubricación como yo. Y cuando lo comenté, su rostro solo se distendió en una sonrisa enigmática.

—Bueno, señor Holford —exclamó al fin—, sin duda lo estoy reteniendo, así que me retiraré. Recuerde: lo espero para conversar a las nueve de esta noche.

Y, abrochándose su raído abrigo, se marchó en dirección a Turnham Green.

Media hora más tarde recibí una llamada telefónica desde el otro lado de Londres, donde un cliente estaba comprando un automóvil nuevo, y no fue sino hasta las seis cuando regresé al taller. Allí encontré a mi gerente, Pelham, que durante la mañana había estado probando un automóvil en la carretera de Ripley.

—Ocurrió algo curioso esta tarde, señor —dijo al verme entrar—. Vinieron dos hombres, ambos bastante misteriosos, uno tras otro, a ver un neumático Eckhardt antideslizante. No tenían intención de comprarlo; solo querían verlo. El segundo incluso quiso que lo hiciera rodar en el barro de afuera para mostrarle la huella que dejaba. ¡Imagínese que yo hiciera eso con un neumático nuevo!

Su comentario me desconcertó. Eran las visitas que Kirk había predicho. ¿Qué podía significar?

—¿No dieron ninguna razón de por qué querían ver la cubierta?

—Dijeron que habían oído hablar de ella, nada más —respondió mi gerente—. Ambos querían tomar toda clase de medidas, pero les dije que lo mejor sería que compraran un juego completo. Me parece que se trata de algún invento en ciernes; sospecho que alguien tiene un plan para mejorarla y presentarla como patente británica.

Pero guardé silencio. Ya estaba convencido de que detrás de esas tres visitas había algo inusual, y decidí intentar arrancarle la verdad a Kershaw Kirk. Poco imaginaba la razón por la cual el neumático Eckhardt estaba siendo examinado con tanto detenimiento por desconocidos. Poco imaginaba también los extraños sucesos que habrían de seguir, ni el torbellino de aventuras en el que iba a verme lanzado de repente.

Pero lo dejaré todo escrito tal como ocurrió, y trataré de presentarles el relato completo y directo: un relato que mostrará cuán extrañas pueden ser las cosas que le suceden a un ciudadano pacífico, trabajador y constante en este Londres nuestro de hoy.

Capítulo Dos

Algunos hechos extraños

El señor Kirk abrió la puerta de su casa aquella noche y me condujo a un acogedor estudio al fondo del pasillo, donde ardía un fuego brillante.

Ataviado con una bata de terciopelo negro, un chaleco vistoso y unas zapatillas bordadas con cuentas brillantes, me dio una cálida bienvenida y acercó un amplio sillón de respaldo profundo. Por lo que había visto de la casa, me sorprendió su buen gusto y elegancia; no había allí señales de pobreza. El estudio estaba amueblado con sólida comodidad, y los volúmenes que lo rodeaban eran los libros de un hombre estudioso. El cigarro que me ofreció era exquisito, aunque él prefería su bien curada pipa de espuma de mar, que llenaba de un antiguo tarro de tabaco alemán. En una esquina del cuarto estaba su mascota, un gran loro gris en una jaula, al que de vez en cuando dirigía la palabra durante la conversación.

Una de sus rarezas consistía en pensar en voz alta y dirigir sus reflexiones a su extraño compañero, cuyo nombre era Joseph.

Debíamos de haber conversado durante media hora cuando le mencioné que dos personas habían pasado aquella tarde a inspeccionar el nuevo neumático Eckhardt. De inmediato se inclinó hacia adelante en su silla y exclamó:

—Uno de los hombres llevaba barba oscura y estaba algo calvo, mientras que el otro era rubio y mucho más joven, ¿eh? Le expliqué que había sido mi gerente, Pelham, quien los había visto, y entonces respiró con más tranquilidad; sin embargo, mi anuncio parecía haberle causado una consternación y una alarma desmedidas. Presionó el tabaco con cuidado en su pipa, pero no hizo más comentarios. Al fin,

levantando la cabeza y mirándome directamente, dijo:

—Debo explicarle, señor Holford, que tuve un motivo oculto al invitarlo esta noche. La verdad es que necesito con urgencia un amigo; alguien en quien pueda confiar. Supongo —añadió— que debería contarle algo sobre mí. Bien, soy un hombre con muchas relaciones, pero con muy pocos amigos. ¿Mi profesión? Eso es asunto mío. A menudo me lleva lejos y a veces me obliga a tratar con compañías extrañas. La verdad es —dijo tras vacilar un momento— que soy un comerciante de secretos.

—¿Un comerciante de secretos? —repetí—. No lo entiendo del todo.

—Los secretos que a veces se me confían, si los traicionara, causarían una sensación mundial —dijo lentamente, mirando fijamente el fuego—. En ocasiones poseo hechos acerca de mis semejantes que eclipsarían cualquier escándalo de los últimos veinte años. Y en este momento, como le digo, necesito con urgencia un amigo.

Notó enseguida la expresión de mi rostro.

—No quiero ayuda financiera —se apresuró a asegurarme—. Al contrario, si alguna vez puedo serle de utilidad, suelo tener algunas libras disponibles.

Le agradecí, mientras mi curiosidad crecía aún más. Estaba sentado en un gran sillón de respaldo alto, con la cabeza apoyada en el costado acolchado y la mirada algo melancólica fija en las llamas danzantes. A su espalda había un escritorio de tapa enrollable, abierto y ordenado, con un secante limpio y todo en su sitio.

—Para serle franco, señor Holford —dijo—, debo contarle que ha ocurrido un incidente que me obliga a acudir a usted, un casi desconocido, en busca de amistad y ayuda. Ah —añadió, con una mirada aguda y curiosa—, veo que no confía en mí. ¡Nunca debe juzgar a un hombre por su ropa!

—Nunca lo hago —protesté—. Pero aún no ha explicado por qué está tan ansioso de mi amistad.

Guardó silencio unos minutos. De pronto, se volvió hacia el

gran loro gris y le preguntó con tono chillón, casi un graznido:

—¿Debo contárselo, Joseph? ¿Debo contárselo? —¡Buenas noches! —respondió el parlanchín pájaro—. ¡Buenas noches! ¡Buenas noches! ¡Joseph!

—Bueno —dijo mi anfitrión lentamente, sacudiendo las cenizas de su pipa en el hogar—, se trata de un asunto serio y muy curioso, del cual el público aún no sabe nada. Hay cosas que no se permiten filtrar a los periódicos; esta es una de ellas. Me pregunto —continuó pensativo tras una pausa— si, al contárselo, usted guardaría el secreto.

—Por supuesto —respondí, lleno de curiosidad, pues no veía el motivo de Kirk para pedirme ayuda y mi cautela natural se imponía.

—Por cierto —replicó de pronto—, ¿conoce algún otro idioma además del inglés? —Sé francés bastante bien —contesté—, y algo de italiano. —¿Nada más? ¿Alemán, por ejemplo? Respondí negativamente.

Se levantó y encendió de nuevo su pipa. Luego conversó unos minutos con Joseph, mientras parecía reflexionar sobre lo que debía decirme. Al fin, volviendo a sentarse en su silla antigua, me miró de nuevo directamente y dijo:

—Me ha dado su promesa de silencio, señor Holford. La acepto de alguien a quien he observado de cerca por mucho tiempo y sé que es un caballero. Ahora voy a contarle algo que probablemente lo alarme. Se ha cometido un crimen, un crimen muy grave, en Londres durante las últimas cuarenta y ocho horas, y yo, Kershaw Kirk, estoy implicado en él... o, más bien, soy el sospechoso.

Me quedé mirando al hombre frente a mí, demasiado sorprendido para responder. Siempre había sido un enigma, y el misterio en torno a él crecía.

—Cuénteme más —le pedí al fin, observando el rostro del

presunto criminal—. ¿Quién es la víctima?

—Por ahora mantengo el asunto en estricto secreto —dijo—. Hay razones, razones muy poderosas, para que el público no sepa de la tragedia. Hoy en día la publicidad es la maldición de la vida; por fin el Ministerio del Interior lo ha reconocido. Le dije que soy guardián de secretos. Pues bien, aparte de mí, no más de tres personas conocen este sorprendente asunto.

—¿Y sospechan que usted de sea el asesino? —observé.

—Desafortunadamente, sí lo seré —respondió, y vi cómo su semblante se ensombrecía—. Lo preveo. Por eso necesito su ayuda; la ayuda de un hombre honesto y, además, caballero.

Y volvió a hablar con Joseph, que no cesaba de lanzar chillidos.

—Estoy ansioso por conocer los detalles del asunto —dije con impaciencia.

—Ojalá pudiera contárselos —respondió con una sonrisa amarga—; pero ni yo mismo los conozco. El asunto es un misterio; uno del que incluso la policía debe permanecer ignorante.

—¿No se ha informado a la policía?

—No —contestó de inmediato—. En ciertos casos, informar a la policía significa publicidad. En este caso, como ya le he dicho, no debe haber publicidad. Por lo tanto, aunque se ha cometido un crimen, se mantiene oculto a la policía, que, al no conocer los hechos, solo entorpecería las investigaciones y cuyo limitado alcance de indagación terminaría en fracaso.

—Me interesa, señor Kirk. Relátame los hechos conocidos —pedí—. ¿Por qué, dígame, se sospechará que usted es el asesino?

—Bueno —dijo con un largo suspiro—, porque... porque tenía todo que ganar con la muerte de la persona asesinada. Él me había robado un secreto muy valioso.

—Entonces, la víctima no era su amigo.

—No; era mi enemigo —respondió—. Usted, señor Holford, como inglés, sin duda pensará que es imposible que me arresten, me juzguen en secreto y me condenen a trabajos forzados de por vida por un crimen del que soy inocente. Cree que todo hombre en esta isla convulsa nuestra debe tener un juicio justo ante juez y jurado. Sin embargo, le digo que hay excepciones. Hay ciertos hombres en Inglaterra que nunca serían llevados ante un tribunal penal. Yo soy uno de ellos.

Al principio me incliné a considerar a Kirk un loco, pero al mirarle el rostro vi una expresión de sincera seriedad y, de algún modo, sentí que me decía una extraña verdad.

—Ciertamente pensaba que no había excepciones —dije.

—Yo soy uno de los pocos —respondió—. No se atreven a ponerme en el banquillo de los acusados.

—¿Por qué?

—Por ciertas razones —y sonrió misteriosamente—, razones que usted, si llega a ser mi amigo, quizá algún día descubra. Vivo aquí, en esta calle secundaria de un suburbio londinense, pero este no es mi hogar. Tengo otro... muy lejos de aquí.

Y, volviéndose de pronto, dirigió preguntas a Joseph, pidiéndole su opinión sobre mí.

—¿Dónde está tu abrigo? —chilló el ave—. ¿Dónde está tu abrigo? ¡Buenas noches!

Toda la escena resultaba extrañamente rara e incongruente.

Kirk, en un momento, hablaba de una tragedia notable y, al siguiente, bromeaba con su mascota. Al fin, sin embargo, logré llevar a mi anfitrión al punto y le pregunté directamente qué había ocurrido.

—Bueno —dijo, dejando su pipa y apoyando su mentón prominente en la mano derecha mientras me miraba de frente—, sígame unos momentos y le describiré, lo mejor que pueda, todo lo que se sabe del asunto... o, más bien, todo lo que yo sé. ¿Conoce usted Sussex Place, en Regent's Park?

Respondí afirmativamente. Era, como usted sabrá, un *crescent* muy respetable de grandes casas que daban al parque. Se entraba por la calle trasera, pues las fachadas miraban hacia el parque; era quizá una de las hileras de residencias más agradables de Londres. Sus ocupantes eran en su mayoría comerciantes de la City o damas acomodadas.

—Pues bien —dijo—, en una de esas casas ha vivido durante los últimos cinco años el profesor Ernest Greer, el conocido químico, que entre otros cargos ostenta la cátedra Waynflete de Química en la Universidad de Oxford. Aunque su edad es de apenas cincuenta y cinco años, ha dedicado toda su carrera a la investigación científica, con el resultado de haber acumulado una considerable fortuna gracias a las regalías obtenidas por el nuevo proceso que patentó hace cuatro años para endurecer el acero. Estoy seguro de que ha visto su nombre en los periódicos. Era un hombre muy popular y, junto con su hija Ethelwynn, asistía con frecuencia a eventos sociales. Además de la casa en Regent's Park, tenían una bonita cabaña junto al mar en Broadstairs.

—He visto muchas veces el nombre del profesor en la prensa —observé—; creo que en relación con la Asociación Británica. Hace poco leí un relato de una de sus interesantes conferencias en la London Institution.

—Entonces comprende su alta posición —dijo Kirk,

intercalando un comentario a Joseph—. Pues bien, la señora Greer ha fallecido, y la casa de Regent's Park la ocupan el profesor, Ethelwynn, su doncella Morgan, dos criadas, una cocinera y el mayordomo Antonio Merli, un italiano anciano que ha servido al profesor por casi veinte años. Anteayer por la tarde —eso fue domingo— a las cinco menos veinte, el profesor y su hija estaban juntos en el gran salón del piso superior, que da al parque, donde Antonio sirvió el té. Cinco minutos después, Antonio regresó y entregó a su amo un telegrama. El profesor, tras leerlo, lo arrojó al fuego y comentó que tendría que ir esa noche a Edimburgo en el tren de las 11:30 desde King's Cross, pero que volvería en tres días, pues la joven había aceptado una invitación para el gran baile en Sutherland House mañana.

—¿El profesor no respondió al mensaje? —pregunté, muy interesado.

—No; pero media hora más tarde su conducta le pareció algo extraña a su hija pues, tras mirar de pronto el reloj, se levantó, cruzó hacia una de las tres largas ventanas —la del extremo— y levantó la persiana. Luego, tras una pausa, la bajó de nuevo. Dos veces más la subió y la bajó rápidamente, y volvió a sentarse. Al menos, esa es la versión de su hija.

—Señaló a alguien... usando el código Morse, diría yo.

—Exactamente mi teoría, señor Holford. Veo que me sigue —exclamó aquel hombre solitario—. ¡Posee un agudo sentido de deducción!

—¿Aparentemente usted no cree en la declaración de la señorita Ethelwynn? —dije.

Él resopló rápidamente, pero no respondió al principio.

—El hecho de que levantara y bajara las persianas a una hora convenida demuestra que se comunicaba con alguien que esperaba la señal afuera, en Regent's Park —comentó al fin.

—¿Y luego qué ocurrió?

A las ocho cenó, como de costumbre, con su hija, y después de la cena el fiel Antonio empacó su bolso de viaje y la maleta, colocando únicamente la ropa suficiente para una estancia de tres días. Por orden de su padre, Ethelwynn telefoneó a la oficina del jefe de estación en King's Cross y aseguró un camarote en el expreso de las 11:30 hacia Edimburgo. A las once menos cuarto besó a su hija, le deseó buenas noches y partió en un coche hacia la estación, prometiendo volver en tres días para llevarla al baile.

—Y desapareció... supongo. —No, no desapareció —exclamó mi interlocutor, volviéndose hacia el ave—. El señor Holford saca conclusiones demasiado rápido, ¿verdad, Joseph? —Y lentamente volvió a encender su pipa, que se había apagado.

—Primero —prosiguió—, permítame describirle la disposición de la casa del profesor. Todo el piso bajo y el primero estaban destinados a salas de recepción. Los dos pisos superiores y los áticos eran dormitorios. Ahora bien, en el primer piso, pasando por lo que se conoce como la Sala Roja, un pequeño *boudoir* en la parte trasera, y luego por un corto pasillo, se llegaba a un amplio estudio, añadido por un antiguo propietario, un artista famoso. La única entrada era a través de la Sala Roja. El profesor alquiló la casa precisamente por ese estudio, que acondicionó como laboratorio. Allí, a salvo de intrusos, realizaba sus experimentos y lograba los descubrimientos que lo hicieron mundialmente célebre. El laboratorio estaba separado del *boudoir* por ese pasillo, con dos puertas: una en el *boudoir* y otra en la entrada del taller. Ambas tenían cerraduras patentadas, cuyas llaves llevaba el profesor en la cadena de su reloj. Nadie más tenía llaves, y la puerta del invernadero sobre el pórtico estaba tapiada. Era una precaución natural para evitar que alguien curioso entrara en su ausencia y descubriera sus trabajos.

—Entonces eran experimentos secretos los que realizaba —observé. —Sí. Y ahora, la secuencia misteriosa de hechos.

Son los siguientes: a la mañana siguiente, cuando los sirvientes abrieron la casa, una doncella encontró sobre la mesa del vestíbulo una nota dirigida a la señorita Greer. Al abrirla, Ethelwynn halló que era de su padre, diciéndole con pesar que debía ausentarse en el extranjero por varios meses, pero que no debía inquietarse; le daba ciertas instrucciones, incluso cómo obtener dinero durante su ausencia forzada.

—¿Y después? Joseph, el loro, lanzó un fuerte chillido intentando atraer la atención de su amo.

—Dos horas más tarde, Antonio descubrió en las escaleras que conducen al salón un curioso dije de oro y esmalte en forma de muñeca de madera antigua —una pieza bellamente hecha—, continuó; y media hora después, una doncella, al limpiar el *boudoir* frente a la puerta cerrada del laboratorio, se sorprendió al encontrar una pequeña mancha de sangre sobre la alfombra blanca de piel de cabra. Eso despertó las sospechas de Antonio. Un telegrama enviado por la hija al profesor, dirigido al North British Hotel en Edimburgo, recibió a las tres de la tarde una respuesta diciendo que estaba bien. No fue sino hasta las siete de la noche que Ethelwynn se comunicó conmigo, pues su padre lo había sugerido en la nota. La visité de inmediato y me mostró la carta, la pequeña muñeca dorada y la fea mancha en la alfombra. Mi curiosidad se encendió. Fui a un teléfono en una taberna cercana y, sin que nadie lo supiera, llamé al recepcionista del North British Hotel. Me dijeron que durante el día había llegado un telegrama dirigido al profesor Greer y se había colocado en el tablero de avisos, pero alguien lo reclamó y ningún huésped con ese nombre estaba registrado en el hotel.

—Ahora dice que el profesor era su amigo —observé—. Entendí que antes dijo que era su enemigo. —Lo explicaré después —respondió con impaciencia, aspirando con fuerza su pipa—. Déjeme continuar. Pues bien, al oír esto desde Edimburgo, fui a King's Cross y, para mi sorpresa, comprobé que el profesor Greer había salido de Londres en el tren que

había planeado. El encargado del coche-cama que viajó con él al norte acababa de regresar y describió minuciosamente a su pasajero, mencionando que se negó a tomar té temprano porque su médico se lo había prohibido.

—Una situación desconcertante —dije—. ¿Cómo explica la mancha de sangre? ¿Algún sirviente sufrió un accidente? —No, ninguno. No había perro, gato ni otra mascota; por lo tanto, la mancha era inexplicable. Ese hecho me llevó, contra el consentimiento de la señorita Ethelwynn, a buscar un cerrajero y abrir las dos puertas cerradas del laboratorio.

Se detuvo, mirando de nuevo las llamas con una expresión extraña en sus ojos oscuros. —¿Y qué encontró? —pregunté ansioso. —Descubrí la verdad —dijo con tono duro y cambiado—. Las puertas nos dieron bastante trabajo. Al fondo del laboratorio, acurrucado en un rincón, estaba el cuerpo del profesor. Había sido apuñalado en el corazón, y su rostro presentaba un aspecto horrible: los rasgos habían sido quemados casi hasta quedar irreconocibles por algún fluido corrosivo terrible; un crimen que en todo mostraba un espíritu de venganza diabólico.

—¡Pero eso es extraordinario! —exclamé, mirando al narrador—. ¡El conductor del coche-cama lo llevó a Edimburgo! Además, ¿cómo pudieron quedar las dos puertas cerradas tras el asesino? ¿Tenía aún las llaves la víctima?

—Las llaves seguían en la cadena de su reloj —dijo—. Pero fíjese, hay otro aspecto misterioso en el asunto. Tras la partida de su padre hacia la estación, su hija se puso una bata, envió a Morgan a la cama, se sentó en su sillón frente al fuego en la Sala Roja y tomó una novela. Leyó hasta pasadas las cuatro, pues tenía la costumbre de leer de noche, y luego, al no tener sueño, escribió cartas hasta que el cansancio la venció. No despertó hasta que una doncella entró a las siete para levantar las persianas.

—¡Entonces estuvo toda la noche junto a la única entrada al

laboratorio! —A poco más de un metro de ella —dijo Kershaw Kirk—. Pero el asunto presenta muchas facetas extrañas. Lo peor de todo, señor Holford, es que ciertas personas conocen un motivo —un motivo muy fuerte— por el cual yo mismo habría deseado entrar en ese laboratorio. Por lo tanto, debo ser sospechoso del crimen y... bueno, le confieso de inmediato que no podré probar una coartada.

Guardé silencio un momento.

—¡Incapaz de probar una coartada! —repetí—. Pero la policía aún no sabe nada del asunto.

—No; sin embargo, lo he informado en otro ámbito. Es un asunto gravísimo, pues sospecho que ciertos objetos han sido sustraídos del laboratorio.

—¿Y eso significa... qué?

—Significa, mi estimado señor, mucho más de lo que jamás podría imaginar —respondió—. Este es, al mismo tiempo, el crimen más extraño y más grave que se ha cometido en Inglaterra en medio siglo. Usted es un hombre de acción y de honor, señor Holford. ¿Aceptaré ser mi aliado y ayudarme a intentar desentrañarlo? —preguntó con rapidez, inclinándose hacia mí con total seriedad.

—Por supuesto que sí —respondí, fascinado por la increíble historia que acababa de relatarme, sin importar que él mismo fuera el sospechoso del asesinato.

Me pregunto si, de haber sabido en qué torbellino de temor, sospecha y doble juego me conduciría esa decisión, habría consentido tan a la ligera en prestar mi ayuda. Creo que no.

—Bien —dijo, mirando su reloj—, el lugar no ha sido tocado. Si acepta ayudarme, lo mejor sería que lo viera y formara su propia teoría independiente. ¿Le gustaría venir conmigo ahora? Podría inventar alguna excusa para la señora Holford.

El extraordinario misterio que rodeaba a uno de los científicos más reconocidos del país ya había capturado mi imaginación. Por lo tanto, hice lo que me sugería y, una hora más tarde, descendía de uno de mis propios automóviles frente al pórtico de aquella casa de tragedia.

Un hombre de rostro pálido y mirada grave, vestido de negro

—Antonio—, abrió la puerta al responder a nuestro timbre; pero, al reconocer a mi compañero, lo tomó rápidamente del brazo y exclamó con voz entrecortada:

—¡Ah, signore, justo le había telefoneado! No sabía que regresaría aquí esta noche. ¡Madonna Santa, signore, es terrible... terrible! Ha ocurrido algo más. La joven señorita... ella...

—¿Qué quiere decir? ¿Qué ha pasado ahora? —preguntó Kirk con rapidez—. Dígame, ella... ¿qué?

Pero el viejo italiano no pudo hablar, tan sobrecogido y asustado estaba. Solo arrastró a mi compañero hacia el comedor de la izquierda y, con su dedo huesudo, señaló hacia adentro. Y al entrar en la amplia sala, mis ojos se posaron en una visión que me dejó atónito. Como el viejo sirviente, yo también quedé paralizado.

En verdad, Kershaw Kirk había dicho la verdad cuando afirmó que el misterio no era uno ordinario. En ese momento el problema me pareció insoluble. Ya lo consideraba uno de esos enigmas cuyo secreto jamás se descubre.

¿Quién mató al profesor Greer?

Capítulo Tres

La casa del misterio

Lo que vi en la casa del profesor Greer la noche de aquel quince de enero fue, en verdad, un espectáculo extraño y sobrecogedor. ¡Ah, aún me persigue!

Ese hombre de rostro cetrino que me había conducido allí era, en sí mismo, un misterio y, por su propia confesión, estaba bajo sospecha de un crimen atroz. Además, todo se mantenía rigurosamente oculto a la policía, lo cual, por decir lo menos, era un proceder sumamente inusual. ¿Qué podía significar? ¿Quién era este Kershaw Kirk, este “comerciante de secretos”, como él mismo se llamaba, que parecía inmune a un juicio público, aunque no a un arresto y encarcelamiento? El intrincado problema que se me había planteado en esas horas me tenía fascinado como nada antes. Podía ver que Antonio sentía por el señor Kirk gran temor o gran respeto, pues se mostraba en extremo deferente. Pero lo que vimos dentro del elegante comedor, sólidamente amueblado, con su aparador tallado lleno de antiguas piezas de plata reluciente, fue tan inesperado que incluso mi compañero dejó escapar una exclamación de asombro.

Sobre la alfombra oscura, cerca de la chimenea vacía y con la cabeza apoyada en un cojín de seda amarilla, yacía una joven muy hermosa, de cabello rubio, de unos veintidós años. Su sombrero estaba a un lado; vestía ropa de paseo, con una chaqueta corta de piel y una boa de zorro azul que, al aflojarse, dejaba ver la delicadeza de su garganta blanca. El contorno de su rostro estaba sin color, pero todo un lado aparecía hinchado, desfigurado y blanco como el mármol.

—¡Santo cielo! —exclamó Kirk, arrodillándose junto a ella y tomando sus manos—. ¡Mire! Ha sido desfigurada, igual que su padre. —Y acercó su oído al corazón de la joven—. Traígame

ese pequeño espejo de la pared, señor Holford. ¡Rápido!
—urgió.

Corrí a obedecer, y él colocó frente a su boca el pequeño espejo incrustado en un soporte tallado. Al retirarlo, estaba limpio.

—¿Puede que no esté muerta? —exclamé—. ¿Quiere que vaya por un médico?

—No —gruñó Kirk—; no queremos doctores husmeando aquí. Este asunto me concierne solo a mí, señor Holford. —Y se inclinó sobre la joven para examinarla con un método que me mostró que conocía bien los signos de la muerte.

—Como sabe, signore —dijo Antonio—, la señorita Ethelwynn salió anoche para quedarse en casa de su tía, Lady Mellor, en Upper Brook Street, y no la había visto desde entonces hasta que, hace diez minutos, entré aquí y, para mi asombro, la encontré tendida tal como la ve; salvo que puse el cojín bajo su cabeza antes de telefonarle. No sabía a quién llamar.

—¿No ha informado a nadie más de esto? —preguntó Kirk rápidamente.

—Solo a mi hermano, signore. Está conmigo. Las muchachas se han ido, y Morgan, la doncella de la señorita Ethelwynn, está en casa de Lady Mellor.

—¿Su hermano? —repitió Kirk, pensativo.

—Sí, signore. Está aquí. —Y un hombre respetablemente vestido, algo más joven que Antonio, que había estado en el pasillo, entró e hizo una reverencia—. Pietro tiene una tabaquería en Euston Road —explicó—. Lo llamé porque no me gusta quedarme solo en este lugar ahora.

Kirk lo observó con atención, pero no dijo nada. Su atención estaba puesta en la desdichada joven que, según dedujimos, había regresado en secreto, entrado silenciosamente con su llave y dejado su sombrero en el diván antes de ser atacada por una mano invisible. No había herida evidente y Kirk no podía determinar si aún vivía, pero se negaba a pedir ayuda médica. Confieso que me molestaba su obstinación y me sorprendía el secreto con que trataba todo lo ocurrido; ese hecho reforzaba la sospecha de que él sabía más del crimen de lo que admitía. ¡Seguramente la policía debía ser

informada!

Examinaba con cuidado la ropa de la joven en busca de alguna herida, pero no había ninguna. El rostro, sin embargo, mostraba el inconfundible aspecto de la muerte, y la desfiguración blanca y dura resultaba extraña y horrible. Un ojo estaba cerrado, distorsionado por el dolor, y tanto la boca como la oreja parecían contraídas fuera de su forma.

—¿Quién es responsable de esto? —murmuró Kirk para sí—. ¿Por qué quiso volver aquí en secreto, a la casa donde sabía que su padre yacía muerto? Había un motivo poderoso... igual que lo hay para su muerte, además de la de su padre. —Luego, mirándome, añadió—: Usted sabe, señor Holford, que esta pobre joven era asistente y confidente de su padre. Solía ayudarlo en sus experimentos y tomar notas al dictado de ciertos resultados.

Me arrodillé al otro lado del cuerpo inerte y tomé sus manos sin guantes. Los dedos rígidos estaban fríos como el hielo.

—¡Es brutal, infame! —gritó Kirk en un frenesí de ira—. Quien haya sacrificado así la belleza de esta joven merece la peor muerte. El motivo en ambos casos debe ser venganza. ¿Pero por qué?

Antonio y su hermano trajeron brandy, sales volátiles, amoníaco, agua caliente y otros remedios; pero, aunque Kirk trabajó sin descanso durante media hora con evidente destreza, todo fue inútil. No había signo alguno de vida. De hecho, el color de la parte desfigurada del rostro parecía cambiar lentamente de blanco marmóreo a púrpura. Kirk lo observó, contuvo el aliento y, deteniendo su mano, sacudió la cabeza.

—¿Por qué no llama a un médico? —insistí de nuevo—. Algo puede hacerse todavía. ¡Puede que no esté muerta!

—Yo puedo hacer todo lo que un médico haría —respondió con calma y cierta dignidad, y advertí por la sombra oscura en su frente que mi sugerencia lo había molestado.

Así que me enderecé y observé. Al fin, mi excéntrico compañero concluyó que nada más podía hacerse por la desdichada joven y, entre los cuatro, la levantamos de la

alfombra y la colocamos en el gran sofá de cuero junto a la ventana. Luego Kirk nos condujo por la amplia escalera alfombrada hasta el piso superior. Entrando por una puerta abierta desde el rellano cuadrado, accionó un interruptor eléctrico y reveló un pequeño cuarto elegantemente amueblado: un boudoir tapizado en seda roja oscura. Las paredes eran de blanco mate con molduras doradas, y en los paneles colgaban dos bellas pinturas de la escuela italiana moderna.

La Sala Roja era un verdadero nido de lujo, con sillones bajos, un rincón acogedor junto al fuego y una pequeña mesa de lectura sobre la cual descansaba una selección de las últimas novelas de la biblioteca. En un rincón noté que los cojines estaban aplastados, tal como los había dejado la joven desafortunada cuando fue despertada de su sueño por la entrada de la doncella en la madrugada.

Un lado de la habitación estaba ocupado por un gran ventanal con vidrios de colores que, probablemente, daba a una pared ciega; mientras que, a unos cuatro pies a la derecha del rincón acogedor, había una puerta cerrada, esmaltada en blanco: la puerta que conducía al pasillo hacia el laboratorio. La alfombra era gris pálido, con una guirnalda de pequeñas rosas en el borde, y frente a la puerta estaba la alfombra blanca de piel de cabra. Mi compañero señaló hacia ella y vi allí la reveladora mancha de sangre. El fuego había quedado tal como se apagó en la mañana de la tragedia.

—Mire —dijo Kirk, avanzando hacia la puerta cerrada del laboratorio—. Aquí hay una cerradura patentada, de fabricación costosa, que solo tiene una llave. ¡Encontré esta puerta todavía cerrada!

Al abrirla, pasamos a un pasillo corto de unos doce pies, cerrado por otra puerta similar. También la abrió, y me encontré en un amplio salón, muy alto y bien iluminado por una ventana larga y elevada hacia la calle y otra al fondo, mientras que un tragaluz ocupaba parte del techo. En hileras de estantes había muchos frascos de productos químicos, matraces y delicados aparatos experimentales; a la derecha, un pequeño horno. También había tres mesas cubiertas de

zinc con la variada acumulación de objetos que el dueño había estado utilizando. Vi una puerta tapiada a la derecha que mi compañero explicó que daba al invernadero situado sobre el pórtico.

—¡Mire! —susurró mi amigo en voz baja—. Por aquí. —Y encendió las luces al fondo del gran salón.

Avancé a su lado hasta distinguir, acurrucada en el rincón más lejano, una figura humana con pantalón gris oscuro y levita negra. Parecía como si lo hubieran dejado apoyado en la esquina, y su cabeza gris había caído de lado antes de la muerte. Me acerqué conteniendo el aliento.

La víctima tenía cerca de sesenta años, con cabello y bigote encanecidos, de complexión robusta y hombros anchos. Su posición era retorcida y antinatural, como si se hubiera contorsionado en las últimas agonías de la muerte. Las manos delgadas y cerosas estaban fuertemente cerradas, el cuello de la camisa desgarrado, y el chaleco azul oscuro del profesor mostraba la mancha donde el cuchillo del asesino lo había herido certeramente en el corazón. De sus facciones, yo, un extraño, apenas podía distinguir nada: estaban tan hinchadas, lívidas y marcadas que su aspecto me horrorizó al instante. La desfiguración era tan terrible que apenas quedaba semejanza con un rostro humano.

—Bueno —exclamó Kirk al fin—, ya lo ha visto. ¿Cuál es su opinión?

Estábamos solos en el gran laboratorio, pues Antonio y su hermano se habían quedado abajo a sugerencia de mi compañero. Miré aquel silencioso taller de uno de los químicos más distinguidos de la época y luego contemplé los restos mortales del hombre sobre quien tantos honores habían recaído. Retorcido, encogido, con un brazo levantado como para detener un golpe, el cuerpo era un objeto extraño y espantoso.

—¿Ha sido movido? —pregunté cuando recobré el habla.

—No; está tal como lo encontramos, tal como lo dejó el asesino desconocido —dijo—. La desfiguración, según puedo juzgar, fue causada por algún agente químico: algún ácido u otra sustancia aplicada al rostro con crueldad diabólica, justo

antes de la muerte.

Me incliné más cerca del rostro sin vida para examinarlo y luego coincidí con él. Sin duda era un asesinato motivado por una venganza feroz y amarga.

—Puede ser obra de un loco —sugerí. Pero Kershaw Kirk negó con la cabeza: —No de un loco, sino de un asesino muy astuto que no ha dejado rastro de su identidad. —¿Cree que el profesor fue atacado en el mismo lugar donde está ahora? —pregunté, pues mi amigo parecía conocer bien las costumbres de las clases criminales. —No lo creo. Sin embargo, como ve, el lugar no muestra desorden alguno. No hay señal de lucha.

Miré alrededor y todo parecía en orden. Sobre la mesa más cercana, en el centro, había un delicado aparato de vidrio en el que se habían hecho experimentos recientes, pues aún contenía líquidos amarillentos. Si esa mesa hubiera sido golpeada, los tubos de vidrio se habrían roto, lo que demostraba que el golpe fatal se dio con gran rapidez y en silencio.

Kirk no había pensado en revisar los bolsillos del muerto antes y ahora, arrodillado a su lado, lo hacía. Sacó varios objetos, los examinó y luego me los entregó. Había varias cartas sin importancia, algunas notas químicas escritas a lápiz en un papel en blanco, un reloj de oro con cadena, unas quince libras en efectivo y algunos objetos menores, ninguno de los cuales arrojaba luz sobre la tragedia.

Mi compañero hizo otra revisión cuidadosa del cuerpo. Luego, poniéndose de pie, caminó lentamente por el laboratorio buscando, al parecer, cualquier cosa que el asesino hubiera dejado. Pero por su semblante vi que este excéntrico hombre, que admitía comerciar con secretos, estaba muy desconcertado. El enigma era completo.

Tan complicadas y extraordinarias eran las circunstancias que cualquier intento de desentrañarlas conducía de

inmediato a un callejón sin salida. ¿A quién había señalado el difunto con el código Morse al subir y bajar la persiana? Alguien, amigo o enemigo, había estado esperando afuera, cerca de Clarence Gate en Regent's Park, aguardando un mensaje. Lo recibió de las propias manos del profesor, esas manos que antes del amanecer ya estaban rígidas en la muerte.

Capítulo Cuatro

Un mensaje silencioso

Durante una hora completa permanecimos allí, en presencia del muerto. Frente a aquella figura encorvada me detuve una docena de veces, intentando formar alguna teoría plausible sobre lo que realmente había ocurrido en esa habitación.

El problema, sin embargo, era completamente inexplicable. ¿Quién había matado al profesor Greer? Allí, en el extremo de la cadena de su reloj, estaban las dos llaves que siempre llevaba consigo; llaves que mantenían en secreto sus experimentos lejos de miradas indeseables. Muchos de sus descubrimientos le habían valido miles de libras, y a las compañías que los explotaban, cientos de miles más. En esa misma sala donde yo estaba se había perfeccionado el proceso Greer para endurecer el acero, hoy utilizado en las planchas de blindaje de los más modernos acorazados. Y, sin embargo, la mente maestra que había concebido esas combinaciones y perfeccionado el resultado con años de paciencia yacía ahora inactiva y muerta.

Me estremecí al ver aquel rostro desfigurado, horrible en su inercia y espantoso a la vista. Pero Kershaw Kirk, con los ojos entrecerrados y el rostro más aguileño, continuaba su minuciosa investigación de cada objeto en la sala. Lo observaba con creciente interés, notando lo infructuoso de sus esfuerzos.

—Volveré mañana, cuando haya luz —dijo al fin—; la luz artificial sirve de poco en este asunto. Quizá quiera acompañarme otra vez, ¿eh? —Lo intentaré —respondí, aunque, para ser franco, no me atraía mucho la idea de una

segunda visita ante el cuerpo desfigurado del profesor. No comprendía por qué Kirk estaba tan empeñado en evitar a la policía y mantener el asunto fuera de los periódicos. —El cuerpo debe ser enterrado pronto —observé—. ¿Cómo obtendrá un certificado médico y logrará que un funerario lo entierre? —Señor Holford —dijo, volviéndose hacia mí con un gesto de ligera molestia—, le ruego que no anticipe dificultades. Es la peor actitud que puede adoptar un hombre, especialmente al intentar resolver un problema como este. El futuro déjelo enteramente en mis manos.

En ese momento tenía entre los dedos un pequeño tubo de ensayo con un líquido espeso de color gris y, al girar, lo dejé caer accidentalmente sobre las baldosas con que el profesor había pavimentado el lugar. En un instante hubo un destello brillante, casi como luz de magnesio, tan intenso que por un segundo ambos quedamos cegados.

—Me pregunto qué fue eso —comentó, sorprendido por el resultado—. Hay que tener cuidado al manipular lo que el difunto ha dejado. —Evidentemente —dije—; no podemos saber qué contienen estos aparatos y tubos de experimento. Debemos manejarlos con delicadeza.

Me incliné hacia la mesa para examinar otro tubo con brillantes cristales rojos, sostenido sobre una lámpara apagada por un soporte de bronce; acción que mi compañero observó con una expresión curiosa. ¿Era sospecha hacia mí?

—Pues bien, mi estimado amigo —exclamó de pronto, de pie junto a la mesa—, el problema se hace aún más difícil de resolver por el destino inexplicable que ha alcanzado a la hija del profesor. Aquí tenemos a un hombre contra quien, que sepamos, nadie en el mundo tenía rencor; que recibe un telegrama que destruye con cuidado, hace una señal preconcertada desde la ventana de su salón y parte hacia Edimburgo. Sabemos que fue, pues el conductor recuerda haberle ofrecido té temprano. Además, recibió el telegrama de su hija y lo respondió. Y sin embargo, al mismo tiempo

que estaba en Edimburgo, estaba en esta misma sala, tras dos puertas cerradas de las que solo él tenía la llave, víctima de un ataque brutal y asesino. Esas puertas estaban cerradas y, para entrar aquí, tanto él como el asesino debieron pasar por el boudoir, a escasos pasos de su hija.

—¿No hay otro acceso aparte del boudoir? —pregunté—. ¿Se han revisado las ventanas? —Sí; todas estaban aseguradas por dentro. Mañana, con luz, podrá comprobarlo usted mismo. Debo venir a buscar huellas dactilares —respondió apresuradamente—. Cuando hice abrir estas puertas, tuve cuidado de que el cerrajero no supiera que había ocurrido una tragedia. El hombre recibió su paga y se marchó ignorante. Pero cuando la señorita Ethelwynn comprendió la verdad, quedó fuera de sí. Al principio se negó a irse, pero la convencí y se marchó con su doncella a casa de su tía. Le insistí en el valor del silencio y me dio su palabra de no decir nada de lo ocurrido.

—¿Y su doncella, Morgan? —Ella ignora la verdad —dijo con una sonrisa sombría—. Pues bien, esta noche, al parecer, la hija del difunto regresa en secreto, entra con su llave en la casa donde yace su padre, se quita cuidadosamente el sombrero y luego... —Sí —dije—. ¿Y luego? ¿Qué cree que ocurrió?

Guardó silencio, con los ojos hundidos fijos en sus pensamientos. —Bueno... no sé qué pensar —declaró—. Casi parece como si hubiera compartido el mismo destino que su padre. Esa horrible desfiguración es muy notable.

—Su entrada secreta y el extraño destino que la alcanzó aumentan el misterio diez veces más —dije—. ¿Por qué no llamó a Antonio? —Quizá era su intención, pero fue impedida —sugirió mi amigo. Y vi que me miraba con curiosidad, como si deliberadamente midiera mi carácter y mi inteligencia.

—Pero me parece que su intención pudo haber sido llegar al laboratorio sin ser vista —dije—. Bien pudo haber estado

aquí arriba, por lo que sabemos. —No lo creo. Estaba demasiado horrorizada al ver el cuerpo de su padre, a quien era tan devota. La escena cuando lo vio muerto fue muy dolorosa. —¿Pero no pudo haber regresado por una curiosidad morbosa? —sugerí. —Ya me dijo que estaba fuera de sí por el dolor.

—Bueno —respondió, con un suspiro y una última mirada hacia el rincón oscuro donde yacía el cuerpo—, no creo que sirva de nada permanecer aquí más tiempo esta noche. Debemos volver por la mañana. Solo lo traje para que comprendiera plenamente el problema exacto que tenemos ante nosotros. Vamos.

—Pero no veo, señor Kirk, cómo puedo ayudarle. Soy un completo novato en este tipo de cosas —dije.

—Usted no es detective. Si lo fuera, no buscaría su ayuda —replicó con brusquedad, mientras se dirigía a la puerta y apagaba las luces—. Sé que le parece extraño que no haya llamado a un médico ni a la policía, ni ordenado una autopsia, ni permitido que los periodistas hicieran de esto una gran sensación; pero, como ya le he dicho, nuestro éxito depende de un secreto absoluto. El asunto le resulta sorprendente, sin duda; pero si supiera lo que realmente significa esta tragedia, quedaría anonadado. Los periódicos podrían convertirlo en un escándalo mundial si llegaran a conocer los verdaderos hechos; pero nunca lo harán, se lo aseguro... nunca.

—¿Entonces ni siquiera yo puedo conocer los verdaderos hechos? —pregunté, de nuevo en el *boudoir*.

—En lo que respecta a la tragedia, ya los conoce. Son tal como se los he contado. Pero hay otros hechos —hechos que me conciernen a mí y también al profesor— que no me está permitido revelar. Deben —añadió— permanecer en secreto.

—Pues bien, si no es completamente franco conmigo, señor Kirk —protesté—, no puedo considerarlo un amigo sincero.

Este es un problema serio y complicado, en el que requiere mi ayuda para buscar una solución. ¿Cómo puedo sacar conclusiones o ayudarle si deliberadamente me oculta parte de las circunstancias?

—No he ocultado nada —respondió apresuradamente—, al menos nada que tenga relación con la tragedia. Hablo de mí mismo y de mi conexión con Greer. Fui la primera persona llamada, antes de que hubiera siquiera sospecha de algo malo. La verdad es que el difunto confiaba en mí plenamente.

—Y, según lo que usted mismo dice, ciertos enemigos suyos sospechaban la verdad: que su amistad con el profesor era fingida.

Mi compañero me miró directamente con sus ojos estrechos y respondió:

—Mi estimado señor Holford, lo que dicen mis enemigos era, lo admito, perfectamente cierto. No he intentado ocultar nada. Greer creía que yo era su amigo, pero lo odiaba. ¡Tenía buenas razones para hacerlo!

Los ojos astutos del hombre se encontraron de nuevo con los míos y vi en ellos una expresión que nunca había notado antes. ¿Era posible que él fuera el asesino desconocido y que solo me estuviera engañando con artimañas hábiles y astutas? Recordé que me había dicho que el profesor le había robado un secreto valioso. Pues bien, si no temía que el crimen de represalia se le atribuyera, ¿por qué no acudía abiertamente a la policía y exponía los hechos? Sus evasivas y débiles excusas me parecían ridículas. En mi ignorancia, aún creía que Kershaw Kirk era un individuo común, muy parecido a mí. La sorprendente verdad aún no me había sido revelada... como lo sería después.

Descendimos al comedor, donde Antonio y su hermano Pietro seguían vigilando junto al diván en que yacía la pobre joven que había sufrido un destino tan extraño e inexplicable. Kirk

volvió a arrodillarse junto a ella y, durante largo rato, buscó alguna herida que pudiera tener. Pero no encontró ninguna.

—Recuerde, Antonio, nadie debe entrar en esta casa bajo ningún pretexto —ordenó mi compañero—. Usted es responsable. —Nadie sabrá nada, *signore* —respondió el hombre—. Morgan y las criadas lo ignoran todo, pues usted, *signore*, lo ocultó con gran astucia. —Una mujer nunca puede guardar un secreto —replicó Kirk con dureza—, y si hemos de desentrañar el misterio de la muerte de su amo, no debe filtrarse ni una palabra. Usted sabe lo que le he dicho. —Lo recuerdo, *signore* —contestó el hombre. Y, usando un juramento italiano, añadió—: Se lo he prometido sobre la tumba de mi madre santa. —Entonces cierre esta sala y, con su hermano, mantenga una vigilia atenta hasta mañana.

Y ambos salimos, y pronto íbamos en el coche de regreso hacia Bedford Park. Al llegar a su casa, insistió en que entrara a tomar un “trago de despedida”, siendo ya poco después de las tres de la madrugada. A regañadientes lo acompañé. En su estudio había un juego de vasos y licor sobre la mesa. Se había quitado el abrigo y estaba a punto de servirme un whisky cuando, de pronto, sonó la campana del teléfono. Dejó el vaso y, caminando hacia el aparato, contestó la llamada.

—¿Hola? ¿Sí? —dijo.

Entonces, al escuchar atentamente, su rostro palideció. Pronunció unas rápidas palabras en alemán que, lamentablemente, no pude comprender. Parecían instrucciones. Volvió a escuchar, pero de pronto lo que oyó lo dejó tan horrorizado que el auricular cayó de sus dedos delgados y nerviosos y, con un grito bajo y ronco, se tambaleó hasta su gran sillón, cerca de donde yo estaba, y se hundió en él, rígido, boquiabierto, con la mirada fija.

Si alguna vez la culpa se reflejó en el rostro de un hombre, sin duda estaba escrita en el de Kershaw Kirk en ese

momento.

Capítulo Cinco

Algunas sospechas reforzadas

A Mabel, mi esposa, no le dije nada. En las circunstancias, consideré que el silencio era oro.

La actitud de Kirk al teléfono me había llenado de sospechas. Durante las horas que pasé en la cama antes del amanecer, estuve pensando. El problema era absolutamente inexplicable, más aún ahora que la hija del difunto también estaba muerta. Estaba convencido, mientras yacía en la oscuridad, de que había algo muy sospechoso en el hecho de que Kirk, quien parecía dominar la casa, no permitiera que la policía supiera lo ocurrido. En realidad, mi propia posición era poco envidiable, pues, sabiendo que se había cometido un asesinato, ¿no estaba legalmente obligado a dar aviso? ¿No era susceptible de ser procesado si no lo hacía?

El misterio que rodeaba a Kershaw Kirk había aumentado más que disminuido en aquel último cuarto de hora que pasé con él, sentado frente al fuego y casi sin pronunciar palabra. Lo que le habían dicho por teléfono había provocado un cambio total en su actitud. Antes había sido autoritario y desafiante; ahora estaba abatido, encogido, aterrorizado.

Las escenas sombrías que había presenciado se agolpaban en mi mente. El misterio me tenía atrapado. Analicé cuidadosamente cada hecho, intentando discernir alguna luz sobre su causa y motivo. Pero yo no era detective profesional; era la primera vez que me veía envuelto en un crimen con pérdida de vida humana. Reconocí pronto que la muerte del profesor Greer no era un crimen ordinario de violencia. Había un motivo sutil tanto en el crimen mismo

como en la supuesta presencia del profesor en Edimburgo, cuando en realidad ya yacía muerto en su laboratorio.

Las instrucciones a su hija, que parecían escritas después de su partida de King's Cross, eran también un enigma. El difunto había buscado la ayuda de su peor enemigo. Sin embargo, al considerar fríamente las circunstancias en conjunto, vi que si se lograba identificar a la persona desconocida a quien el profesor había señalado aquella noche fatal, se avanzaría mucho hacia la solución del problema. El subir y bajar la persiana del salón era, sin duda, para informar a alguien que esperaba afuera sobre su viaje al norte. ¿Fue esa persona, que recibió la señal, el asesino después?

El hecho de que el crimen se cometiera tras puertas cerradas, que tanto la víctima como el asesino tuvieran que pasar a escasos pies de donde estaba sentada la señorita Ethelwynn, y que al rostro del profesor se le hubiera arrojado un fluido corrosivo terrible, formaba un problema que me dejaba perplejo. Había algo inquietante en todo el inexplicable asunto. Comprendí por primera vez cuán completo era el misterio de la muerte del profesor, incluso aparte de los otros hechos de sus señales y su viaje al norte.

Kirk, este comerciante de secretos, se presentaba como amigo de la familia. Greer confiaba en él; a él había acudido Ethelwynn en busca de ayuda al primer indicio de que algo andaba mal. ¿No habría sido más fácil para él que para cualquier otro entrar en la casa en secreto y matar al hombre que le había robado aquel misterioso secreto? Sin embargo, por más que lo intentaba, no lograba librarme de la grave convicción de que mi nuevo conocido sabía más de lo que me había dicho. Era cierto que era un hombre reservado; pero había en él un aire cosmopolita que hablaba en silencio del aventurero.

Su negativa a permitir que un médico atendiera a la hija del profesor era poco menos que culpable. Si Antonio —aquel italiano astuto y taimado por quien sentí desde el principio

una antipatía instintiva— hubiera llamado a un médico de inmediato, era muy posible que la vida de la pobre joven se hubiera salvado. Pero ¿por qué había regresado a la casa de manera tan secreta? ¿Por qué había entrado al comedor y se había quitado el sombrero? Casi parecía como si hubiera vuelto para quedarse, pues si pensaba regresar a casa de su tía no se habría quitado el sombrero ni lo habría dejado a un lado. ¿Y por qué lo hizo en el comedor, de todos los lugares? ¿Por qué no subió a su propia habitación? ¿Y por qué, sobre todo, no llamó a Antonio? ¿Fue por miedo a él?

Kirk y Antonio eran amigos; eso lo había notado desde el principio. El italiano era cortés, servicial y deferente, pero vi que aquella reverencia era solo apariencia. A solas, sin duda, se trataban de igual a igual. La razón de su regreso a casa era bastante misteriosa, pero el mayor problema era por qué también ella había sido atacada y el mismo líquido corrosivo arrojado a su rostro. No podía pensar que Kirk fuera responsable de este segundo asesinato, pues, a menos que Antonio hubiera mentido, se había cometido justo a la hora en que yo estaba sentado con mi enigmático vecino a pocas puertas de mi propia casa.

Así que, como podrá imaginar, seguía profundamente inquieto cuando por fin la criada me trajo agua caliente y me levanté para vestirme. Comprendí entonces que la razón por la cual Kirk había pedido ver el nuevo neumático Eckhardt era simplemente para conocerme. Sin embargo, era curioso que hubiera predicho las visitas de los otros dos hombres con el mismo propósito.

Después del desayuno fui, como de costumbre, al taller, pero mi mente seguía llena de los sucesos de la noche anterior. Kirk había acordado pasar por mí a las once para regresar a Sussex Place, donde pensaba buscar huellas dactilares del asesino. Sonaron las once, pero no llegó. Con paciencia esperé hasta la una y luego regresé a casa para almorzar, como era mi costumbre. Su ausencia confirmó mis sospechas. Me preguntaba cuál habría sido el propósito de aquel

misterioso mensaje en alemán que había escuchado por teléfono justo antes de que nos separáramos.

A las dos fui a su casa y llamé al timbre. No hubo respuesta; tanto Kirk como su hermana estaban fuera. Así que regresé al taller y, con Dick Drake —mi fornido chofer de rostro redondo y temerario, que ostentaba dos récords en Brooklands y era multado constantemente por exceder la velocidad—, trabajé duro en el motor defectuoso de un coche que me habían enviado para reparar.

Hubo neblina todo aquel día, pero hacia la tarde la niebla aumentó hasta volverse espesa incluso en Chiswick; por lo tanto, supe que debía ser una auténtica “*London particular*” en el West End. Un chofer, de hecho, que había venido desde Romford, dijo que le había tomado cuatro horas cruzar Londres. Así que resolví armarme de paciencia y pasar una velada tranquila en casa con mi esposa y su joven hermana, que vivía con nosotros.

Sin embargo, curiosamente, hacia las seis me vi de nuevo dominado por un súbito e incontrolable deseo de regresar a Sussex Place en busca de mi misterioso vecino. Sentía en mí una ansiedad aguda, irreprimible, por desentrañar el extraño problema que aquel hombre desaliñado —que afirmaba ser inmune a juicio en un tribunal penal— había puesto ante mí. ¿Quién podía ser que, como el propio rey, no pudiera ser llevado ante un juez?

A veces me sorprendía riendo de sus absurdas afirmaciones, considerándolas las de un lunático; pero en otras ocasiones debía admitir que su seriedad mostraba que hablaba con mortal convicción. En fin, para abreviar, a las ocho tomé a Dick Drake y conseguimos abrirnos paso entre la niebla hasta Regent’s Park en uno de los coches pequeños.

La puerta fue abierta, como antes, por Antonio, quien se sobresaltó perceptiblemente al reconocermelo. Sí, el señor Kirk estaba allí, admitió, y unos segundos después salió a mi

encuentro en el vestíbulo. Era un hombre cambiado. Su rostro estaba más delgado, cetrino, demacrado, y las líneas alrededor de su boca eran más hondas y marcadas; sin embargo, me saludó afablemente, con muchas disculpas por no haber cumplido su cita.

—Estuve aquí, muy ocupado —explicó—. Lo llamé dos veces por teléfono, pero cada vez estaba ocupado. —Bueno —pregunté, yendo directo al punto—, ¿qué ha descubierto? —Muy poco —dijo—. He buscado todo el día huellas dactilares, pero hasta ahora no he encontrado ninguna, salvo las de Antonio, Ethelwynn y los miembros de la casa. —¿No sospecha de alguno de los sirvientes? —susurré, lleno de sospechas hacia el italiano de aspecto taimado. —Por supuesto que no, estimado señor. ¿Qué motivo podrían tener para matar a un amo tan excelente y afable como el profesor? —Venganza por algún agravio imaginario —sugerí. Pero él solo se rió de mi teoría con desprecio.

Lo seguí escaleras arriba, a través del boudoir rojo hasta el laboratorio, al que la niebla había penetrado, y allí lo observé hacer su prueba en busca de huellas recientes. Su examen era cuidadoso y metódico. Se puso unos viejos guantes de gamuza gris y, tomando uno tras otro los frascos y aparatos de vidrio, los recubría ligeramente con un polvo de tiza gris verdoso para luego retirarlo. En uno o dos frascos aparecieron huellas de dedos, y cada una la examinó con sumo cuidado bajo la luz, rechazándolas una tras otra.

Para mí, desconocedor de las líneas de las yemas, todas parecían iguales. Pero este vecino desaliñado y misterioso las leía con la mayor facilidad, como si fueran un libro. En el rincón, en la misma posición en que lo habíamos dejado la noche anterior, yacía el horrible cuerpo del profesor, encogido tal como había expirado. Pero Kershaw Kirk seguía trabajando, indiferente a su presencia. Le comenté que parecía un detective cuidadoso y minucioso, a lo que enderezó la espalda y, mirándome al rostro, dijo:

—Por favor, no se haga la idea de que soy detective, señor Holford. No lo soy. No tengo ninguna relación con la policía, a la cual, le diré, desprecio. Hay demasiado papeleo en Scotland Yard, que ata de pies y manos a los hombres e impide que hagan un buen trabajo. Mire los crímenes graves cometidos en Londres en los últimos tres años, cuyos autores la policía no ha podido identificar. Todo el sistema policial en Londres está equivocado. Hay demasiada vigilancia sobre la velocidad de los automóviles y muy poca libertad para investigar casos criminales.

—¿Entonces no es usted policía? —pregunté, pues en las últimas horas había sospechado que así era.

—No, no lo soy. La razón por la que investigo la muerte del profesor Greer es porque, por mi propia reputación y para librarme de cualquier estigma, debo averiguar la verdad.

—¿Y solo por esa razón? —pregunté. Vaciló. —Bueno... y por otra; otra que debe permanecer confidencial conmigo —respondió al fin—. El profesor poseía cierto secreto, y creo que ese secreto le fue robado y su boca cerrada después por el ladrón. —¿Por qué? —Porque, de haber hablado el desdichado, habrían surgido complicaciones muy graves con enormes pérdidas. Así que solo había un camino: imitar al pobre Greer! Pero la manera en que se logró sigue siendo un enigma absoluto.

—¿No ha pensado que el telegrama enviado desde Edimburgo pudo haber sido despachado por el asesino? —pregunté. Pero él no estaba seguro; dijo que aún no había formado una teoría sobre esa parte del problema.

—¿Dónde está la pobre joven? —pregunté, pues había notado que no estaba en el comedor. Me miró rápidamente, con una extraña expresión en sus peculiares ojos.

—Ella sigue aquí, por supuesto —declaró—. Esa segunda fase del misterio es tan complicada como la primera; quizá aún

más. Venga conmigo un momento.

Lo seguí a través del boudoir hasta el estudio donde, al abrir un largo armario en la pared, apareció una pequeña caja fuerte de hierro cuya puerta se abrió al toque de su mano.

—Aquí —explicó— el profesor guardaba las valiosas notas sobre los resultados de sus experimentos. La caja estaba cerrada cuando vine por primera vez, pero esta mañana la encontré abierta, ¡y el contenido había desaparecido!

—Entonces la persona que mató al profesor Greer no fue el ladrón —observé.

—A menos que haya regresado aquí después —respondió Kirk, con los ojos fijos en los míos.

Luego miró su reloj y, sin decir palabra, giró sobre sus talones y salió de la habitación.

Capítulo Seis

Otro misterio más

Me quedé esperando su regreso unos instantes y luego lo seguí hacia el rellano, donde mis pasos caían silenciosos sobre la gruesa alfombra turca. Casi enfrente, al otro lado de la escalera abierta, podía ver el gran salón; y allí, para mi asombro, vi a Kirk subiendo y bajando una de las persianas.

¡Estaba haciendo la misma señal a alguien afuera, en el parque, que había hecho el profesor antes de su muerte!

Volví al estudio, muy desconcertado; pero en pocos instantes regresó, sonriente y afable. ¿Qué señal había hecho y a quién? Afuera había niebla, por lo tanto, el observador debía estar muy cerca. Antonio apareció en la puerta y entonces Kirk le dio ciertas instrucciones respecto al pago y despido de los sirvientes. Al parecer, una de ellas había regresado a pedir su salario en lugar de aviso.

—Sea generoso con ellos —urgió mi compañero—. No queremos quejas. Aún no hay sospechas y la generosidad las desarmará.

—Muy bien, signore —respondió Antonio—. Los pagaré a todos y me desharé de ellos lo antes posible.

—Sí, de inmediato —replicó Kirk con brusquedad, y el hombre bajó las escaleras.

—Bueno —pregunté, cuando ya no podía oírnos—, ¿qué piensa hacer ahora?

—Nunca trazo un plan de acción. En un caso como este, cualquier método fijo es una necedad —respondió.

—Pero al menos hará algo con los cuerpos de las víctimas. Deben ser enterrados —exclamé, pues lo macabro de todo aquello me estaba afectando. Era la primera vez que me veía implicado en un misterio de asesinato... ¡y semejante misterio!

—La disposición de los cuerpos es asunto mío, señor Holford

—dijo en voz baja—. Déjelo en mis manos. Para el mundo, el profesor Greer y su hija están de viaje.

—¿Pero Lady Mellor? ¿No está preocupada por el paradero de su sobrina?

—Lady Mellor está en la Riviera. Su casa en Upper Brook Street está a cargo de sirvientes; por lo tanto, ella ignora que algo extraordinario haya ocurrido.

—¿Su único confidente es Antonio?

—Y usted mismo —añadió—. ¿Pero no le he insistido ya, estimado amigo, en la absoluta necesidad de guardar secreto en este asunto?

—No me ha dado ninguna razón concreta —objeté.

—Porque ciertas circunstancias me obligan al secreto —respondió—. Por lo que ya le he dicho, supongo que habrá comprendido que no soy un individuo común. Estoy investido por una alta autoridad con un poder que otros hombres no poseen y, en este caso, estoy obligado a ejercerlo.

Vio la incredulidad reflejada en mi rostro.

—Ah —rió—, veo que duda de mí. No me sorprende; yo también lo haría en su lugar. Pero créame o no, señor Holford, no perderá nada ayudándome en este asunto y prestando un servicio secreto a la alta autoridad que debe permanecer innombrada, pero de la cual soy agente de confianza... aunque la carga de esta extraña tragedia pueda recaer sobre mí. —Todo el asunto es un misterio —observé—, un misterio inescrutable. —Sí —suspiró—, uno que se ha vuelto cien veces más inescrutable por un descubrimiento hecho hoy; el descubrimiento que me impidió visitarlo a las once. Pero tenga paciencia, confíe en mí, ayúdeme cuando lo requiera y le prometo que valdrá la pena.

Por un momento guardé silencio. Luego, algo molesto, respondí: —Mi profesión legítima de ingeniero de motores me da buen sustento y creo que prefiero, con su permiso, retirarme de este asunto por completo. —¡Qué! —exclamó—. Después de darme su promesa... ¡su palabra de caballero! ¿No ve, amigo mío, que puede ayudar a que se haga justicia; a

señalar la culpabilidad del asesino? —Eso, sostengo, debería dejarse a la policía. —¡Bah! La policía en este caso sería impotente. El problema debemos resolverlo usted y yo, y con paciencia y vigilancia espero que logremos esclarecer el misterio. Las investigaciones pueden llevarnos lejos; tengo un fuerte presentimiento de que así será. Por lo tanto, si de pronto estoy ausente, no se preocupe por mí. Mi silencio significará que estoy atento y activo. Cuando estoy en el extranjero no recibo cartas, así que no escriba. Siempre me comunico con mis amigos a través de la sección de anuncios del *Times*. Para usted seré “Silence”. Lea el periódico cada día y esté atento a cualquier mensaje que le envíe. Tiene un coche afuera, supongo. ¿Podría llevarme a Tottenham Court Road? —preguntó.

Entonces bajamos y, tras una conversación en voz baja con Antonio, que esperaba en una de las salas traseras, subió al coche y Dick nos condujo muy lentamente entre la niebla hasta mitad de Tottenham Court Road, donde Kirk descendió.

—¿Quiere que lo espere? —pregunté. —No —respondió—. Realmente no sé cuánto tardaré. Además, no regresaré a Bedford Park esta noche. Es muy amable de su parte, pero no quiero molestarlo más. ¡Buenas noches, señor Holford! Quizá lo vea mañana. Si no, recuerde estar atento al *Times* para un mensaje de “Silence”.

Y estreché mi mano, descendió y se perdió hacia adelante en la niebla amarilla. Mi curiosidad estaba encendida; así que, en un instante, resolví seguirlo y averiguar adónde iba. En la dirección que había tomado hacia Oxford Street me lancé, pero delante de mí las luces se difuminaban en la brumosa oscuridad. Los transeúntes en la acera aparecían en la incierta luz y se desvanecían de nuevo y, mientras avanzaba con prisa, apenas lograba distinguir las figuras delante de mí. Donde las tiendas estaban iluminadas había manchas de niebla rojiza, pero donde estaban cerradas reinaba casi completa oscuridad, pues en ese barrio la niebla era más espesa que hacia el oeste y Dick había tenido grandes

dificultades para encontrar el camino allí a paso de tortuga.

En mi apuro choqué con varias personas que venían hacia mí, disculpándome y avanzando de nuevo hasta llegar a una esquina donde una tienda estaba bien iluminada. De pronto distinguí al hombre a quien seguía; se había detenido a conversar con el tendero, que señalaba hacia la calle lateral. En la niebla, Kirk evidentemente estaba desorientado.

Me retiré para evitar ser visto, pero lo observé internarse en la oscuridad de la calle lateral y pronto estuve tras sus pasos. Era un barrio miserable en el que habíamos entrado. Ya había pasado por allí antes, pero no estaba seguro de qué calle era la que recorríamos.

Guiado por sus pisadas, lo seguí. Afortunadamente, mi andar era silencioso gracias a los tacones de goma que llevaba. En la intersección dudé, sin saber si había girado a la derecha, a la izquierda o seguido recto. De nuevo resonaron sus pasos en la penumbra —que ahora hacía arder mis ojos— y comprendí que había seguido adelante, así que continué.

En la siguiente esquina estaba más cerca, lo suficiente para distinguir que cruzaba la calle y, de pronto, giraba a la derecha por la acera. Evidentemente íbamos en dirección a Fitzroy Square, aunque no sabía por qué calle. Temiendo que sus oídos agudos detectaran que lo seguía, retrocedí un poco, dejándolo avanzar más. Las casas que pasábamos eran residencias privadas de buen tamaño mezcladas con tiendas; construcciones sólidas del estilo habitual en los distritos decadentes de Londres: oscuras, sombrías y de aspecto misterioso. Reconocí que estábamos en Cleveland Street. Luego giramos de nuevo: la primera a la izquierda, en la esquina de una lavandería.

De pronto escuché a Kirk detenerse, como dudando. Parecía que retrocedía, habiendo pasado la casa que buscaba. Rápido como el pensamiento, para evitar encontrarlo de frente, bajé del bordillo a la calzada. Pasó a pocos metros de mí, sin

sospechar mi proximidad. Luego volvió a pasar, como si se hubiera convencido de que aún no había llegado a su destino. En una niebla londinense, una casa se parece mucho a otra, especialmente en una calle lateral. A lo lejos vi un resplandor rojo: la luz de una botica.

Dos hombres de aspecto siniestro se tambalearon al pasarme y luego una mujer medio ebria. Por unos segundos perdí el sonido de sus pasos, pero pronto volvió a mis oídos. Era distinto: había subido por una escalinata. Me apresuré, pero al hacerlo escuché una puerta cerrarse bruscamente. Había entrado en una de esas casas oscuras, pero en cuál de cuatro o cinco, no podía decidirlo.

Examiné cuidadosamente el exterior de cada una, anotando sus números. En dos ardían llamas de gas sobre los ventanucos sucios, arrojando una débil luz en la niebla; en otra había luz en la sala del piso bajo. Todas estaban divididas en miserables apartamentos, pues reinaba un aire general de abandono en aquel barrio indeseable, habitado en su mayoría por obreros extranjeros. Cada casa, con sus barandales y sótanos profundos, apenas se distinguía de las demás: todas sucias, descuidadas y lúgubres.

Me quedé frustrado por haber perdido de vista a mi misterioso amigo y solo podía esperar su salida. Dos de las casas estaban dentro del alcance de la débil luz de un farol; las otras tres permanecían en la oscuridad. En una de ellas —no sabía cuál— Kershaw Kirk había concertado una cita, quizá mediante aquella señal de subir y bajar la persiana. Mi situación era desesperante, pero sentía que si permanecía allí vigilando, tarde o temprano lo vería salir y sabría al menos el número de la casa que había visitado.

La medianoche sonó en el reloj de una iglesia cercana, pero no había señal de él. Dick, lo sabía, debía haberse cansado de esperar y, creyéndome perdido en la niebla, habría regresado lentamente a casa. La vigilia constante en aquella atmósfera terrible me agotaba. Estaba entumecido de frío y

muy hambriento. Sin embargo, no me atrevía a abandonar el lugar por temor a que Kirk saliera, así que me quedé apoyado en las rejas, paciente, lleno de inquietud y asombro. Más de una vez temí que el “comerciante de secretos” pudiera verme desde dentro si acaso miraba por la ventana. Por eso cambiaba de posición de vez en cuando.

Mi impresión era que había entrado con una llave, pues apenas había alcanzado la cima de los escalones cuando ya estaba dentro, con la puerta cerrada tras él; o bien alguien lo esperaba para admitirlo. Casi había pasado otra hora cuando, de pronto, me sobresaltó un grito fuerte —un grito agudo de mujer— que parecía provenir de la primera de las casas en la oscuridad. Dos veces se repitió aquel clamor y corrí hacia la casa de donde emanaba. El lugar estaba en completa oscuridad. Ninguna ventana dejaba escapar luz.

Una tercera vez se repitió el alarido, proveniente de la habitación tras las rejas, al nivel de la puerta. Al estar en la acera, estaba a solo unos pasos de la ventana.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Por el amor de Dios, ayúdeme! ¡Bruto! Creí haber escapado de usted. ¡No! ¡Ah! ¡No! ¡Se lo ruego... se lo imploro! ¡Ah! —gritó una voz refinada, la voz de una joven. Y luego, en tonos desesperados que se apagaban con cada sílaba, escuché las palabras prolongadas—: ¡Ah! Usted... usted me ha... matado... ¡Me ha matado! Igual que mató a mi... querido... padre.

Me quedé escuchando aquella súplica agonizante, atónito, completamente sobrecogido. ¿Qué podía pensar? Póngase en mi lugar y pregúntese qué habría pensado usted en esas circunstancias.

Capítulo Siete

Alguien más se pone inquisitivo

No sabía qué hacer. ¿Sería mejor subir los escalones, golpear con firmeza la puerta y preguntar la razón de aquel desesperado clamor? ¿O debía permanecer en silencio y observar? Si Kirk había causado la muerte del profesor, ¿por qué había solicitado mi ayuda? ¿No era yo un completo novato en la detección de crímenes? ¿Acaso todas sus protestas de amistad no serían más que una pantalla, una hábil artimaña para ocultar la verdad?

Me quedé en la acera, con los oídos atentos a cualquier sonido dentro. Pero todo volvió a quedar en silencio. Las últimas palabras de la desesperada súplica de la mujer resonaban en mis oídos: “¡Me has matado, igual que mataste a mi querido padre!”. La mujer que había gritado no podía tener relación con la tragedia de Sussex Place, pues, ¡ay!, Ethelwynn Greer estaba muerta. Yo mismo la había visto rígida y sin vida. Entonces, ¿qué significaba todo aquello? ¿Era esta una nueva fase del ya inescrutable problema?

Miré la ventana, de la cual no escapaba luz alguna tras las persianas venecianas bajadas. La oscuridad misma me parecía extraña, pues, o bien había contraventanas cerradas sobre las persianas, o pesadas cortinas habían sido cuidadosamente corridas para impedir que cualquier rayo de luz se viera desde fuera. Recordé que en aquel vecindario había muchas casas misteriosas —clubes secretos donde camareros y extranjeros de clase baja bailaban, bebían y jugaban al faro, y que a menudo eran allanados por la policía—. Aquellas calles tenían muy mala reputación. Después de todo, no estaba del todo seguro de que la casa de donde provenían

los gritos fuera la misma en la que había entrado Kirk. Por ello estaba indeciso y desconcertado; por esa razón esperé, con los ojos fijos en la oscura puerta y la fachada.

De pronto, sobre el ventanuco, vi la luz vacilante de una vela llevada por el pasillo y, un momento después, la puerta se abrió. Temiendo ser reconocido, retrocedí a la calzada, donde la niebla me ocultaba. Alguien bajó los escalones y, girando a la izquierda, se dirigió hacia el lugar de donde yo había venido. Lo seguí sigilosamente hasta que, bajo la débil luz de un farol, distinguí la figura. No era Kirk, sino una vieja de aspecto siniestro, con un sombrero deslucido y un chal raído; una típica bebedora de ginebra, como se ven a cientos en aquel barrio. La seguí hasta Cleveland Street, donde giró a la izquierda, y entonces se me ocurrió que, en mi ausencia, Kirk podía haber salido. Así que, neciamente, abandoné la persecución y regresé.

Imagine mi disgusto, mi absoluta repulsión hacia mí mismo cuando, al volver, no pude reconocer de qué casa había salido la mujer. En aquella confusa niebla, cada vez más espesa e impenetrable, dudaba en decidir cuál de tres o cuatro casas era el lugar de donde habían emanado los gritos. Esa vacilación fue fatal para mi éxito. En mi excitación no había reparado en el número de la puerta y ahora caminaba de un lado a otro frente a las rejas de cuatro casas, todas casi idénticas, todas en tinieblas, todas igualmente lúgubres y misteriosas. ¿Cuál de ellas albergaba a Kershaw Kirk? No lo sabía, ni tampoco de cuál habían salido aquellos desesperados clamores.

Había sido un necio, un gran necio por no haber ido con decisión a la puerta y exigir una explicación, aunque hubiera recibido un trato brusco, solo y desarmado como estaba. Así que regresé al farol e intenté reconocer la casa desde el punto donde me hallaba cuando escuché el primer grito. Pero, ¡ay!, de nuevo no pude decidir. Mi impulso de seguir a la mujer había sido mi perdición, pues sentía una fuerte convicción de que Kirk había escapado durante mi ausencia

en Cleveland Street. Aunque esperé otra hora bajo la densa y sofocante neblina, junto a la lámpara roja de una botica en la esquina, él no salió.

Por lo tanto, me vi obligado, muy a mi pesar, a abrirme paso de nuevo hasta Tottenham Court Road, donde al fin encontré un coche de alquiler y, con un hombre guiando al caballo, me quedé dormido mientras avanzábamos hacia el oeste, tan fatigado y exhausto estaba por aquella larga y desagradable vigilia. La esposa de un automovilista como yo está acostumbrada a las horas tardías de su marido, así que tuve poca dificultad en excusarme con Mabel. Sin embargo, al acostarme, el sueño no llegó a mis ojos. El grito agudo y desesperado de aquella mujer resonaba siempre en mis oídos. Sus palabras eran tan misteriosas, tan ominosas: “¡Me has matado, igual que mataste a mi querido padre!”.

¿Debía acudir a la policía por la mañana y confesar todo el asunto?

Al amanecer vi que la niebla se había levantado, así que, tras pasar por el taller, fui a ver a Kirk, decidido a fingir ignorancia de su visita a la casa cerca de Tottenham Court Road. Pero de nuevo me decepcioné, pues había estado ausente toda la noche. Su hermana ignoraba su paradero, aunque explicó que sus movimientos eran siempre erráticos. Esto me llevó a visitar de nuevo la casa, que a la luz del día descubrí que estaba en Foley Street, un barrio aún más miserable de lo que había creído. En la esquina de Cleveland Street estaba la lavandería, con las ventanas pintadas de gris para que los transeúntes no pudieran mirar dentro. La calle parecía el patio de juegos de innumerables niños sucios, mientras que las casas, todas divididas en cuartos, estaban ennegrecidas por el humo y eran lúgubres.

En algunas ventanas colgaban cortinas baratas de encaje, flácidas y amarillentas; en otras, los vidrios habían sido blanqueados para impedir las miradas. El vecindario había decaído tristemente, pues incluso la taberna más arriba en la

calle estaba cerrada y en alquiler. Me detuve frente a la fácilmente reconocible botica para orientarme y pronto descubrí las tres o cuatro casas de una de las cuales había salido aquel grito en la noche. Pero cuál era, no lo sabía. ¿Qué podía hacer entonces? Permanecer allí podía atraer la atención de Kirk si estaba dentro. Así que temí quedarme y seguí hacia Langham Street, saliendo luego a Portland Place.

Estaba obsesionado por el misterio de todo aquello. Regresé a Chiswick e intenté concentrarme en los detalles de mi negocio, pero fue inútil. Vi que Pelham, mi gerente, estaba sorprendido por mi aparente distracción. Sabía que debía ir a la comisaría, que estaba a pocos metros al otro lado de la calle, y contarle al inspector de guardia toda la historia. Sin embargo, de algún modo el asunto, con todas sus facetas misteriosas, me había fascinado, y Kershaw Kirk más que nadie. La información estaba en mis manos y era para mí resolver aquel enigma extraordinario. La ausencia de Kirk de su casa y su falta de comunicación conmigo mostraban que, o bien desconfiaba de mí, o bien me estaba engañando deliberadamente para alcanzar sus propios fines.

Había buscado mi amistad y ayuda y, sin embargo, al día siguiente me había dejado en la duda y la ignorancia. Pasé el día en el taller y, con ansiedad, compré el periódico vespertino, deseoso de ver si la tragedia se había hecho pública; pero aún era desconocida. Cenamos en casa y supongo que mi actitud estaba tan absorta que Mabel, mi esposa, me preguntó:

—¿Qué ocurre, Harry? Pareces inusualmente preocupado.
—¡Oh! No lo sé, querida —respondí, intentando reír—. He tenido mucho trabajo en la oficina hoy —añadí como excusa—; debo volver esta noche.

Mabel frunció el ceño y comprendí la razón: le había prometido llevarla a ella y a su hermana a Teddington para visitar a unos amigos con quienes habíamos acordado pasar la velada. Pero no tenía ánimo para reuniones sociales. Me

dirigí a la casa de Kirk y, al encontrarlo aún ausente, tomé el tren desde Hammersmith hasta Baker Street y caminé por Clarence Gate hasta Sussex Place.

Acababan de dar las nueve cuando me detuve ante la puerta del profesor, pero retrocedí bruscamente al ver a un joven alto, bien vestido, de rostro afeitado, sombrero de fieltro duro y abrigo, que estaba en el umbral. Había llamado y, evidentemente, esperaba respuesta. Noté que la casa estaba a oscuras; Antonio, al parecer, había olvidado encender la luz del vestíbulo. ¿Qué podía querer aquel joven en la casa de la muerte? No fui lo bastante rápido, pues, al detenerme, él se volvió hacia mí comprendiendo que mi intención era llamar allí.

—¡Qué extraño! —me dijo—. Llevo casi media hora tocando y no obtengo respuesta. Sin embargo, al pasar frente a la casa vi luz en el pequeño salón. Nunca antes la he visto desatendida; siempre hay sirvientes, incluso si el profesor y su hija están ausentes.

Se me ocurrió que Antonio lo había visto desde dentro y que podía ser un visitante indeseado. Recordé las estrictas órdenes de Kirk al fiel italiano.

—Antonio puede estar fuera —sugerí. —Pero las criadas seguramente estarían en casa —replicó—. Me pregunto si habrá ladrones dentro. De algún modo lo sospecho —susurró. —¿Por qué? —Porque hace unos diez minutos escuché claramente un movimiento en el vestíbulo —respondió—. ¿Quiere ir al frente y ver si hay luces en alguna habitación mientras yo espero aquí? Reconocerá la casa: la primera con las largas columnas en las ventanas del salón.

Accedí y pronto estuve al frente. Pero todo el lugar estaba en completa oscuridad; no brillaba luz alguna. Regresé y le sugerí que quizá se había confundido al pasar, pues había luces en las ventanas de la casa contigua.

—No —declaró el joven, cuya forma de hablar me reveló que era instruido—, no me equivoqué. Aquí hay algún misterio. Esta mañana envié un telegrama desde París a la señorita Greer, citándola para esta noche. Es curioso que no esté. —Supongo que es amigo de la familia —pregunté, ansioso por saber quién era aquel joven. —Sí —respondió—. ¿Y usted? —También lo soy —contesté. ¿Qué otra respuesta podía dar? —Creo que el profesor está en Escocia —añadí. —¿Pero dónde están Antonio y los demás sirvientes? —insistió. —Bueno —dije—, estando ausente su amo, quizá todos hayan salido a divertirse; los criados suelen hacerlo cuando sus señores no están. —¿Entonces cómo explica los movimientos que escuché dentro? —preguntó—. No; si los criados están fuera, entonces los ladrones están dentro. ¿Quiere quedarse aquí para impedir su salida mientras yo voy a buscar un agente?

La mención de la policía me hizo estremecer. Aquel joven ignoraba lo que realmente había ocurrido.

—Yo tendría paciencia un poco más, si fuera usted —dije—. Antonio puede volver en cualquier momento; seguramente no ha ido lejos. —Al contrario, creo que sí lo ha hecho. —¿Por qué? —Pues, curiosamente, esta tarde, cuando bajé del expreso de París y pasaba por el buffet en Calais, vi a un hombre que se parecía mucho a él. Volvió la cabeza y se apresuró a marcharse. En ese momento no reconocí el parecido y no fue hasta media hora después, cuando el barco ya cruzaba hacia Dover, que recordé lo mucho que se parecía al fiel Antonio del profesor.

Contuve la respiración.

Capítulo Ocho

Un nuevo giro en la historia

Todo el asunto corría peligro de ser expuesto a la policía y al público por el encuentro de aquel joven con el sirviente del profesor. Si se descubría, me vería obligado a dar alguna explicación de mí mismo. Sería, ciertamente, difícil convencer a la policía de que no tenía conocimiento de la muerte del profesor.

—Bueno —observé—, que Antonio haya salido de Calais parece algo curioso, pero quizá solo haya sido alguien que se le parecía.

—Por supuesto, no estoy del todo seguro —respondió el joven—; pero ¿no es extraño que la señorita Greer y los sirvientes estén todos fuera? El profesor siempre es tan cuidadoso con sus experimentos y con el contenido de su laboratorio que la casa nunca queda desatendida.

—He venido por casualidad y por asuntos de trabajo —expliqué—. Soy ingeniero de automóviles y vivo en Chiswick. Mi nombre es Holford.

—El mío es Langton... Leonard Langton —contestó. Luego, tras vacilar un segundo, añadió—: Ethelwynn —la señorita Greer— va a ser mi esposa. Por eso me sorprende que no haya cumplido la cita que le hice.

Guardé silencio. ¿Y si le contaba la misteriosa muerte de la joven? ¿Qué diría? ¿Cómo actuaría? Parecía un muchacho inteligente, activo, bien plantado; rápido y enérgico, con unos alegres ojos grises y una sonrisa bondadosa. En verdad, me agradó desde el primer momento. Sin embargo, ¿cómo atreverme a revelar una palabra de lo que sabía?

—Lo único es esperar —sugerí.

—Pero si el profesor está en Escocia, como usted dice, ¿por qué ha venido esta noche? —preguntó con cierta sospecha,

me pareció.

Por un instante quedé desconcertado.

—Me preguntaba si habría regresado —respondí débilmente—. Simplemente vine con la esperanza de verlo.

—¿Era su asunto de carácter urgente? —preguntó, aún dudando, creo, de si yo no tendría alguna relación con ladrones que pudieran estar dentro.

Quizá ahora sospechaba que yo era un cómplice puesto allí para vigilar afuera. Mi vacilación cuando sugirió llamar a la policía, sin duda, había despertado su suspicacia. Además, supongo que mi agitación le causó extrañeza, pues temía mortalmente que la policía fuera llamada y entrara allí. El amante de la joven muerta era un hombre de carácter fuerte, eso lo veía. Una vez que conociera la verdad, seguramente sospecharía que yo tenía conocimiento secreto del crimen.

—¿Y bien? —preguntó, mientras aún permanecíamos ante la puerta cerrada—. ¿Qué haremos?

—Esperar —volví a sugerir—; el profesor evidentemente sigue fuera. Puede que haya enviado a Antonio al continente por algún asunto.

—Si es así, entonces sin duda hay ladrones dentro. Desde que he estado esperando aquí, la luz del pequeño salón que da al parque se ha apagado... sin duda la extinguieron en cuanto llamé. No —prosiguió—, debemos llamar a la policía. ¿Irá usted a buscar un agente o voy yo?

—Vaya usted —dije con voz apagada—. Yo... yo esperaré aquí.

Vi que el juego había terminado. Sus sospechas estaban despiertas y pensaba actuar de inmediato.

—Seguro que hay un policía en Clarence Gate —dijo—; a menudo he visto a un hombre de guardia allí. Pero —añadió, volviéndose de pronto hacia mí y mirándome directamente a los ojos, pues el farol iluminaba el lugar donde estábamos—, dígame, señor Holford, ¿me ha dicho la verdad?

—¿La verdad? —repetí—. ¡Por supuesto! Aquí tiene mi tarjeta —y le entregué una de mi cigarrera, donde siempre las llevaba.

La leyó con avidez y, a cambio, me dio una suya, riendo mientras decía:

—Temía, quizá, que usted estuviera asociado con los hombres de dentro. Perdóneme por sospechar de usted, ¿quiere?

—Por supuesto. Sabía que dudaba de mí —respondí, sonriendo—. Me quedaré aquí hasta que regrese, aunque, para ser franco, no veo gran motivo de alarma.

—Yo sí. Aquí hay un misterio; uno que debemos desentrañar. Vigile. Volveré en unos momentos.

Y se marchó por los escalones, giró a la izquierda y desapareció en la esquina. Me quedé fuera de la puerta, con los oídos atentos al menor sonido. La presencia de aquel joven era, en verdad, un contratiempo desafortunado. En el silencio podía oír los latidos de mi propio corazón. De pronto, sin embargo, creí detectar un movimiento dentro. Escuché con atención. Sí, no me equivocaba: alguien estaba en el vestíbulo. ¿Y si era el asesino desconocido, regresado a la escena de su crimen? Mis latidos se aceleraron. El amante de la joven no se había equivocado. Las luces se habían apagado cuando la persona o personas dentro fueron sorprendidas por su llamada. En pocos minutos estaría allí con la policía y el crimen sería investigado. Pero ¿qué explicación podría dar yo de mi presencia? Si me sospechaban, la policía podría indagar mis movimientos de los últimos días y descubrir mis visitas allí. Mi situación se volvía cada vez más grave; cada instante aumentaba mi peligro.

Al otro lado de la estrecha calle se alzaba el gran muro ciego de unas caballerizas, mientras que en la habitación del primer piso, con su alta ventana oscura que ocupaba casi toda la fachada, yacía encogido —lo sabía— el cuerpo del profesor muerto. Aún escuchaba, preguntándome quién podría estar acechando en aquella casa de la muerte, cuando, de pronto, oí el picaporte moverse y lentamente, en silencio, la gran puerta se abrió.

Retrocedí, preparado para luchar, pero al instante un grito de

asombro escapó de mis labios al ver, en la penumbra de la puerta entreabierta, un rostro: el rostro delgado, cetrino y asustado de Kershaw Kirk.

—Soy yo, Holford —jadeó—. Debo marcharme. Langton no debe verme. Recuerde que no debe revelar ni una sola palabra de lo que sabe de mí. El éxito depende ahora enteramente de su silencio. Le enviaré un telegrama para citarlo mañana. Tenga cuidado o usted mismo puede ser sospechado. —¿Pero por qué no decirlo a la policía? —exigí, bloqueando su paso. —¡Al diablo con la policía! —exclamó impaciente—. ¿No le he dicho ya? No tengo tiempo para discutir. Langton no debe verme... no debe saber nada de mí. Una palabra suya significaría una pérdida incalculable, y toda esperanza de esclarecer el misterio se acabaría al instante. ¿Hacia dónde fue el joven Langton? —Hacia Clarence Gate —respondí casi mecánicamente, pues su repentina aparición me había sobresaltado. —¡Bien! —exclamó—. Entonces iré en dirección contraria. Guarde silencio, Holford, y confíe en mí. Lo que descubra, no muestre sorpresa. En este asunto probablemente encontrará muchas cosas que lo sorprenderán... como ya me han sorprendido a mí. —¿Dónde está Antonio? —pregunté. —Se ha ido. —¿Al extranjero? —Yo... bueno, ¿cómo puedo saberlo? Se ha marchado de aquí. Eso es todo lo que sé —respondió aquel hombre misterioso con evidente debilidad.

Resoplé con sospecha.

—Le ruego, señor Kirk, cuénteme más de este asunto —insistí, hablando con rapidez—. Si en verdad es mi amigo, si realmente desea que lo ayude, ¿por qué no me instruye sobre cómo debo actuar? Si me dice la verdad, guardaré silencio absoluto.

—Guardará mejor silencio si permanece en la ignorancia —respondió—. ¡Escuche! Debo marcharme.

Y antes de que pudiera impedirlo, cerró la puerta

suavemente tras de sí. Noté que vestía ropas muy distintas de su hábito usual. En efecto, estaba elegantemente vestido, con un abrigo negro de cuello de terciopelo y un sombrero de seda bien planchado.

—Quédese y enfrente a Langton —le urgí—. Tómelo en su confianza. Seguramente nada bueno puede resultar de esta evasiva. —¡No sabe lo que dice, hombre! —exclamó—. Déjeme pasar. He escuchado todo lo que dijo al joven. Su relato fue bastante verosímil. Manténgalo y finja ignorancia total de mí. Es el único modo de poner la mano sobre el asesino del pobre Greer. —El curso correcto para mí, señor Kirk, es... —¡Pasos! ¡Debo irme! —gritó con voz ronca, traicionando su intensa agitación y su ansiedad por no encontrarse cara a cara con el amante de la joven muerta—. Intentaré verlo mañana o pasado. Espere con paciencia hasta que tenga noticias mías. Adiós.

Y al instante bajó los escalones con ligereza y se perdió hacia la izquierda, fuera de mi vista. Todo había ocurrido en apenas tres minutos. Apenas había desaparecido cuando Langton, acompañado de dos agentes, dobló la esquina y me encontró de guardia en la puerta. Me sentía desconcertado. La súbita aparición de Kirk en la puerta de aquella casa misteriosa me había sorprendido tanto que aún no me reponía. ¿No confirmaba su admisión de que el fiel Antonio se había marchado la historia de Langton, que decía haberlo visto pasar por el buffet de la estación de Calais?

Vi que el joven había estado explicando sus sospechas a los agentes en camino a la casa. Me alegré de que enfrente solo hubiera un muro ciego, pues, de otro modo, mi acción de permitir que Kirk saliera podría haber sido fácilmente observada y malinterpretada. ¿Qué razón tenía mi extraño amigo para estar allí solo? ¿Por qué se habían apagado las luces tan repentinamente cuando Langton tocó el timbre? Que temía a Langton era evidente. ¿Por qué?

Dentro de mí resolví hacer algunas preguntas cautelosas y

averiguar, si era posible, qué sabía el amante de Ethelwynn sobre este hombre que tan ingeniosamente me había arrastrado a aquel torbellino de dudas y tragedia sombría. Los dos agentes se pusieron de inmediato en alerta. Examinaron la cerradura de la puerta principal, conversando en voz baja, y tras una breve consulta, uno de ellos se marchó apresuradamente para colocar guardia en la parte delantera de la propiedad, frente al jardín que separaba el crescent del parque. Al poco regresó acompañado de un sargento de barba castaña, que reconoció a Langton como testigo de un accidente de automóvil en Cumberland Terrace hacía un par de meses.

El sargento presionó el timbre eléctrico durante largo rato y, aunque esperamos ansiosos, no hubo respuesta.

—Estoy seguro de que alguien está dentro —declaró Langton con excitación—; vi la luz claramente. —Muy bien, señor, si está seguro —respondió el sargento con rudeza—, tendremos que forzar la entrada. Pero recuerde, si se equivoca, será algo embarazoso. El dueño podría reclamarle daños. —Me haré cargo de todo eso —replicó el joven con prontitud—. Estoy seguro de que hay ladrones dentro. —Podría ser solo una doncella con un visitante, que cree que su amo o su joven señora han regresado —sugerí, lleno de aprensión ante el descubrimiento alarmante que se haría en cuanto la policía entrara y registrara el lugar. —Entonces peor para ella, señor —respondió uno de los agentes con severidad.

Y de nuevo golpearon la puerta y siguieron tocando el timbre. Todo, sin embargo, era silencio y oscuridad. ¿Qué habrían pensado si hubieran sabido que yo había permitido escapar al misterioso Kirk, que se ocultaba allí? ¿Había actuado neciamente al hacerlo? Me vi obligado a concluir que sí. Mientras el sargento y los agentes deliberaban sobre qué curso adoptar, llegó un inspector, avisado por el guardia en la parte delantera, y escuchó la historia de Langton.

—Esta es la casa del profesor Greer —comentó—. Creo que será mejor forzar la entrada, sargento. Esa ventana del sótano parece fácil de acceder —y señaló la ventana de la cocina trasera. —Sí —respondió el hombre de barba, mientras un agente alumbraba con su linterna—, podríamos romper el vidrio y soltar el pestillo. No hay rejas allí.

Se adoptó rápidamente esa medida. El inspector, tomando una porra, golpeó suavemente el vidrio hasta quebrarlo y luego retiró los fragmentos para poder introducir la mano y soltar el cierre. La ventana quedó abierta y los dos agentes, porras en mano y linternas encendidas, se deslizaron en la cocina y desaparecieron, mientras nosotros aguardábamos ansiosos afuera, atentos a cualquier sonido.

Pocos momentos después, uno de los hombres abrió la puerta principal y juntos entramos en la oscura y silenciosa casa del misterio. Yo me quedé atrás, entrando al amplio vestíbulo el último de todos. Ya no había modo de ocultar la terrible y sorprendente verdad a la policía y al público. Contuve la respiración, esperando la sensación que debía causar el hallazgo.

Como anticipaba, el descubrimiento se hizo muy pronto. Pero, extrañamente, no fue en absoluto lo que esperaba. Solo añadió más misterio al enigma ya de por sí indescifrable.

Capítulo Nueve

Mi desubrimiento

Al encenderse la luz en el comedor, contuve la respiración, esperando que Langton encontrara allí el cuerpo de la joven que amaba. Sin embargo, el cadáver había sido retirado.

El cojín amarillo seguía allí, sobre el diván de cuero donde la desdichada muchacha había yacido, pero no había señal alguna de que se hubiera cometido una tragedia. Lo extraño era que un fuego ardía vivamente en la chimenea, mientras que sobre la mesa estaban los restos de una cena en la que habían participado tres personas. Habían terminado el postre y las tres tazas de café estaban vacías, mientras en la sala flotaba un fuerte olor a puros.

¿A quién había recibido allí Kirk?

La mesa servida no llamó la atención de mis acompañantes, quienes cruzaron hacia la sala de estar al otro lado del vestíbulo. Un agente permaneció al pie de la escalera para impedir la salida de cualquier persona que pudiera ocultarse en la casa. Yo me demoré en el comedor, pues había notado en la chimenea una cantidad de papeles quemados. Así que, cuando me quedé solo, me agaché y recogí algunos fragmentos medio consumidos; parecían hojas de un cuaderno de notas. Sin tiempo para examinarlos, los guardé en el bolsillo de mi chaqueta y seguí al grupo en su investigación.

Registraron cada rincón, detrás de las sillas, en armarios y en todas partes, esperando descubrir a alguien escondido. Pero, por supuesto, hallaron la casa deshabitada. En el pequeño salón, donde el joven había visto la luz, ardía un fuego y se percibía olor a tabaco, prueba de que uno o varios hombres habían estado allí. ¿Qué tipo de reunión, me pregunté, había tenido lugar?

El gran salón —la estancia desde donde el profesor había hecho las señales— estaba frío y desolado, mientras que en el estudio nada parecía alterado.

—Creo, señor —dijo el inspector a Langton—, que se ha equivocado. No veo evidencia de ladrones aquí. El dueño está ausente y los empleados han salido esta noche. Eso es todo.

—Pero estoy seguro de que había luz cuando llamé —insistió Langton.

—Entonces, si alguien estuvo aquí, aún debe de estarlo —replicó el oficial con una leve sonrisa incrédula.

Yo recordaba que, al haberse servido la cena en el comedor, debieron de haber estado presentes empleados esa misma noche.

—¿No hay otra puerta? ¿Alguna salida trasera? —pregunté.

—No —respondió Langton con prontitud—; tanto la entrada principal como la trasera dan a Sussex Place. La puerta que conducía al parque fue tapiada por el profesor, pues siempre temía que alguien entrara a robar los secretos de sus experimentos. Hay dos puertas cerradas que llevan al laboratorio y él siempre guardaba las llaves. Se las mostraré ahora.

Nos condujo desde el estudio al boudoir. Allí noté que los cajones del pequeño escritorio de la señorita Greer estaban abiertos, y sobre la mesa había una colección variada de objetos: cartas, costuras y otras pertenencias, como si alguien hubiera hecho un registro apresurado entre las cosas de la joven fallecida. Me pareció que quien lo hizo fue sorprendido y escapó. La policía lo advirtió, mientras Langton exclamaba:

—¡Miren! Ethelwynn suele ser muy ordenada. Alguien ha estado revolviendo sus tesoros. ¿Con qué propósito? —Se detuvo ante la puerta abierta que conducía al pasillo del laboratorio—. ¡Miren!

El inspector, el sargento y el agente observaron, pero no vieron nada inusual. La puerta estaba abierta, nada más.

—¡No lo ven! —gritó el joven con agitación—. Esta puerta —la que el profesor Greer siempre mantenía cerrada— ha sido forzada. ¡Alguien ha estado aquí! ¡No me equivoqué!

Avanzó por el pasillo, abrió la segunda puerta y entró en la oscuridad de la gran sala. El agente lo siguió con su linterna, mientras yo me quedaba atrás, sabiendo que en segundos se descubriría la horrible verdad. Langton encontró rápidamente el interruptor y el lugar se inundó de luz. Al mismo tiempo, un fuerte olor acre de algún ácido nos golpeó, obligándonos a contener la respiración. Se debía a una botella de líquido que había caído de la mesa más cercana y yacía rota sobre el suelo de baldosas.

Lleno de temor, miré hacia el rincón donde había visto el cuerpo del profesor; pero mi corazón dio un salto de alegría. ¡Ya no estaba allí! Las evidencias de la doble tragedia habían sido eliminadas. ¿Era por eso que Kershaw Kirk había estado allí?

—¡Miren! —exclamó Langton—. ¡El horno está encendido! El profesor ciertamente no puede estar en Escocia.

Miré hacia la izquierda y vi el horno de ladrillo construido en la pared derecha, en el cual, mediante un gran ventilador eléctrico, el profesor podía generar el intenso calor que requería para sus experimentos. Estaba encendido. Un fuego intenso había ardido allí, aunque ahora se apagaba lentamente. El calor del laboratorio y del ladrillo demostraba que el ventilador había sido usado.

—Me pregunto qué habrá estado haciendo el profesor hoy —comentó el inspector, examinando el lugar con gran curiosidad. —Yo más bien me pregunto qué intrusos han estado aquí —exclamó Langton—. Olvida que ambas puertas han sido forzadas.

El inspector permaneció mirando alrededor en silenciosa sorpresa.

—Bueno —exclamó al fin el inspector—, no veo la menor evidencia de ladrones aquí, señor.

—Podrían estar escondidos arriba —sugirió el joven

Langton—. Recuerde que hay muchos interesados en obtener los conocimientos de los descubrimientos del profesor. Por eso siempre era tan cuidadoso en mantener estas puertas cerradas. Su hija, Ethelwynn, era la única persona a quien permitía entrar aquí. Incluso ellos mismos traían el carbón para el horno, excluyendo a los empleados.

—¡Pero los ladrones difícilmente encenderían el horno! —dijo el oficial.

—A menos que quisieran destruir algo en el fuego —respondió el otro.

Aquella sugerencia me dejó atónito. Como un relámpago me vino la sorprendente sospecha de que ese horno podía haber sido encendido con el propósito de destruir las pruebas del misterioso crimen. Recordé la respuesta curiosa y evasiva de Kirk cuando me referí al entierro del cuerpo. ¿Era esa, entonces, la razón por la cual lo había encontrado solo en la casa? Me quedé paralizado por la idea.

Estaba cerca del horno, más cerca que los demás. Cuando recobré el habla, dije:

—Si hay intrusos en este lugar, no pudieron escapar; deben estar arriba. Conuerdo con el señor Langton en que es muy curioso que estas puertas hayan sido forzadas.

—¿Cómo supo que el profesor está en Escocia? —me preguntó con ansiedad.

Al instante tuve una respuesta lista: —Antonio me lo dijo cuando vine el lunes. —¿Dijo cuándo volvería su jefe? —preguntó el inspector. —Dijo que esperaba su regreso anoche, pues tenía el compromiso de asistir con su hija a un baile.

—Entonces puede que haya regresado y se haya ido al baile —comentó el oficial—. También pudo haber perdido sus llaves y verse obligado a forzar las puertas; una

circunstancia bastante probable. Tres personas cenaron abajo esta noche. Él, su hija y un amigo probablemente cenaron y luego salieron; mientras que los empleados, sabiendo que no volverían antes de medianoche, pudieron haber salido también. Esa, al menos, es mi teoría por ahora.

—Ciertamente parece la conclusión más lógica, inspector —observé.

—Debemos registrar la planta alta antes de aceptarla —exclamó Langton, quien, según veía, seguía sospechando que algo inusual había ocurrido. El encuentro con Antonio en la estación de Calais lo había hecho dudar, y con razón.

Mis ojos ansiosos estaban fijos en el horno encendido, cuya gran puerta cuadrada de hierro seguía al rojo vivo, aunque el calor ya disminuía. Al costado había un gran conducto de aire con ventiladores eléctricos y, en la pared, tres interruptores para obtener una fuerte corriente forzada. Frente al horno, una parte del suelo de baldosas estaba enrejada para evitar que las cenizas se esparcieran, y allí vi una cantidad de ellas. A un lado había varios crisoles grandes, uno de los cuales, aún sujeto por las tenazas de hierro, contenía un metal que parecía acero.

Recorrí el lugar con aparente descuido, pasando por el rincón donde había yacido el cuerpo del profesor. Vi que todas las manchas de sangre habían sido cuidadosamente eliminadas de las baldosas. Nadie sospecharía que allí se había cometido una tragedia. ¿Era obra de Kirk? ¿Había logrado aquel hombre, que tanto despreciaba a la policía —y la denunciaba como torpe y burocrática—, eliminar todo rastro del crimen? Si era así, ¿no era prueba suficiente de su propia culpabilidad? ¿No me estaba engañando, siendo él mismo el asesino?

Cada nuevo hecho presentado en aquella casa esa noche aumentaba el misterio en vez de aclararlo. Ansiaba confiar en el amante de la joven fallecida y contarle, allí mismo, todo lo

que sabía, tal como ahora se lo cuento a usted; pero vacilé. ¿No había dado mi palabra de honor de guardar silencio? Y, además, como un necio, había permitido que Kirk escapara. Así que ahora, más que nunca, mis labios estaban sellados. Estaba atado de pies y manos.

En pocos momentos los cuatro hombres salieron del laboratorio, mientras yo, como había hecho abajo, me quedé un instante atrás. Me detuve frente al horno, mirando entre las cenizas. Vi allí algo que ellos habían pasado por alto, o que, de haberlo visto, nada les habría significado. Entre aquellas cenizas grises yacía un botón negro de abrigo, hecho de cuerno. Lo recogí rápidamente y lo guardé en mi bolsillo.

¿Había sido aquella botella de ácido rota a propósito para disipar cualquier olor desagradable proveniente del horno? Ansiaba arrodillarme y examinar aquellas cenizas, pero, por desgracia, no me atreví. Así que me vi obligado a seguir a mis compañeros, rígido y sin palabras.

Capítulo Diez

Leonard Langton hace una declaración

El registro de la parte superior de la casa no reveló nada; nada, al menos, que despertara sospechas excesivas en los investigadores. Mi mirada ansiosa se posaba en todas partes, pero no percibí nada más fuera de lo común. La gran verdad se imponía en mí: el hombre llamado Kirk, ya fuera un loco o un criminal consumado, había eliminado las evidencias de su crimen. Debía haber dispuesto del cuerpo de la pobre joven del mismo modo que del de su padre.

Recordé que, sentado con él en Bath Road, Bedford Park, había admitido poseer otra casa. ¿Sería en Foley Street, aquella miserable vivienda donde había escuchado los gritos frenéticos de una mujer? Sabía cuál era mi deber, pero aún vacilaba en cumplirlo. Mi obligación como buen ciudadano era contar a la policía, abierta y francamente, todo lo que sabía. Sin embargo, ¿me creerían? Ahora, después de haber permitido que registraran el lugar, si hablaba, seguramente sospecharían que intentaba protegerme.

No; habiendo asumido una actitud de ignorancia, veía que estaba obligado a mantenerla. Kirk, astuto, hábil y previsor, había sellado mis labios con ingenio. Pero entonces, si él era el verdadero criminal, ¿por qué me había tomado a mí, un completo extraño, en su confianza? Y además, ¿qué relación podía tener el neumático Eckhardt con este extraño asunto? ¿Quiénes eran aquellos dos misteriosos visitantes que habían llegado tras su visita y a quienes Pelham había visto? ¿Cuál podía ser su propósito?

Me encontraba en el gran salón escuchando la discusión entre

los investigadores, que habían regresado allí decepcionados.

—Solo puedo repetir, señor —dijo el inspector, dirigiéndose a Langton—, que debe haberse equivocado respecto a la luz en la ventana de la otra sala. —Estoy seguro de que no —replicó el joven con firmeza—. Alguien estaba en esta casa; alguien que, cuando llamé, apagó la luz y escapó. —¿Pero cómo pudo escapar? —preguntó el oficial. —¡Ah! Ese es el misterio. Quizá por el techo. —La trampilla está asegurada por dentro —declaró el agente—; la examiné, señor. —¿O por una ventana que dé a algún tejado? —sugerí. —No hay ventanas abiertas por las que alguien pudiera haber escapado —exclamó el sargento—; las he revisado todas.

—Pues bien —exclamó el joven con gesto desconcertado—, nada me convencerá de que los he traído aquí en vano. Sigo sosteniendo que algo inusual ha ocurrido. ¿Por qué ha huido Antonio a Francia? —Debemos preguntarle al profesor —respondió el inspector—. Puede que su jefe lo haya enviado por un asunto perfectamente legítimo. Usted dice que era de total confianza. —Pero me vio en la estación de Calais y, al notar mi presencia, se apresuró a marcharse —dijo Langton—. En otras circunstancias, sin duda me habría saludado; es un hombre muy cortés y atento.

—Bueno, señor —rió el oficial—, no creo que podamos ayudarle más. Salga, 403 —añadió, volviéndose al agente—, y dígalas a los dos hombres en el parque que hemos terminado y que pueden volver a sus rondas. —Muy bien, señor —respondió el hombre, guardando su vara al salir de la sala.

Pronto el inspector y el sargento lo siguieron, dejándonos a Langton y a mí solos. Tras cerrarse la puerta principal, regresamos al gran comedor.

—Bueno —exclamó—, no sé cuál sea su teoría, señor Holford, pero estoy absolutamente seguro de que algo ha ocurrido aquí. Hay alguna circunstancia turbia —y vi

profundas líneas de reflexión en su rostro astuto e inteligente.

¿Por qué no se atrevía Kirk a enfrentarlo?

—La ausencia de todos es ciertamente misteriosa —admití.
—Doble misterio si se considera que las puertas del laboratorio han sido forzadas —añadió rápidamente—. Tres personas cenaron aquí esta noche. El profesor recibió a un amigo. ¿Quién era? —Eso solo podremos descubrirlo cuando regresen los empleados —dije. —O por el propio profesor —sugirió.

Contuve la respiración. ¿Qué habría dicho si le revelaba la verdad: que el profesor estaba muerto y que un botón de su abrigo yacía entre las cenizas del horno? Miré alrededor de la cómoda sala, donde el fuego brillaba alegremente y las luces eléctricas estaban sutilmente atenuadas. El profesor era, entre otras cosas, un conocedor de la platería antigua, y sobre el aparador había varias piezas magníficas: jarras, bandejas, candelabros y otros objetos, todos ejemplares perfectos. Mi mano fue al bolsillo de la chaqueta y allí sentí el botón. Retiré los dedos con horror.

Habíamos decidido esperar el regreso del profesor. ¡Esperar su regreso! Seguramente habría que esperar mucho tiempo para su llegada. Estaba en guardia. Solo yo conocía la verdad, y ocultar mi secreto a este joven sagaz y activo sería, lo veía, difícil. Nos sentamos junto al fuego y, tras ofrecermelo un cigarrillo de su estuche, comenzó a intentar saber más de mí. Pero fui muy cauteloso en mis respuestas. Se disculpó por haberme confundido con un cómplice de ladrones, a lo que yo reí, diciendo:

—Cuando veamos al profesor, quizá le cuente de nuestra larga amistad. —Curiosamente —dijo, mirándome fijamente—, no recuerdo que Ethelwynn hablara nunca de usted. —Conocía muy poco a la joven —me apresuré a explicar—; el profesor es mi amigo. En varias ocasiones me

dijo cuánto le ayudaba ella en sus experimentos. —Ella es su mano derecha —declaró el joven—. Su conocimiento de ciertas ramas de la química es, quizá, inigualable en una mujer. —Y, sin embargo, es encantadora y agradable, nada parecido a una erudita pedante, según entiendo —observé.

Sonrió, pues ¿no era él el feliz enamorado? ¡Ah! Qué despertar debía aguardarle en breve. Pero seguimos conversando. Su rostro, sin embargo, revelaba una gran ansiedad, y una y otra vez expresaba su extrañeza de que Ethelwynn no hubiera permanecido en casa para cumplir la cita, ni le hubiera dejado mensaje alguno.

De hecho, registramos tanto su *boudoir* como su dormitorio para encontrar su telegrama, pero todo fue en vano. Luego volvimos al comedor.

—Supongo que conoce al profesor desde hace algunos años —observé, esperando que me contara la historia de su relación.

—Oh, sí —respondió el joven, girando un nuevo cigarrillo entre los dedos—. Lo conocí a él y a Ethelwynn en el Palacio Gandolfi, en Roma, hace cuatro años. Yo estaba con mi tía, la marquesa Gandolfi, y ellos se alojaban en el Grand Hotel. Los vi con frecuencia durante toda la temporada romana. El profesor dio algunas conferencias ante una sociedad científica italiana y tuve muchas oportunidades de llevar a Ethelwynn a conocer los lugares de la Ciudad Eterna. Conozco muy bien Roma, pues pasé allí toda mi juventud con mi tía, una inglesa que se casó con la nobleza romana y que, como tantas otras, luego se arrepintió. —¿Quiere decir que no fue muy feliz con su esposo? —dije—. He oído que los matrimonios mixtos en Italia rara vez son exitosos.

—No —suspiró—. Mi pobre tía, aunque se convirtió en marquesa y poseía una docena de títulos y probablemente el mejor palacio de Roma, pronto se desilusionó. El marqués era un hombre superficial que vivía en su club, cortejaba mujeres

cada tarde en el Corso o jugaba bacará hasta el amanecer. Y la sociedad romana no fue nada amable con ella, pues era simplemente una inglesa de familia provincial. Gandolfi murió al caer de su caballo en una de sus haciendas en Calabria, hace dos años.

—El profesor era amigo de su tía, supongo. —Sí, un viejo amigo. En aquel tiempo, descubrí que Ethelwynn tenía un ardiente admirador: un joven teniente de infantería italiano que la había visto un par de veces en el Grand y en las casas de té inglesas del Corso, y se había enamorado desesperadamente de ella. El profesor me habló de esto y, en confianza, me preguntó si conocía a aquel petimetre. No lo conocía. Al parecer, le había contado al profesor sobre su familia y sus altas conexiones en Bolonia, había declarado su amor por Ethelwynn y, con su consentimiento, había pedido su mano en matrimonio. Consulté a mi tía, que estaba muy en contra de las uniones entre ingleses e italianos, y en secreto fui a Bolonia a investigar la historia del teniente. Lo que encontré fue bastante interesante: en lugar de ser hijo de una noble familia venida a menos, era el único hijo de un anciano jardinero en una gran villa de la Via Imola. Su carrera había sido errática y sus aventuras amorosas tantas que su propio padre lo había repudiado. Regresé a Roma con la declaración escrita del padre, en blanco y negro.

—¿Y qué ocurrió entonces? —pregunté, interesado.

—El cazafortunas pasó un mal rato en el salón del profesor y fue rápidamente despedido. Lo trasladaron discretamente a otro regimiento en Cremona, mientras que Ethelwynn, por supuesto, derramó muchas lágrimas.

—Y, tras su desengaño, lo recompensó a usted por sus esfuerzos comprometiéndose con usted, ¿eh?

—Exactamente —respondió, relajando la boca en una sonrisa—. Existe un fuerte vínculo entre el profesor y yo. Me alegra creer que soy uno de sus amigos más cercanos; al

menos, eso declaró cuando pedí su permiso para casarme con Ethelwynn. Quizá en lo financiero no soy todo lo que él desearía —dijo con franqueza—. No soy rico, señor Holford. Soy simplemente un hombre de negocios trabajador, pero tengo un empleador muy generoso y bondadoso en Sir Albert Oppenheim, y mi puesto como su secretario confidencial es de gran confianza.

—¡Sir Albert Oppenheim! —exclamé—. ¡Se supone que es uno de los hombres más ricos de Inglaterra! —Probablemente lo sea —rió mi amigo—. Sin embargo, todo hombre rico tiene enemigos, y él no es la excepción. He leído y escuchado muchas calumnias sobre él; pero créame, ningún hombre en toda Inglaterra realiza más obras de caridad en secreto que él.

El nombre me recordó varios rumores que había oído; rumores desagradables de negocios deshonestos en la City, donde era uno de los más grandes, astutos y poderosos financieros modernos.

Había llegado a apreciar a Leonard Langton por su franqueza. Que estaba dedicado a la desdichada joven era evidente, y naturalmente estaba ansioso y desconcertado por su ausencia tras un mes en Portugal, donde, me contó, había estado ocupado en la compra de los tranvías de Lisboa por un consorcio inglés formado por Sir Albert. Vivía en habitaciones en Wimpole Street con un gran amigo suyo que era médico y me invitó a visitarlo, mientras yo comenzaba a contarle un poco sobre mí, mi negocio de automóviles y mis amistades.

Descubrí pronto que era un entusiasta de los motores; por mi parte, lo invité a bajar a Chiswick y salir un día con el "noventa". Así ocurrió que, sentados en aquella casa del misterio, en esa misma sala donde yo había visto a su amada yaciendo fría y muerta, nos hicimos amigos. ¡Ah! Si hubiera sabido siquiera una décima parte de lo que aquella amistad apresurada iba a costarme. Pero si el futuro no estuviera

oculto, seguramente no habría interés ni disfrute en el presente. De pronto, sin advertencia, le lancé la pregunta que siempre había estado en mi mente durante todo el tiempo que habíamos conversado.

—He conocido en varias ocasiones —dije— a un gran amigo del profesor, un hombre que probablemente usted conozca: Kirk, Kershaw Kirk.

Observé su rostro al pronunciar el nombre. Pero, contrariamente a mis expectativas, su expresión fue perfectamente neutra. El nombre no trajo señal alguna de reconocimiento a sus ojos, que se encontraron con los míos sin vacilar.

—¿Kirk? —repitió pensativo—. No, nunca lo he visto; al menos, que yo sepa. ¿Era joven o viejo? —Mayor, y evidentemente un amigo muy íntimo de Greer.

El joven negó con la cabeza. Si estaba ocultando algún conocimiento, entonces era un actor extraordinario.

Quizá el propio Kirk me había mentado. Sin embargo, recordaba que Antonio siempre se había mostrado ante él sumamente humilde y servil. Intenté descubrir qué motivo podía tener Langton para negar que conocía al misterioso Kirk, pero no logré hallar ninguno.

Por lo que pude deducir, mi compañero no estaba familiarizado con el hombre a quien yo, con tanta imprudencia, había permitido escapar de la casa. Y, sin embargo, ¿no había manifestado el propio Kirk temor de encontrarse con él? ¿No me había dicho claramente que, con solo mencionar su nombre ante aquel joven, toda esperanza de resolver el enigma quedaría destruida?

Quizá, después de todo, había obrado con gran falta de juicio al admitir que conocía a Kirk. Por lo que yo sabía, mis palabras podían haber despertado ahora en su mente nuevas sospechas acerca de mí. Sin embargo, ¿no era la tentación de

formular la pregunta demasiado fuerte para resistirla?

A sugerencia mía, volvimos a subir la escalera y entramos de nuevo en la cámara prohibida. Alegué como pretexto que sentía curiosidad por examinar algunos de los delicados aparatos que el profesor utilizaba en sus experimentos. Mi verdadera intención, no obstante, era volver a inspeccionar aquellas cenizas frente al horno.

Las circunstancias, por fortuna, me favorecieron, pues apenas habíamos entrado en el laboratorio cuando oímos sonar el teléfono en el pasillo.

—Me pregunto quién estará llamando —exclamó Langton con rapidez—. Iré a ver.

Y se apresuró a dirigirse al estudio, donde yo había advertido que el aparato se hallaba sobre una pequeña mesa auxiliar, cerca de la ventana. En cuanto se marchó, me incliné con rapidez y removí con la mano el polvo y las cenizas.

¡Sí! Entre ellas había varios trozos pequeños de tela y lino apenas consumidos, algunos restos de prendas de vestir, junto con un botón de cuello de plata ennegrecido por el fuego. Temí que mi compañero advirtiera el inusitado interés que yo mostraba por los residuos del horno; por ello, me limpié la mano con rapidez con mi pañuelo y lo seguí.

Cuando entré en el estudio, él tenía aún el auricular pegado al oído, escuchando. Luego colocó el teléfono en su lugar, pues la persona con quien había estado conversando, evidentemente, ya se había retirado. Se volvió entonces hacia mí y, con los ojos fijos en los míos, pronunció en pocas y claras palabras un anuncio que cayó en mis oídos como un rayo.

Creo que retrocedí como si hubiese recibido un golpe. Con aquella simple y llana declaración suya, el oscuro panorama de dudas y misterio se amplió al instante mil veces más. Me quedé mirando fijamente al joven, negándome por completo

a creer lo que acababa de oír. Lo que me dijo superaba toda posibilidad de credibilidad.

Capítulo Once

Se avecina la tormenta

—Acabo de hablar con Ethelwynn —dijo Langton—. Está en Broadstairs. —¡En Broadstairs! —repetí, mirando fijamente a mi compañero. —Sí —respondió—. Me dice que su padre fue a Edimburgo, pero que de pronto tuvo que marcharse al extranjero por asuntos relacionados con uno de sus nuevos procesos químicos patentados. Llamó por teléfono a Antonio con la intención de dejarme un mensaje.

Lo escuché en silencio, completamente atónito. El joven estaba siendo engañado. ¿No había visto yo con mis propios ojos a la pobre muchacha, tendida fría y muerta en la habitación de abajo? Además, ¿era posible que ella, habiendo presenciado el destino de su padre, dijera a su prometido una falsedad tan grande? ¿Podía tratarse de una de las ingeniosas estratagemas de Kirk para ganar tiempo?

—Entonces, ¿está usted satisfecho? —logré balbucear al fin. —En cierto grado, sí —respondió; noté que me miraba con bastante sorpresa—. Pero eso no explica por qué Antonio está ausente en el extranjero, ni tampoco... —Probablemente haya ido a reunirse con su jefe —interrumpí. —Tal vez. Pero ¿por qué han forzado la entrada del laboratorio? ¿Y por qué encendieron el horno? ¿Quiénes eran las tres personas que cenaron aquí esta noche? ¡El profesor está ausente! —La señorita Ethelwynn pudo haber recibido a dos amigos antes de marcharse a Broadstairs —sugerí. —Eran hombres. Ethelwynn no fuma cigarrillos. —¿Le dijo si piensa regresar a Londres? —pregunté. —Me lo hará saber mañana por teléfono. —¿No le indicó dónde se encuentra su padre? —No lo sabe. Cree que está en algún lugar de Alemania. Ha estado

en comunicación con un poderoso sindicato que, según parece, se ha formado en Hamburgo para explotar uno de sus descubrimientos. Y durante su ausencia alguien, sin duda, ha estado husmeando en sus experimentos. —¿Alguien a quien usted cree haber sorprendido al llamar a la puerta? —¡Exactamente! —respondió el joven, mirando su reloj—. Pero ahora, señor Holford, creo que me iré a mi habitación. Estoy cansado después del viaje. La travesía del Canal fue particularmente mala esta tarde. Vendrá a verme muy pronto, ¿verdad?

Se lo prometí, y juntos bajamos las escaleras para abandonar la silenciosa casa. Caminé a su lado hasta Clarence Gate y continuamos hasta la estación de Baker Street, donde nos estrechamos la mano y nos despedimos. Después de que se marchó, me quedé detenido en la acera, completamente desconcertado.

Se me ocurrió que quizá aún existía la posibilidad de descubrir algo más entre las cenizas del horno. La ventana, rota por la policía, ofrecía un fácil medio de acceso. Ahora tenía la oportunidad de averiguar la verdad de lo ocurrido. Por ello regresé y, merodeando frente a la casa, aproveché el momento en que no había nadie cerca, abrí la ventana del sótano y entré nuevamente.

Pocos minutos después me hallaba otra vez en el laboratorio, sobre el cual el horno incandescente proyectaba una luz rojiza. No me atreví a encender la luz eléctrica por temor a alertar a cualquiera que pudiera estar vigilando desde el exterior; de modo que me vi obligado a tantear entre las cenizas a la luz vacilante del fuego. Mi examen dio como resultado el hallazgo de un gemelo metálico muy decolorado por el fuego, un botón de nácar carbonizado y un trozo de lino de color medio quemado. Hasta donde pude comprobar, no había restos humanos, solo vestigios de ropa quemada; aunque los huesos carbonizados se parecen mucho al carbón.

Sin embargo, ¿no constituían aquellos restos, junto con las

palabras de Kershaw Kirk, prueba suficiente de que había ocurrido algo espantoso?

Salí de la casa por la ventana y, tras caminar hasta Marylebone Road, entré en un pequeño establecimiento donde, al encontrarme solo, saqué los fragmentos de papel medio quemados y los examiné con avidez. ¡Ay! La mayoría de aquellas páginas estaban en blanco. Las demás estaban cubiertas con una cuidada caligrafía femenina, y las palabras se referían a ciertos experimentos químicos del profesor. Aquellas valiosas notas que Ethelwynn había tomado al dictado habían sido, al parecer, destruidas deliberadamente. ¿Cuál podía haber sido el motivo?

Regresé a casa más desconcertado que nunca, aunque llevaba en el bolsillo una fotografía del hombre muerto que había tomado de un marco de plata en el tocador de su hija. Era un robo, lo sabía; pero ¿no podía justificarse en circunstancias tan extraordinarias?

A la mañana siguiente me presenté temprano en el taller para llevar a cabo un plan que había decidido durante la madrugada. En la guía telefónica busqué el número del profesor en su casa de campo en Broadstairs y pedí que me comunicaran. Al cabo de un cuarto de hora me informaron que ya tenía la comunicación.

—¿Está en casa la señorita Ethelwynn? —pregunté. —No; ha salido a caminar —respondió una voz femenina, evidentemente la de una empleada—. ¿Quién habla, por favor? —El señor Kershaw Kirk —respondí, por no saber qué otra cosa decir. —¡Oh, señor Kirk! —exclamó la mujer—. ¿Es usted? Su voz suena tan distinta por teléfono. La señorita Ethelwynn dejó dicho que, si usted llamaba, debía decirle que el señor Langton ha regresado, así que será mejor que se mantenga alejado. —¿Qué sabe Langton? —pregunté, poniéndome en alerta de inmediato. —Nada todavía; pero tenga mucho cuidado. ¿Vendrá usted aquí? —No lo sé —respondió—. Volveré a llamar a la señorita más tarde. ¿Hay

algún otro mensaje para mí? —No, mi señora no dijo nada más, señor. —Muy bien —dije—. ¡Buenos días!

Y colgué. Aquella conversación suscitó nuevas dudas en mi mente. Allí había una joven a quien tanto Kirk como yo habíamos visto muerta y, sin embargo, seguía viva y actuaba de acuerdo con él para mantener en secreto la muerte de su padre. ¡Era incomprensible!

¿Qué podía significar todo aquello? Pelham vino a verme con algunas preguntas relativas al negocio, pero yo respondí de manera casi mecánica. No podía pensar en otra cosa que no fuera el misterioso asunto de Sussex Place. El misterio se había apoderado de mi alma.

A las once en punto, reprimiendo toda sospecha que albergaba sobre Kershaw Kirk, fui a su casa; pero su hermana me mostró un telegrama que había recibido poco después de las nueve de la mañana. Había sido entregado en la estación de Charing Cross y decía que partía hacia el continente.

¡Otra circunstancia curiosa! Se había marchado a reunirse con aquel empleado de rostro astuto, Antonio Merli. Ahora que Leonard Langton había regresado, evidentemente consideraba prudente desaparecer. Y, sin embargo, Langton había negado con calma todo conocimiento de él.

Un poco antes de las cinco de la tarde, mientras estaba en mi oficina de cristal en el taller, Dick Drake me trajo un telegrama. Había sido entregado en la Gare du Nord, en París, y era de Kirk. Sus enigmáticas palabras decían:

“Recuerde todo lo que le dije. Le agradezco sinceramente por ayudarme a superar una dificultad anoche. Me reuniré con usted en breve. Si le preguntan, no diga nada. Todo depende de usted. *Silence!*”

Lo leí con asombro media docena de veces. Ansiaba volver a llamar a Ethelwynn Greer. Sería una experiencia extraña conversar con alguien a quien había visto muerta. Sin

embargo, no encontraba excusa. Kirk, sin duda, le había enviado un telegrama, pues parecía que su relación era, después de todo, muy estrecha.

Al terminar la jornada, tomé un vehículo y me dirigí a la dirección en Wimpole Street que me había dado Leonard Langton. Sus habitaciones eran particularmente acogedoras y estaban bien amuebladas; pero su asistente, un joven extranjero, me informó que su jefe había partido hacia Broadstairs en el "Granville" desde Victoria esa misma tarde. Así que volví a subir al coche y me dirigí a Oxford Street, completamente desconcertado.

No lograba discernir el motivo de Kirk al exponerme aquellas trágicas circunstancias. No veía de qué manera podía ayudarlo, aun si su versión del asunto era la verdadera. ¿Quién era este Kershaw Kirk? Esa era la gran pregunta. O bien era un hombre de extraordinario poder e influencia, o un asesino astuto e ingenioso. ¿Y no recaía ninguna sospecha sobre Antonio Merli, el empleado extranjero que parecía estar en connivencia con Kirk?

El recuerdo de esto me llevó a encaminar el vehículo hacia Euston Road y buscar a lo largo de esa transitada avenida la tabaquería regentada por el hermano de Antonio, Pietro; el único extraño, al parecer, consciente de la muerte del profesor. Durante media hora busqué, hasta que, cerca del extremo de Tottenham Court Road, encontré una pequeña tienda donde se exhibían artículos de papelería, periódicos y tabaco en el escaparate.

Al entrar, pregunté a la joven de ojos oscuros tras el mostrador si el señor Merli era el dueño del establecimiento. —Sí, señor, lo es —respondió. —¿Puedo verlo? —Ha sido llamado repentinamente al extranjero, señor —contestó la joven—; se marchó de Londres esta mañana. —¿En qué tren? —En el de las nueve, desde Charing Cross. —¿Conoce usted a un señor Kershaw Kirk? —Sí; estuvo aquí anoche para verlo —respondió la joven—. Es la única vez que lo he visto.

—¿Cuándo espera que regrese el señor Merli? —¡Oh, no lo sé, señor! Supongo que ha ido a Italia; y cuando va allí suele ausentarse varias semanas. —¿Entonces viaja al extranjero con frecuencia? —Sí, señor; muy a menudo. Creo que tiene algún negocio que lo obliga a viajar, y deja esta tienda a cargo de mi hermana casada y de mí. No está casado, como seguramente sabe. —¿Entonces rara vez está aquí? —observé, complacido por toda aquella información. —Vive en Acton y solo viene ocasionalmente. —Conoce a su hermano, por supuesto —pregunté, tras comprar unos cigarrillos. —¿Se refiere al señor Antonio? Oh, sí; ha venido aquí una o dos veces por cartas que ha recibido en esta dirección. —¿Con otro nombre, verdad? —reí suavemente. —Sí, son cartas con letra de mujer, así que quizá sea mejor no ser demasiado curiosos —rió la joven.

Y tras alguna conversación más, le dije que volvería en una semana para saber si conocía el paradero de su patrón y, al salir de nuevo al coche, regresé a Chiswick, con la mente nublada por muchas inquietudes. El panorama se volvía cada vez más oscuro y desconcertante.

Capítulo Doce

Una extraña historia se despliega

Confieso que, al regresar a casa aquella noche, estuve tentado a confiar en Mabel. Pero vacilé, pues sabía que su franqueza y sentido de la justicia la llevarían a sugerir que debía acudir a Scotland Yard y exponer todos los hechos ante el Departamento de Investigación Criminal. No tenía secretos para ella; la amaba demasiado. Pero en este enredado asunto había cometido la necedad de dar mi palabra de honor de no decir nada. Todas las extrañas declaraciones y alegatos de Kirk volvían ahora a mi memoria. Por ello, me vi obligado a abandonar la idea de hacer de Mabel mi confidente.

Sin embargo, por la manera en que me miraba, comprendí que estaba inquieta y desconcertada por mi actitud. Aquella noche, al regresar y encontrarla junto al fuego en nuestro acogedor salón, con sus delgados dedos ocupados en labores de costura, reconocí por sus preguntas directas que me observaba con considerable aprensión. De nuevo me preguntó qué ocurría, y de nuevo respondí evasivamente que tenía muchas preocupaciones de negocios. Dejamos el tema porque Gwen, su hermana menor, entró en la sala.

Todo el día siguiente debatí conmigo mismo qué curso debía adoptar, pero, por desgracia, no pude decidir ninguno. El asunto era un enigma completo. Cuanto más intentaba sondear el misterio, más inexplicable parecía. Piense un momento y comprenderá plenamente el peligro de mi posición. Para mí, estaba claro que, al aceptar con prontitud la amistad de Kirk, me había entregado por completo en manos de los conspiradores. Si Kirk fuera realmente un

hombre honesto y valiente, ciertamente habría llamado a la policía. ¿Y no había admitido abiertamente su incapacidad de probar una coartada?

Aquella tarde, húmeda y lúgubre, tuve que salir en automóvil hacia Tunbridge Wells para ver a un cliente que compraría el vehículo que yo conducía. Llevé conmigo a Dick y, siendo el coche un “cuarenta y ocho”, avanzamos con bastante rapidez hasta detenernos frente a la entrada de aquel paseo antiguo, los Pantiles, cerca de donde vivía mi cliente.

No regresamos a casa hasta cerca de la medianoche, pero en ese trayecto nocturno resolví que al día siguiente me dedicaría al trabajo de detective aficionado e intentaría descubrir algo por mi cuenta. Para resolver un enigma tan complejo como aquel, comprendí que debía empezar por el principio. Y eso era lo que pensaba hacer. Por lo tanto, la noche siguiente, a las once y media, partí de King’s Cross en un coche-cama hacia Edimburgo, habiéndome asegurado primero de que el conductor era el mismo que había trabajado en aquel tren la noche del supuesto viaje del profesor.

Era un escocés alto, delgado, de bigote rubio, cuyo uniforme parecía demasiado grande para su cuerpo encogido, pero que se movía con diligencia por el pasillo en cuanto el tren partió, preguntando a los pasajeros a qué hora deseaban ser despertados y si tomarían té. Esperé hasta que llegó a mi compartimento y entonces le hice ciertas preguntas sobre sus pasajeros la noche del domingo trece, consultando si recordaba al profesor Greer.

—Claro que sí, señor —respondió con un marcado acento del norte—. Otro caballero me preguntó por el profesor cuando regresé a King’s Cross. —¿Llevó al profesor hasta Edimburgo? —Por supuesto, señor. Recuerdo el nombre. De hecho, aquí está en mi libro —y, retrocediendo unas páginas, me mostró el nombre entre los que habían reservado camas con antelación—. Como le dije al otro caballero que

preguntó, no quiso té y me pidió que lo despertara en Dunbar. —¿Y cuando lo despertó lo vio en su litera? —Sí, señor, abrió la puerta y me preguntó cómo estaba la mañana. —¿Dónde bajó? —En Waverley, por supuesto. Le entregué sus maletas y uno de los empleados del North British Hotel las tomó. —¿Está completamente seguro? —Tan seguro como de que vamos al norte esta noche, señor —respondió el hombre.

Entonces saqué la fotografía del profesor de mi bolsillo y se la mostré. —Ese es el mismo caballero, y un caballero muy agradable, señor —declaró en cuanto la vio—. Pero, ¿por qué pregunta esto? Usted es la segunda persona que lo hace. —Solo... bueno, solo porque el profesor es un poco excéntrico —respondí diplomáticamente—, y estamos algo ansiosos por saber de sus actividades en Escocia. Casi todos los grandes hombres de genio —añadí— son algo excéntricos, ya sabe. —Pues fue al North British —respondió el conductor—. Allí seguramente lo recordarán. —¿Conoce al empleado que tomó su equipaje? —Sí, era Walter Macdonald. Lo llamaré cuando lleguemos a Waverley por la mañana y podrá hacerle las preguntas que desee.

El hombre se marchó apresurado y poco después, mientras el gran expreso aceleraba hacia Hatfield, me acomodé en la estrecha cama mientras avanzábamos en la oscuridad de la noche. Al correr la cortina a la mañana siguiente, bordeábamos el mar gris y brumoso. Me vestí con calma y, puntual, bajé al andén de Edimburgo a las siete y media. Ante la señal del conductor, un empleado del hotel, uniformado con esmero, se acercó y le expliqué en pocas palabras el objeto de mi visita.

—Recuerdo muy bien al caballero, señor —respondió Macdonald tras ver la fotografía—. Tomé su maleta y su bolso y los entregué al portero. Creo que no pidió habitación. Su primera consulta fue por la oficina de telégrafos y lo dirigí a la Oficina General de Correos, que está casi al lado. Eso es todo lo que sé de sus movimientos.

Le di una propina y, subiendo en el ascensor del hotel, atravesé el vestíbulo y entré en el gran salón que da a Princes Street, donde desayuné.

Después me quedé deambulando por el vestíbulo principal que da a Princes Street; la entrada desde la estación se encuentra en la parte posterior del edificio, muy por debajo del nivel del hotel.

Observé que, fuera de la oficina de recepción, sobre un tablero cubierto con paño verde y sujetos con cintas, se exhibían los telegramas dirigidos a los huéspedes para que los destinatarios los tomaran por sí mismos. Resultaba, por tanto, muy fácil que cualquiera que no estuviera alojado en el hotel hiciera que le enviaran allí un telegrama y lo recogiera en secreto. Del mismo modo, habría sido igualmente fácil que alguien tomara el telegrama de otra persona que se encontrara allí.

Dos jóvenes empleadas se hallaban detrás de la reja de bronce. Al cabo de un momento me dirigí a la mayor de las dos y le mostré la fotografía. Ninguna de ellas, sin embargo, la reconoció. Revisé el libro de registro de visitantes y comprobé que, el lunes catorce, ninguna persona con el nombre de Greer se había inscrito.

—Debió de ser un cliente ocasional, sin duda —observó la mayor de las jóvenes, vestida pulcramente de negro—. Llegó, según dice usted, en el expreso matutino de la Costa Este; por lo tanto, pudo simplemente haber desayunado y continuar su viaje. Muchas personas hacen eso y toman luego su conexión hacia el norte. En tal caso, nosotros ni siquiera los vemos. Tanto mi compañera como yo estuvimos de servicio todo el día el lunes.

—Desde luego, yo nunca he visto a ese caballero, que yo recuerde —declaró la otra.

—Pero creo que debió recibir dos telegramas.

—Recuerdo un telegrama, pero no el otro. Recibimos tantos mensajes aquí a lo largo del día, ya sabe —respondió la joven—. Pero lo que sí recuerdo es que al día siguiente nos

llamaron por teléfono desde Londres para preguntar si ese caballero se alojaba aquí.

—¿No sabe quién hizo la llamada? —pregunté.

—¡No tengo la menor idea! —respondió riendo—. Puede que haya sido la policía. Ya lo han hecho otras veces.

—Claro que pudo haberse alojado aquí con otro nombre y recoger telegramas dirigidos a Greer —sugerí.

—No lo creo —replicó la mayor de las dos, una mujer alta, elegante y de aspecto resuelto—. Si lo hubiera hecho, alguna de nosotras lo recordaría. Yo hablaría con el portero del vestíbulo en la entrada de la estación, si fuera usted —añadió.

Así pues, busqué al hombre uniformado al que había aludido y volví a mostrarle el retrato. Recordaba al profesor con toda claridad, me dijo. El visitante había dejado a su cuidado una bolsa de viaje y una maleta, señalando que no estaba del todo seguro de si pasaría la noche, y luego entró en el hotel.

—Eso fue alrededor de las siete y treinta y cinco de la mañana.

—¿Cuándo volvió a verlo?

—Alrededor del mediodía, cuando pasó hacia el ascensor y descendió a la estación. Observé que entonces llevaba un sombrero distinto del que tenía cuando llegó de Londres —respondió el portero.

—¿Cuándo recogió su equipaje?

—Hacia las tres y media. Un empleado lo bajó y lo dejó en el guardarropa.

—¿No volvió a verlo?

—No, señor. Probablemente se marchó en un tren posterior ese mismo día.

Esa fue toda la información que pude obtener en aquel lugar. El resto de la mañana lo pasé vagando por Princes Street, aquella magnífica avenida que tiene pocos iguales en el mundo, tratando de decidir cuál debía ser mi siguiente paso. Había agotado, al parecer, todas las pistas en Edimburgo, y resultaba claro que mi camino me conducía nuevamente hacia el sur.

De pronto, al entrar otra vez en el hotel para almorzar, se

me ocurrió una idea. Me dirigí a la peluquería e hice algunas preguntas al encargado, un alemán rubio y de modales correctos. Apenas le mostré el retrato, exclamó:

—¡Sí! Lo recuerdo muy bien.

—Dígame todo lo que sepa sobre sus movimientos —le pedí.

Advertí que el hombre me observaba con cierta desconfianza.

—Supongo, señor —dijo—, que usted es agente de la policía.

—No, no lo soy —le aseguré, bastante sorprendido por su comentario—. Solo estoy haciendo averiguaciones porque... bueno, porque mi amigo ha desaparecido.

—Entonces le diré lo que ocurrió, señor —respondió el alemán con un ligero acento—. El caballero entró hacia las cuatro de la tarde y me pidió que lo afeitara. Cuando empecé a aplicarle el jabón, advertí que él mismo había estado recortándose la barba muy de cerca. Sin embargo, lo afeité sin hacer comentario alguno. Nosotros, los peluqueros, estamos acostumbrados a estas cosas, aunque a veces nos causen cierta extrañeza.

—¡Ah! —exclamé—. Entonces salió de aquí completamente afeitado. ¡Tenía la intención de disfrazarse!

—Sin duda, señor —respondió el hombre, que parecía particularmente inteligente—. Porque más temprano, al cruzar el pasillo, lo había visto cerca del ascensor. Entonces llevaba la barba completa. Recordé también la ropa que vestía.

—¿Habló con usted?

—Muy poco, señor. Parecía un hombre sombrío y más bien silencioso.

Eso fue todo lo que pudo decirme, aunque afirmó que el caballero se veía muy agitado y perturbado mientras lo afeitaba. También le cortaron el cabello y le arreglaron el bigote.

—¿Cambió mucho su aspecto? —pregunté.

—Muchísimo, señor. Apenas lo habría reconocido cuando salió de aquí.

—¿Y no dijo nada a nadie?

—No es asunto mío entrometerme en la vida de los clientes —respondió el hombre con toda razón—; pero observé con

atención su rostro.

Lo que me contó era ciertamente notable. En realidad, el conjunto de los hechos resultaba asombroso. Mientras el infortunado profesor yacía muerto en su laboratorio de Londres, él se hallaba al mismo tiempo allí, en Edimburgo, intentando disfrazarse y enviando a su hija un telegrama tranquilizador.

Que el profesor Greer había sido asesinado en Londres no cabía la menor duda: asesinado, además, detrás de puertas cerradas, en circunstancias que constituían por sí mismas un misterio completo e impenetrable. Si era así, ¿quién era entonces aquel hombre que había salido de Londres con el equipaje del profesor, que había llegado a Edimburgo y a quien los empleados del hotel habían identificado por su retrato? Si no era el profesor, ¿quién podía ser?

Una cosa era segura: no podía tratarse del verdadero asesino. Pero, si no lo era, ¿por qué se había tomado tantas molestias para disfrazar su apariencia? Descarté de inmediato la teoría de que Greer tuviera un doble. Los dobles solo existen en el terreno de la ficción. Aquí, en cambio, me enfrentaba a hechos concretos y tangibles.

Cada fase de aquel complicado problema se volvía cada vez más enredada a medida que intentaba analizarla. Aquella gris tarde invernal vagué por las húmedas calles de Edimburgo, mirando sin propósito las vitrinas de las tiendas; luego me senté durante casi una hora en un banco de los jardines públicos desiertos, al pie del castillo, pensando y preguntándome una y otra vez, hasta que el crepúsculo sombrío comenzó a descender y las luces de Princes Street empezaron a brillar tenuemente.

Entonces, levantándome, partí de nuevo por el North Bridge, atravesando High Street y Johnstone Terrace hasta la estación Caledonian, y por George Street y St. Andrew's Street regresé a Waverley, en un recorrido por el centro de la ciudad. No hacía más que matar el tiempo, pues había decidido tomar el expreso nocturno de regreso a King's Cross. Al entrar de nuevo al hotel eran casi las siete; al hacerlo, el

portero de la puerta giratoria en Princes Street se llevó la mano a la gorra e informó que el peluquero deseaba verme otra vez. Subí al primer piso y entré en el salón, donde encontré al alemán con quien había hablado antes del almuerzo. Estaba sentado solo, leyendo un periódico.

—¡Ah, señor! —exclamó—. ¡Pensé que quizá ya se había marchado! ¡Me alegra mucho que aún esté aquí! Esta tarde ocurrió una circunstancia muy curiosa cuando salí de descanso, como siempre, de tres a cinco. Vivo en Forth Street, detrás del Theatre Royal, y mientras caminaba hacia casa por Broughton Street me encontré cara a cara con el caballero que usted busca.

—¡Lo ha visto! —exclamé, casi inclinado a no creer su relato, pues evidentemente esperaba una buena propina.

—Sí, me reconoció e intentó apartar el rostro. Pero logré mirarlo bien y estoy absolutamente seguro de no equivocarme. Vestía de manera distinta y parecía muchos años más joven que cuando lo vi por primera vez con barba.

—¡Entonces aún se oculta aquí! —exclamé rápidamente—. ¿Lo siguió?

—Sí. Tuve que actuar con mucha cautela, pues evidentemente teme que lo estén rastreando. Su actitud era la de un hombre que teme ser reconocido. Puede que sospeche que usted está aquí, señor.

—¿Pero ha descubierto dónde vive? —pregunté sin aliento, con el corazón latiendo con fuerza.

—Sí, señor —respondió el alemán—; lo he hecho.

Capítulo Trece

Aprendo algo interesante

Diez minutos más tarde estaba con el peluquero alemán en un tranvía, subiendo por Regent Road hacia Abbey Hill. Al girar en London Road, junto a la estación, bajamos y, cruzando la avenida principal, entramos en una de las callejuelas estrechas y mal iluminadas a la izquierda, cuyo nombre no alcancé a ver.

—No sé a quién debo preguntar —comenté a mi acompañante, mientras avanzábamos juntos con prisa.

—Solo puedo señalarle la casa donde su amigo se oculta —respondió el hombre—. Usted, por supuesto, conoce más de sus hábitos que yo.

En pocos momentos pasamos frente a una casa alta, gris y deslucida, que el alemán señaló como el escondite secreto del falso profesor. Ansiaba la presencia de Kershaw Kirk, pues no sabía cómo actuar. Reflexioné, sin embargo, que la razón de mi viaje a Edimburgo era esclarecer el misterio, y ese pensamiento me impulsó a la acción. Así que, mientras él aguardaba en la penumbra de la siguiente esquina, regresé a la casa y llamé al timbre. A la puerta acudió una joven algo desaliñada, de unos dieciocho años, evidentemente hija de la propietaria.

—Aquí vive un caballero —dije—. ¿Sería tan amable de decirle que el señor Kirk desea verlo?

—El caballero ya no está aquí, señor —respondió la joven con un marcado acento escocés.

—¡Se ha ido! —exclamé.

—Sí, señor. Supongo que se refiere al señor Martin, pues es el único huésped que ha tenido mi madre. Empacó sus cosas y se marchó a la estación hace una hora.

Mi corazón se desplomó. ¡Evidentemente había comprendido que el alemán lo seguía y había escapado!

—¿Puedo ver a su madre? —pregunté.

Fui invitado a entrar en el estrecho vestíbulo de aquella casa de olor rancio, y una mujer de rostro enjuto y vestida de negro gastado salió a recibirme.

—Perdone la molestia —dije a modo de disculpa—, pero tengo un mensaje urgente para el señor Martin, quien, según entiendo, ha estado alojado aquí.

Era una ventaja que la muchacha hubiera revelado inadvertidamente el nombre que el falso profesor había adoptado.

—El señor Martin se ha ido, señor. Partió esta tarde.

—Así me lo dice su hija. ¿Pero no tiene idea de adónde pensaba ir?

La mujer vaciló, y por esa breve pausa me convencí de que sabía algo que deseaba ocultar.

—No, señor, se marchó de repente —respondió apresurada—. Había estado fuera todo el día y, al regresar hacia las cinco, empacó sus cosas, me pagó lo que debía junto con una semana de renta en lugar de aviso previo y, tomando un carruaje, se fue.

—A la estación, ¿verdad?

—Sí, le oí decir al cochero que lo llevara a Princes Street.

—No había estado mucho tiempo con usted, ¿cierto?

—Una semana. Llegó el lunes diciendo que lo había recomendado un amigo suyo, un actor. Yo alquilo habitaciones a profesionales —añadió, explicando.

—Es un hombre muy reservado —observé—. Supongo que rara vez salía.

—No; solía leer todo el día y dar solo un paseo de media hora por la noche. Me pareció un hombre bastante excéntrico.

—Así es —reí—. Soy un viejo amigo suyo, así que lo sé. Espero que no le deba nada. Si es así, dígamelo y yo lo pagaré.

—Oh, en absoluto, señor. Ha pagado todo —declaró la mujer, impresionada por mi pronta oferta de saldar las deudas de su huésped—. Su partida repentina nos dejó perplejos.

—¿Recibía muchas cartas?

—Solo dos, y un telegrama que usted le envió, el cual

encontré tirado junto a su tocador.

—¿De mí? —repetí, recordando al instante que había dado mi nombre como Kirk.

—Sí, usted le envió un telegrama hace varios días para citarlo en el Hotel Caledonian de Glasgow. Usted es el señor Kirk, ¿verdad?

—Ah, claro, lo recuerdo —reí—. ¿Cree que se ha ido a Glasgow? —pregunté, al ocurrírseme de pronto la idea.

—Pues, señor —respondió la mujer—, como es tan íntimo amigo del señor Martin, creo que debo decirle que, antes de marcharse esta noche, me pidió en confianza que remitiera cualquier telegrama que llegara para él al Caledonian de Glasgow; pero rogándome al mismo tiempo que no diera información alguna a nadie que viniera a preguntar por su paradero.

—¡Entonces ha partido a Glasgow esta noche! —exclamé con entusiasmo repentino—. ¡Si lo sigo de inmediato, quizá lo encuentre!

—Creo que sí, señor —respondió la mujer.

Me despedí apresuradamente y, reuniéndome con el alemán, a quien entregué una generosa propina, regresé velozmente al hotel. Partí de la estación de Princes Street a las diez menos diez de esa noche en el expreso que debía llegar a Glasgow a las once. Aquella hora de viaje estuvo llena de emoción, pues ahora iba tras los pasos del falso profesor, cuyo paradero y nombre supuesto conocía Kirk, y con quien había concertado una cita.

¿Iba ese hombre, conocido como Martin, a encontrarse con Kirk?

Reí para mis adentros al pensar en la incómoda sorpresa que mi presencia allí les daría. Lo que la mujer me había contado probaba concluyentemente que Kershaw Kirk había conspirado para causar la muerte del pobre Greer, y que la historia que me había relatado era falsa. Y, sin embargo, volvía a surgir en mi mente el problema de por qué, si era el asesino o cómplice, me había introducido en aquella casa de la muerte; iyo, un completo extraño!

Solo, sentado en el rincón del vagón, lo pensaba todo,

intentando discernir alguna luz en la oscuridad. Había sido un necio por no haber informado a la policía de mis sospechas desde el principio. La joven Ethelwynn, a quien había visto aparentemente muerta, cuyo frío cuerpo había tocado, estaba viva y sana en Broadstairs. ¿No era eso, en sí mismo, un misterio desconcertante, aparte de aquella visita secreta de Kirk a Foley Street y el grito de la mujer en aquella noche brumosa?

¿Era de extrañar, entonces, que descuidara mi negocio, dejando todo a Pelham, con quien me había comunicado varias veces por telegrama? ¿Era de extrañar que, siendo las circunstancias tan extrañas, vacilara en contárselo a Mabel, mi esposa, para no arrastrarla a esa red de dudas y tragedia sombría? Había revisado cada día las columnas del Times para descubrir el mensaje anunciado por Kirk, pero no había aparecido ninguno. Ahora veía cómo había sido como cera en manos de aquel hombre hábil y de palabra suave. Creía en la honradez de las personas, una confianza muy ingenua en estos días, cuando la moralidad es objeto de burla y la honestidad se considera una debilidad.

¡Ay! En esta querida y vieja Inglaterra nuestra, la verdad y la justicia están desapareciendo rápidamente. Ahora que el dinero gobierna, que el divorcio se ha convertido en un medio de notoriedad y que la caridad se dirige al extranjero con fondos para desconocidos indignos —mientras nuestros desempleados hambrientos claman por pan por millares—, el viejo orden de las cosas ha cambiado.

El hombre honesto —aunque, sea dicho, aún existen hombres íntegros en los negocios y fuera de ellos— es relegado y tachado de necio; mientras que el gran ladrón, el estafador engreído, el explotador y el promotor de compañías falsas puede pagar su camino y obtener un título o un asiento en la Cámara de los Lores, marcándose así con el sello de la respetabilidad. Mientras el dinero hable, la moralidad es un factor ausente en la vida y la verdad no es más que una parodia. En nuestras obras de caridad nos hemos convertido en farsantes, porque la adoración al dinero ha engendrado

hipocresía y presunción; males que pronto serán la causa de la caída de nuestra amada patria bajo el férreo talón de una organizada Alemania.

Tales reflexiones me asaltaban mientras esa noche me hallaba en el tren, observando las luces al acercarnos al gran centro industrial del Clyde. Intentaba vislumbrar el futuro, pero solo veía ante mí un horizonte brumoso de desesperación. Ansiaba encontrarme con Ethelwynn Greer y hacerle ciertas preguntas. ¿No era acaso un enigma completo, sorprendente e inescrutable, que ella, habiendo visto a su amado padre yaciendo sin vida, no pronunciara palabra, ni siquiera al joven Langton, a quien evidentemente estaba entregada? Ese hecho era absolutamente incomprensible.

Por fin el tren aminoró y entró en la gran estación. Al descender, entregué mi maleta a un empleado y entré en el Hotel Caledonian contiguo. Ya me había hospedado allí en otras ocasiones y conocía su enorme comedor, sus largos pasillos y sus amplias instalaciones. Me registré con el nombre de Lamb, considerando mejor ocultar mi presencia, y mientras escribía en el libro, repasé la página buscando el nombre de Martin. No estaba allí. Retrocedí a las llegadas anteriores de ese día, pero sin mejor resultado. Así que subí en el ascensor a mi habitación en el segundo piso.

Por supuesto, era perfectamente posible que el falso profesor usara otro nombre si deseaba evitar ser seguido desde Edimburgo. Además, había notado que, igual que en el hotel de Edimburgo, aquí los telegramas se exhibían en un tablero y podían recogerse libremente. Por lo tanto, si llegaba un mensaje a nombre de Martin, él podía reclamarlo fácilmente. Tras asearme, vagué por el hotel, por el vestíbulo, la sala de fumadores y otras dependencias públicas. Sin embargo, ¿cómo reconocer a un hombre disfrazado al que nunca había visto?

Estaba en desventaja desde el principio por no haber conocido jamás a aquel hombre que se hacía pasar por el profesor muerto. Sin embargo, sabiendo que Kirk deseaba particularmente verlo, sentía que había probabilidad de un

encuentro y que, si permanecía alerta, lo hallaría entre los centenares de huéspedes allí alojados.

Desde mi llegada a las once hasta la una y media permanecí atento, pero no vi a nadie conocido. Por lo tanto, me retiré a descansar, exhausto por aquella constante vigilancia. Sin embargo, no estaba desanimado. El falso profesor había partido de Edimburgo hacia ese destino y estaba seguro de que se alojaba allí bajo otro nombre. Solo me correspondía desenmascarlo, o esperar hasta que ambos se reunieran clandestinamente para exigir la verdad.

Seguramente, en todos los anales del crimen nunca hubo uno tan rodeado de circunstancias complejas como la tragedia de Sussex Place, y ciertamente ningún hombre inocente había sido más ingeniosamente engañado que yo. Al día siguiente, desde las ocho de la mañana hasta entrada la noche, merodeé por el gran hotel, siempre ansioso y vigilante. Observaba cada llegada y cada partida. Poco a poco, y contra mi voluntad, me convencí de que el falso profesor no se había hospedado en ese hotel, sino en otro lugar, sabiendo bien que podía obtener el mensaje telegráfico de Kirk cuando quisiera, simplemente entrando y tomándolo del tablero.

De nuevo, aunque estaba tras los pasos de los conspiradores, estaba siendo burlado; un hecho que se me grabó aún más al tercer día de mi inútil espera. Cada hora vigilaba aquel tablero de telegramas con la intención de apropiarme discretamente de cualquier mensaje dirigido a Martin y actuar según la cita que contuviera. Pero, por desgracia, mi vigilancia no fue recompensada.

Dos veces llegaron hombres que se asemejaban ligeramente al profesor muerto, bien afeitados y activos, pero al observarlos con cuidado descubrí que uno era un viajante de comercio y el otro un conocido comerciante de hierro. El falso profesor, el hombre claramente asociado con el misterioso Kirk, estaba sin duda en Glasgow, pero ¿cómo podía yo hacer más de lo que ya hacía para desenmascarlo? Planteo ese problema a usted, mi amigo, para quien he narrado esta sencilla historia de lo que realmente me ocurrió en el año de 1907, y pregúntese por la solución:

“¿Quién mató al profesor Greer?”.

Capítulo Catorce

Una verdad notable

La mañana era fría, con una lluvia fina y persistente, cuando a las ocho descendí de un carruaje frente a mi casa en Bath Road y entré con mi llave. En el comedor encontré a Annie, la doncella, encendiendo el fuego; pero al verme de pronto, sorprendida, exclamó:

—¡Oh, señor! ¡Me ha dado un susto! No esperábamos verlo de regreso tan pronto.

—¿Por qué no? —pregunté, extrañado.

—Creíamos que estaba con la señora, señor.

—¿Con mi esposa? ¿Qué quiere decir?

—La señora Holford obedeció su telegrama, señor, y ha partido a Italia.

—¡A Italia! —exclamé, atónito—. ¿Dónde está la señorita Gwen? Vaya y pregúntele si puede verme enseguida.

La seguí escaleras arriba y, en pocos momentos, salió Gwen Raeburn, la hermana de mi esposa, una joven bonita y morena de diecisiete años, envuelta en un quimono azul.

—¡Harry! —exclamó—. ¿Qué ocurre? Pensé que Mabel había ido a reunirse contigo.

—Acabo de llegar de Glasgow, donde he estado por negocios —expliqué—. ¿Dónde está Mabel?

—No lo sé, salvo que la acompañé a la estación Victoria a las once, anteayer.

—¿Pero por qué se fue?

—Para encontrarse contigo —respondió la joven—. La mañana anterior, poco después de las ocho, recibió un telegrama firmado por ti, instándola a reunirse contigo en el Hôtel Grande Bretagne de Florencia lo antes posible. Así que obedeció de inmediato y partió en el tren de las once. Fue una prisa terrible para lograr que saliera, te lo aseguro. ¿Pero

no has estado en Florencia?

—No, he estado en Escocia —repetí—. ¿Leíste el telegrama que recibíó?

—Sí; era muy breve, pero claro. Mabel estaba molesta porque no le habías explicado la razón de tu viaje al extranjero. Temía que, dada tu actitud preocupada últimamente, te hubiera ocurrido algo grave. Por eso se fue tan apresuradamente. Yo quise acompañarla, pero no me lo permitió.

—Ojalá hubieras ido, Gwen —dije—. Aquí hay una trama; una conspiración profunda y traicionera.

—¿Qué ha pasado?

—Mucho —respondí—. Lo sabrás todo más adelante. Por ahora no tengo tiempo de explicarlo. Supongo que el telegrama no quedó por ahí.

—Mabel lo llevó consigo.

—¿No viste de dónde fue enviado?

—De Turín. Concluimos que te habías detenido allí, camino a París.

Guardé silencio. ¡Qué complot habían urdido esos canallas contra mí y los míos! ¿Por qué habían atraído a mi querida esposa Mabel hasta Italia? Me sentí inquieto y furioso. Mi cuñada bajó conmigo al comedor. Vio mi agitación y, tras superar la sorpresa inicial, intentó calmarme.

—Debe haber una explicación razonable, estoy segura, Harry —dijo—. Quizá sea una broma de tus amigos. Yo no me preocuparía si fuera tú.

—¡Ah, Gwen! —suspiré—. Ignoras todas las sombrías circunstancias. Estoy convencido de que aquí hay una conspiración seria. La mano de un enemigo secreto se ha levantado contra mí.

¿Había sido aquel astuto empleado de Sussex Place quien envió el falso mensaje? ¿O fue el propio Kirk? Y, de ser así, ¿con qué propósito? ¿Iba Mabel, mi amada y devota esposa, a caer indefensa en sus manos sin escrúpulos? Mi sangre hervía al pensar en lo ingenuamente que había caído en la trampa preparada por mi misterioso vecino.

Tomé una guía de trenes y vi que, si salía de Charing Cross

en el tren de las 2:20, podría, con suerte, alcanzar el correo nocturno hacia Italia por el Mont Cenis desde la Gare de Lyon. Solo lo lograría si llegáramos a tiempo a la Gare du Nord. Sabía que el servicio vespertino a París era bastante puntual, y se llegaba a la capital francesa hacia las 9:20. Luego, con ayuda de un taxi, podría cruzar hasta la estación de Lyon a tiempo. Así que decidí intentarlo. Había estado varias veces en Italia en mi juventud y conocía bastante bien el idioma. Mi padre, antes de la ruina de sus negocios, había alquilado durante años una villa en las montañas sobre Florencia.

—¿Puedo ir contigo, Harry? —suplicó mi cuñada—. Si Mabel está en peligro, es justo que me lleves con ella.

Sabía lo devota que era la joven a su hermana. Un año atrás había regresado con nosotros desde Caen, donde había estado en la escuela, y entre los idiomas que dominaba estaba el italiano. Apenas me parecía prudente dejarla sola; por lo tanto, aunque debía recurrir a mis ahorros, resolví comprar un segundo boleto para ella. Al anunciar mi decisión, sus ojos oscuros brillaron de alegría.

—¡Eres un buen hermano, Harry! —exclamó—. No quiero desayuno. Voy a empezar a empacar enseguida. Nunca he estado en Italia, ¿sabes?

Le dije que, dadas las prisas de nuestra carrera por París, solo podría llevar equipaje de mano, y ella corrió arriba a prepararse. Después, muy agitado y lleno de sombrías aprensiones, llamé por teléfono a la oficina de transporte y reservé literas para ambos en el expreso a Roma desde París hasta Pisa, donde sabía que tendríamos que cambiar de tren. Luego redacté un largo telegrama para Mabel en el Hôtel Grande Bretagne, en Florencia, explicándole que había sido víctima de un mensaje falso, pero que íbamos a reunirnos con ella de inmediato para traerla de vuelta. Juzgué que ya debía haber llegado a su destino, pero, lamentablemente, no habría tiempo de recibir respuesta antes de nuestra partida de Londres.

Tras enviar el mensaje, fui al taller y, avisando a Pelham de mi repentina salida al extranjero, le di ciertas instrucciones,

firmé los pagos y dejé todo en orden.

Luego fui a visitar a la señorita Kirk, pero negó conocer el paradero de su hermano. El Times, que acababa de comprar en High Road, Chiswick, no contenía el mensaje que él había anunciado. Tampoco lo esperaba. Mi intención ahora era de una amarga represalia. Había sido engañado por el hombre que, según yo mismo había comprobado, poseía un conocimiento secreto sobre el trágico final del pobre profesor. Con ese mensaje a mi esposa alguien había vulnerado mi honor, y estaba decidido a que pagara caro por ello.

Gwen, como joven que era, estaba llena de emoción ante la perspectiva de aquel veloz viaje al sur. En un momento intentaba tranquilizarme asegurando que nada malo ocurría, y al siguiente se mostraba intrigada por el motivo del misterioso mensaje. Al fin, sin embargo, nos encontramos sentados en los rincones de un vagón de primera clase, cruzando lentamente el Támesis en la primera etapa de nuestra carrera hacia Italia. El panorama era gris y desolador; un presagio, en verdad, de un triste desenlace para nuestro viaje a la lejana tierra del sol. Llegamos a tiempo al puerto de Folkestone y, esa misma noche, con solo siete minutos de retraso, entramos en la Gare du Nord. Habíamos cenado en el tren, así que, tomando un taxi, cruzamos rápidamente París hasta la Gare de Lyon, donde apenas nos quedaban ocho minutos antes de la partida del expreso hacia Roma.

Toda la noche, mientras yacía solo en mi litera y el gran expreso se balanceaba camino a la frontera alpina, mi mente estuvo llena de graves aprensiones. Gwen había recibido una litera junto a otra dama en el extremo del coche, y ya me había asegurado de que estuviera cómoda. Entonces me dispuse a pasar esas largas y lúgubres horas en un desvelo temeroso. No podía discernir motivo alguno para atraer a mi esposa —a quien Kirk nunca había dirigido la palabra— a un destino en el extranjero. Sin embargo, un punto curioso era evidente: aquel misterioso vecino de Bath Road sabía bien de mi ausencia en el norte. De otro modo, no habría falsificado

mi nombre en un mensaje enviado desde Turín.

¿Con qué propósito deseaba la presencia de ella en Florencia? Debía tener algún objetivo. Quizá previó que la ausencia de ella significaba también la mía, y que mi viaje forzado implicaba relajar la vigilancia que había establecido sobre el hombre que había ido al norte la noche del asesinato del profesor. Esa era la única teoría plausible que pude formar, y la acepté a falta de una mejor. Pero puede imaginarse en qué torbellino de dudas y temores, de sombrías aprensiones y ansiedad, vivía yo entonces.

Gwen, fresca y radiante en su vestido azul marino, vino a mí a la mañana siguiente y tomamos café juntos en una estación de paso. Aunque permanecimos unidos durante las horas de la mañana hasta detenernos en la frontera, en Modane, se abstuvo de mencionar la razón del viaje de Mabel al extranjero. La joven adoraba a su hermana y no deseaba causarme más dolor ni preocupación de lo necesario.

Tras pasar el gran túnel, emergimos del lado italiano y llegamos a Turín, donde esperamos una hora. El viaje transcurrió sin incidentes durante la tarde y la noche hasta alcanzar la gran estación de Pisa poco antes de la medianoche. Allí cambiamos a un tren muy frío y lento que, serpenteando a la luz de la luna por el hermoso valle del Arno toda la noche, se detuvo en la terminal de Florencia temprano en la gloriosa mañana italiana.

—iFi-renze! iFi-renze! —gritaban los somnolientos empleados, y descendimos junto con apenas media docena de pasajeros que habían viajado en aquel treno lumaca —o tren caracol—, como justamente lo llaman los toscanos. Tomamos entonces uno de esos pequeños carruajes abiertos tan apreciados por los florentinos y nos dirigimos de inmediato al conocido hotel frente al Arno, cerca del Ponte Vecchio.

Florencia, en el silencio de la mañana, se veía encantadora, con sus viejas iglesias y pesados palacios recortándose contra el cielo azul claro, mientras que, al pasar por una calle lateral, divisamos al fondo la maravillosa fachada en blanco y negro del Duomo, el campanario de Giotto y la magnífica cúpula de Brunelleschi. Unos momentos después

descendimos del carruaje y entramos en el amplio vestíbulo de mármol del hotel.

—¿Tienen aquí hospedada a la señora Holford? —pregunté en inglés al gerente, que ya estaba en su despacho.

—Hol-ford —repitió, consultando el gran cuadro de nombres y números frente a él—. ¡Ah, sí, señor, recuerdo! Pero...

—vaciló, y luego preguntó—: ¿Me permite saber quién es usted?

—Soy Henry Holford, el esposo de la señora —respondí con prontitud.

Y entonces el hombre nos dijo algo que nos dejó mirándonos en muda estupefacción. El hombre era un mentiroso, y se lo dije abiertamente. Sus asombrosas palabras hacían el enigma aún más complejo que nunca.

Capítulo Quince

Un hombre engaña a una mujer

La historia que me contó el hotelero italiano, calvo y de aspecto severo, fue que otro hombre había usurpado mi lugar. Dijo que la señora Holford, acompañada de su esposo, había llegado hacia las siete de la mañana del día anterior, permaneció allí todo el día y partió en el expreso hacia Roma a las cinco de la tarde.

—¡No lo creeré, señor! —exclamó con cierto énfasis—. Pues aquí está la firma del caballero.

Y me mostró en una hoja impresa, donde los visitantes de hoteles en Italia deben escribir sus nombres según las normas policiales, claramente inscrito con mano firme: “Mr. and Mrs. Henry Holford. Profesión: ingeniero de automóviles. Domicilio: Londres. Sujeto británico.”

Me quedé mirando aquellas palabras, completamente desconcertado. ¡Alguien había asumido mi identidad! ¿Cómo era posible, estando Mabel presente?

—¿Qué clase de hombre era el esposo de la señora? —pregunté, mientras mi cuñada permanecía atónita.

—Era un poco mayor que usted, señor, con el bigote ya entrecano.

¿Sería acaso aquel gran bribón, Kershaw Kirk?

—¿Tendría unos cincuenta años y era más bien delgado?

—Sí —respondió el hotelero—. Hablaba italiano muy bien; casi sin acento.

Mi sospecha recayó de inmediato sobre Kirk. Pero ¿cómo podía engañar a Mabel hasta el punto de hacerse pasar por su marido? Ella nunca le había dirigido la palabra y sabía que lo había mirado siempre con una instintiva aversión.

—Salieron ayer por la mañana a pasear hasta Fiesole —añadió.

—¿No sabe a qué hotel han ido en Roma? —pregunté.

—No. Aquí hay un telegrama para la señora. Llegó media hora después de su partida. No dejaron instrucciones al portero sobre el reenvío de la correspondencia.

—Soy su esposo —dije—, y ese telegrama es evidentemente mío, retrasado en la transmisión, como suele ocurrir en este país. Como su marido, supongo que tengo derecho a abrirlo.

—Lo lamento, señor, pero no puedo permitirlo —replicó el hombre—. No me ha dado prueba alguna de que sea usted el esposo de la señora.

—¡Pero lo soy! —exclamé—. Esta joven es la hermana de mi esposa y puede confirmarlo.

—Sí —afirmó la muchacha—, este es Harry, mi cuñado. El otro hombre, sea quien sea, es un impostor.

El italiano quedó perplejo; se hallaba ante un dilema. Por lo tanto, tras mis reiteradas declaraciones, me entregó el mensaje y comprobé, como esperaba, que era mío; el cual, lamentablemente, nunca había llegado a ella para tranquilizarla.

Por supuesto, no estaba seguro de que el acompañante de Mabel fuera realmente Kirk. Al reflexionar, dudaba de que ella aceptara como verdad cualquier palabra suya. Pero fuera cual fuese la historia que le había contado sobre mí, debía ser extraña y dramática para inducirla a viajar por Europa en compañía de un desconocido. Jamás había tenido la menor razón para dudar de la fidelidad de Mabel. Siempre había sido una esposa buena, honesta y leal; nuestro afecto era mutuo. En verdad, pocos matrimonios llevaban una vida más dichosa que la nuestra.

No; aunque aquel hombre me relatara esa historia asombrosa, me negaba a creerla. El desconocido de bigote gris, fuera quien fuese, era un canalla empeñado en atrapar a mi esposa y lo había logrado contando alguna fábula sobre mí. Expuse esta teoría a Gwen mientras tomábamos café media hora más tarde. Habíamos decidido descansar hasta las once, cuando salía un expreso hacia Roma. Pensaba seguirla y rescatarla de las manos de quienes eran, sin duda, conspiradores.

Más desconcertados que nunca, viajamos al sur hacia la Ciudad Eterna, llegando en las primeras horas de la mañana siguiente y alojándonos en el Grand Hotel, el cual estaba lleno, pues la temporada romana ya había comenzado. Encontrar a mi amada esposa era ahora mi único objetivo. Ya no me importaba el misterio de Sussex Place ni la identidad del falso profesor. Había abandonado la investigación para salvar del peligro a la mujer que amaba.

Gwen estaba fuera de sí por el miedo, mientras yo me hallaba cada vez más perplejo respecto al motivo de atraer a Mabel al extranjero. Ella no tenía la menor relación con la tragedia secreta. ¿Por qué, entonces, estaba siendo engañada y por qué permitía que aquel extraño se hiciera pasar por mí?

Casi no dormí aquella noche tras haber buscado en vano en todas las listas de visitantes. A las siete de la mañana siguiente emprendí un recorrido por los hoteles para hacer averiguaciones personales. En el Russia, el Modern, el Continental, el Milan y otras casas conocidas repasé los nombres de los huéspedes buscando el mío, pero aunque dediqué todo el día a la tarea, todo fue inútil.

Más temprano había telegrafiado a Pelham para preguntar si Mabel me había enviado algún mensaje a casa, pero la respuesta fue que no se había recibido nada. Aunque no parecía haber conexión entre la tragedia de Sussex Place y la huida de mi esposa, no podía evitar sospechar que la había, y que mi aparente abandono se debía a la sutil influencia de mi misterioso vecino. Ahora estaba más ansioso que nunca por denunciarlo a la policía. Los restos del pobre profesor habían sido incinerados en su propio horno por las manos del asesino.

Sin embargo, antes de poder levantar el dedo acusador, debía descubrir el paradero de aquel hombre, y eso parecía una tarea imposible. Al día siguiente, y al siguiente, alterné entre registrar hoteles y vagar por el Corso, el Pincio, entre los turistas del Foro o en la amplia Piazza Colonna. Entre la multitud que circulaba por el Corso en la hora de la passeggiata, mis ojos y los de Gwen buscaban ansiosos el

rostro de mi esposa. Pero no la vimos. Ella y el hombre que se hacía pasar por mí habían desaparecido por completo. Busqué consejo en el Questore, jefe de policía, quien ordenó revisar el registro de extranjeros en Roma. Pero dos días después me informó con pesar que el nombre de Holford no aparecía. Ante ello, mi única conclusión fue que, tras dejar Florencia, habían cambiado repentinamente el rumbo. ¡Su huida! ¿Por qué había huido Mabel de mí, después de apresurarse tanto para reunirse conmigo? Esa era la pregunta crucial.

Una tarde, ya avanzada, me hallaba en el Pincio, apoyado en la balaustrada de aquel popular paseo de los romanos, observando a la multitud que, en carruajes o a pie, disfrutaba del aire fresco y brillante. Había estado allí cada día, esperando contra toda esperanza reconocer a Mabel o a Kirk entre los cosmopolitas adinerados que llenaban la colina. Ante mí desfilaba la lenta procesión de carruajes de toda clase y condición: desde el automóvil colorido y elegante del joven italiano hasta el carruaje fúnebre de la marquesa empobrecida, o el humilde vehículo del turista. Detrás se extendía el suave resplandor rosado del crepúsculo, con los tejados rojos, las altas torres y las cúpulas de la Ciudad Eterna allá abajo. Contra el cielo se erguían los altos cipreses —sombrios y severos— y, sobre todo, flotaba aquella ligera neblina que se levantaba del viejo Tíber cuando caía la tarde.

La escena era quizá una de las más pintorescas de toda Italia, incluso superior a la vista desde la Piazza Michelangelo en Florencia. Pero para mí, abatido y desconcertado, el murmullo en una docena de lenguas resultaba irritante. Volví la espalda a la multitud, apoyé los codos en la baranda de piedra y contemplé la alegre capital, desde donde en ese momento subía el repicar de campanas iniciado por la gran campana de San Pedro y repetido en cada torre; la solemne llamada a la oración vespertina que, por desgracia, nadie atendía. En la Italia moderna, solo el campesino es piadoso; entre la alta sociedad, la religión se considera algo pasado de

moda.

Quizá usted haya recorrido el Corso, esa estrecha avenida, haya conversado en la casa de té inglesa a las cinco, tomado algo en el Aregno y subido al Pincio para contemplar la puesta de sol. Si lo ha hecho, entonces conoce esa vida; reconoce entre la multitud rostros de ambos sexos que ha visto en otras capitales europeas o en las salas de Montecarlo; muchos de ellos con semblantes endurecidos, indiferentes, indolentes; pocos con la frescura de la juventud o la mirada franca de la pureza. En el Pincio se encuentra el mundo frívolo que existe solo para divertirse; el mundo que ignora la pobreza porque obtiene su sustento del trabajo de millones de desdichados en otros países.

Harto, decepcionado y con una profunda ansiedad royéndome el corazón, me había apartado de la escena y contemplaba las brumas teñidas de rosa cuando, de pronto, escuché una voz a mi lado exclamando en un inglés entrecortado:

—¡Pero si es el señor Holford!

Me volví rápidamente y, con asombro, me encontré frente al rostro delgado y siniestro del empleado del profesor fallecido: Antonio Merli.

Capítulo Dieciséis

Antonio habla con franqueza

—¡Tú, Antonio! —exclamé, mirando al hombre que, vestido con un traje gris oscuro y sombrero flexible negro, presentaba una apariencia de extrema respetabilidad.

—Sí, señor; me sorprende mucho encontrarlo aquí, en Roma —respondió.

—Vamos —dije bruscamente—, cuénteme lo que ha ocurrido. ¿Por qué dejó Londres tan precipitadamente?

—Tenía asuntos familiares que atender —contestó—. Debía ir a mi hogar en Lucca para arreglar el futuro de mis dos sobrinos, cuyo padre acaba de morir. Pietro se reunió conmigo allí.

—¿Y también se reunió con el señor Kirk? —pregunté.

—¡Ah, no, señor! —protestó el italiano de rostro enjuto con un gesto enfático—. No lo he visto desde que salí de Londres.

—¿Está completamente seguro de eso, Antonio? —pregunté lentamente, incrédulo, mirándolo fijamente a la cara.

—Completamente. Sé que viajó al extranjero, pero no tengo idea de dónde se encuentra ahora.

—Ahora dígame, Antonio —insistí—, ¿quién es el señor Kirk y a qué se dedica?

El italiano se encogió de hombros y respondió:

—Ah, señor, mejor no pregunte. Es un misterio para mí, como para usted, y como lo fue para mi pobre jefe.

—Él mató a su jefe, ¿verdad? —sugerí—. Ahora dígame la verdad de una vez por todas.

—No lo sé —replicó rápidamente, con un extraño destello en sus ojos oscuros—. Si lo hizo, no tengo conocimiento de ello. Yo dormía en el último piso y no escuché nada.

—¿Quién fue el hombre que viajó a Edimburgo la noche de la tragedia?

—¡Ah, Dios mío! ¡No reabra todo ese rompecabezas! —protestó—. Estoy tan desconcertado como usted mismo, señor.

Lo miré directamente, preguntándome si decía la verdad. Su rostro duro, marcado por profundas líneas, era difícil de leer. El italiano es un diplomático nato: su cara rara vez delata sus pensamientos. Puede sonreír dulcemente aunque tras su espalda empuñe un puñal listo para clavarlo en el corazón. Así era el rostro de Antonio, enigmático como el de toda su raza.

—Usted vio a Leonard Langton en Calais —observé.

—¡Él se lo dijo! —exclamó el empleado del difunto profesor, sobresaltado—. ¿Qué dijo de mí?

—Nada, salvo cosas buenas. Me contó que usted era un asistente de confianza del profesor.

—¡Ah, mi pobre y querido jefe! —repitió el hombre, volviendo el rostro pensativo hacia el resplandor del ocaso—. ¡Si yo supiera... ah, Madonna mia, si tan solo supiera la verdad!

—¿Sospecha de Kirk? —sugerí—. ¿Por qué no me cuenta más?

—No lo sospecho más que a otros —respondió con calma—. Está seguro, señor, de que hay mucho más detrás de ese terrible asunto de lo que usted imagina. Hubo un fuerte motivo para la muerte de mi pobre jefe, ¡puede estar seguro! Pero dígame, ¿dónde encontró al señor Langton?

Le relaté brevemente las circunstancias de la presencia de Kirk en la casa, su huida y el descubrimiento que hice después en el laboratorio.

—¡Usted realmente descubrió que las pruebas del crimen habían sido destruidas! —exclamó el hombre. Sin embargo, mi aguda vigilancia detectó que, tras su sorpresa, respiró con alivio cuando anuncié que el cuerpo del profesor ya no existía.

—Sí —dije tras una breve pausa, manteniendo mis ojos fijos en los suyos—. Destruído; y por Kershaw Kirk, a quien encontré allí solo, con el horno encendido.

El italiano sacudió la cabeza con desconcierto. Si sospechaba de Kirk o no, era imposible determinarlo. Sabía bien que habían sido amigos. Pero me parecía que se habían reunido

en secreto después de la tragedia y habían reñido. No le conté nada de mi viaje a Escocia ni de los hallazgos que había hecho; pero, en respuesta a sus repetidas preguntas sobre mi presencia en Roma, le expliqué que buscaba a mi esposa, relatándole la inexplicable manera en que había sido llamada desde Londres mediante un telegrama falso.

—¿Y dice que la señora no sabía nada del asunto en Sussex Place?

—Nada, Antonio. No era tema para mencionar a una mujer.

—Usted sospecha de Kirk, por supuesto, porque su descripción se parece mucho al hombre que dicen estuvo con ella en Florencia. ¿Qué motivo podría tener para alejarla de usted?

—Uno siniestro, sin duda —respondí—. Pero, Antonio, le ruego que me cuente más sobre ese hombre Kirk. Usted lo ha conocido desde hace tiempo, ¿no?

—Cuatro años, quizá. Era visitante frecuente en casa del profesor, pero el joven Langton lo odiaba. Una vez escuché al prometido de la señorita Ethelwynn contarle a su padre una historia extraordinaria sobre Kirk. Pero el profesor se negó a escuchar; confiaba en su amigo ciegamente.

—Y neciamente —observé.

—Mucho, porque después supe que Kirk, más que ser amigo de mi jefe, era su peor enemigo. La señorita Ethelwynn fue la primera en descubrirlo. Ha estado dedicada a su padre desde la muerte de su madre.

—¿Y cómo explica aquel notable suceso tras las puertas cerradas? —pregunté, mientras permanecíamos allí en la esquina, rodeados por el alegre murmullo de la sociedad romana; una situación incongruente, sin duda—. ¿Cuál es su teoría?

—Ah, señor, no tengo ninguna —declaró enfáticamente—. ¿Cómo podría tenerla? Es un misterio completo.

—Sí; igualmente extraordinario es el hecho de que la señorita Ethelwynn, a quien vimos muerta y fría, esté aún viva.

—¡Viva! —exclamó con un sobresalto que me demostró que su sorpresa era genuina—. ¡Realmente no puedo creerlo,

señor Holford! ¿Qué prueba tiene? ¡Si tanto usted como Kirk declararon que estaba muerta!

—La prueba que tengo es concluyente. Leonard Langton habló con ella por teléfono en Broadstairs, y ahora está allá con ella.

—¡Imposible, señor! —declaró el hombre, sacudiendo la cabeza con duda.

—¿Cuándo la vio por última vez?

—Estaba tendida en el diván del comedor, como usted la vio, pero por orden de Kirk fue sacada de la casa en un carruaje. Le expliqué al cochero que se hallaba indispuesta, pues había tomado demasiado vino. Un hombre, amigo de Kirk, la acompañó.

—¿Y cuál fue su destino? —pregunté con firmeza.

—Ah, señor, no lo sé.

—Ahora, Antonio, por favor no mienta —dije con reproche—. Usted sabe muy bien que la hija de su jefe fue llevada a cierta casa en Foley Street.

—¡Pero...! —exclamó, palideciendo ligeramente y mirándome fijamente—. ¿Cómo lo sabe?

Reí, negándome a satisfacer su curiosidad. En su agitación, su acento se había vuelto más marcado.

—Bueno —dijo al fin—, ¿qué importa si la señorita está viva, como usted afirma? Por mi parte, me niego a creerlo hasta verla con mis propios ojos.

—Todo esto está fuera de lugar, Antonio —observé—. Tengo entendido que usted era el empleado fiel y de confianza del profesor Greer; por lo tanto, como hombre de honor, debería intentar ayudar a esclarecer el misterio y llevar al verdadero asesino ante la justicia.

El hombre suspiró:

—Temo, señor, que eso nunca se logrará. El misterio tiene ramificaciones tan amplias que nadie puede desenredar sus hilos. Pero —añadió tras una breve pausa—, ¿se opondría a contarme cómo conoció al señor Kirk?

Considerando mejor complacer a aquel hombre, que sin duda poseía cierto conocimiento secreto, describí brevemente la

manera en que Kirk había buscado mi amistad. Mientras lo hacía, vi una leve sonrisa en la comisura de sus labios, una sonrisa de satisfacción, al parecer, por la ingeniosa forma en que su amigo me había engañado.

—¿Entonces lo llevó a Sussex Place con el propósito de mostrarle el cadáver de mi jefe?

—Así fue. Yo no deseaba involucrarme en semejante asunto, pero me rogó que lo apoyara, protestando al mismo tiempo por su inocencia.

—¿Su inocencia?! —exclamó el italiano con fiereza, entre dientes apretados.

—¿Cree usted que es culpable, entonces? —pregunté, notando de inmediato su cambio de actitud.

—¡Ah, no, señor! —respondió, recobrando la compostura al instante, mientras una sonrisa afable se extendía por su rostro oscuro—. Me malinterpreta; no sospecho de nadie.

—Pero usted tenía un conocimiento más íntimo del hogar y de los amigos del profesor que cualquier otro. Por lo tanto, seguramente tendrá sus propias sospechas.

—No; hasta que un punto del misterio, que aparentemente nunca se le ha ocurrido, sea aclarado, tanto usted como yo solo podremos permanecer en la ignorancia.

—¿Por qué no ser completamente franco conmigo, Antonio? —insistí—. No creo que usted sea el asesino de su jefe; ¡jamás lo creeré! Pero no es sincero conmigo. Póngase en mi lugar. He sido atrapado por Kirk en una red de misterio y tragedia, y he perdido a mi esposa, que temo está en manos de conspiradores. No he acudido a la policía porque Kirk me instó a no buscar su ayuda. Así que...

—No, señor —interrumpió rápidamente—, no diga nada a la policía. Sería imprudente, ¡fatal!

—¡Ah! —exclamé—. Entonces actúa de acuerdo con Kirk. ¡Usted también intenta engañarme!

—No, señor —protestó—. Por la memoria de mi madre —dijo, usando el juramento común italiano—, solo actúo en su interés. La desaparición de su esposa añade misterio al asunto.

—¿Qué sugiere como próximo paso? Si encuentro a Mabel,

nada más me importa. El asunto trágico puede seguir siendo un misterio para siempre. Dejo a otros descubrir quién mató al profesor Greer.

—¿Realmente lo dice en serio, señor? —exclamó—. ¿Se abstendría de investigar más con tal de recuperar a su esposa?

Guardé silencio unos segundos. Su vehemencia era suficiente confesión de una conciencia culpable.

—Sí —dije—. ¿Qué importan los asuntos ajenos mientras la esposa que amo esté a mi lado? Ella es víctima de una trama de la que debo rescatarla.

El italiano volvió a mirar hacia los tejados de la Ciudad Eterna, ya difusos en la neblina creciente.

—Temo, señor Holford —exclamó al fin con un suspiro—, que tiene ante sí una tarea muy difícil. Evidentemente ignora ciertos hechos curiosos.

—¿Sobre qué?

—Sobre su esposa.

—¿Pretende manchar su buen nombre? —grité exaltado, con la ira en aumento.

—En absoluto —respondió con calma y cortesía, con los labios entreabiertos en una sonrisa agradable—. Usted me pidió ayuda y estaba a punto de darle un consejo, siempre que me haya dicho la verdad.

—¿Sobre qué?

—Sobre que la señorita Ethelwynn aún vive.

—De eso no hay duda —afirmé.

—¿Y si encontrara a su esposa sana y salva, se comprometería a no investigar más? —repitió con insistencia.

—¡Ah! ¿Quiere atarme a eso? —exclamé—. Lo hace porque usted y sus amigos tienen miedo. ¡Reconocen su propio peligro!

—No —declaró el hombre a mi lado—; aún me malinterpreta por completo. Usted es inglés y desconfía de mí solo porque soy extranjero. Es un prejuicio que todos los ingleses tienen en mayor o menor grado.

—No tengo prejuicio alguno —declaré con vehemencia—. Pero, para decirle la verdad, Antonio, estoy cansado de todo

este misterio, y ahora que Kirk y sus amigos me han separado de mi esposa, pienso actuar.

—¿De qué manera? —preguntó con calma.

—Iré al Jefe de Policía aquí en Roma y diré la verdad. Lo conozco personalmente.

—¡Y mencionará mi nombre! —exclamó, consciente de las medidas drásticas de la policía de su país.

—No podré evitar mencionarlo —respondí con una sonrisa.

—¡Bien! —contestó con voz áspera—. Y si lo hace... pues, señor, le prometo que nunca volverá a ver a su esposa con vida. ¡Vaya con el Jefe de Policía ahora! ¡Cuéntele todo lo que sabe! ¡Solicite mi arresto! Y luego espere el desastre que caerá sobre usted y sobre su esposa desaparecida. Una mano invisible golpeó al profesor Greer; una mano invisible lo golpeará a usted, igual de rápido, igual de certero.

Y enfrentándome desafiante, con una mueca en su rostro siniestro, añadió:

—El silencio, señor, es su única garantía de seguridad; ise lo aseguro!

Capítulo Diecisiete

Ethelwynn habla

Miré los ojos astutos del viejo italiano y vi en ellos tanto determinación como desesperación. ¿Era él el hombre que había matado al profesor Greer?

—No necesito garantía alguna de seguridad de su parte, Antonio —respondí con rapidez—. Ahora solo busco a mi esposa. ¿Dónde está?

—Querido señor, no tengo idea —replicó el viejo con calma, mostrando las palmas de las manos—. No tengo el gusto de conocer a la señora.

—¡Pero usted sabe dónde se oculta Kirk! Ella está con él, ayudándolo a descubrir mi paradero, ¡estoy seguro! —exclamé.

—Sé que el señor Kirk cruzó de Dover a Calais, pero de sus movimientos posteriores le aseguro que lo ignoro todo.

¿Qué más podía hacer? Afirmaba estar tan desconcertado como yo respecto a la desaparición de mi esposa, declarando su disposición por ayudarme si le fuera posible. Luego, en el crepúsculo, descendimos lentamente la calle juntos; me dio su dirección en la Via Tordinona, una callejuela cercana al puente de Sant'Angelo, la cual anoté en el puño de mi camisa. En el Porto del Popolo nos separamos y yo regresé al hotel para cenar con Gwen, a quien encontré aguardándome con febril expectación. Le conté brevemente mi encuentro con un conocido, pero nada expliqué de su relación con la casa de Sussex Place ni de la tragedia secreta allí ocurrida.

El día siguiente era cinco de febrero, día de Santa Ágata. ¡Qué bien lo recuerdo! Pues al mediodía nos despedimos de la Ciudad Eterna y, mientras el tren avanzaba sobre los lúgubres pantanos de la Maremma en nuestro viaje hacia el norte, me decidí a ir directamente en busca de Ethelwynn, la

joven a quien había visto muerta y que, sin embargo, vivía. Recordaba todas las ominosas declaraciones de Antonio: cómo había expresado dudas de que el asesino del profesor fuese jamás llevado ante la justicia, y cómo había amenazado con que, si revelaba la verdad a la policía, nunca volvería a ver a Mabel con vida. ¿No probaban esas palabras su complicidad? ¿Por qué exigía mi silencio bajo amenaza contra la vida de mi esposa? Había mentido al decir que ignoraba su paradero; pero si era el asesino, o uno de los cómplices, comprendí que no podía esperar ayuda de él. Esa conclusión me llevó a resolver invocar la ayuda de la joven a quien había visto tendida en el suelo, inerte.

De Roma a Broadstairs hay un largo trecho, pero dos días después llegamos a la estación Victoria, y en la mañana del tercer día me hallaba ante la puerta de una bonita casa de techo rojo situada sobre los acantilados. Una doncella pulcra abrió la puerta y, al preguntar por la señorita Greer, me condujo a través de un amplio vestíbulo hasta un pequeño y acogedor salón con vista al mar. La doncella que llevó mi tarjeta regresó para decir que su jefa vendría en unos momentos. Entonces me quedé junto a la ventana, contemplando el pintoresco puerto de Broadstairs, lleno de ansiedad por el resultado de la entrevista.

Ella llegó al fin: una figura alta y esbelta, con falda oscura y blusa de seda color crema; una muchacha delicada, de rostro dulce y cabello rubio, cuyos grandes ojos azules mostraban asombro ante la visita de un extraño. Aquella a quien había visto como un cadáver estaba ciertamente viva, ¡y aquí presente en carne y hueso!

—Debo disculparme por esta intromisión, señorita Greer —comencé—, pero puedo presentarme como un conocido del señor Langton; un conocido bajo circunstancias algo curiosas.

—El señor Langton ya me contó cómo lo conoció, cuando creyó que había ladrones en nuestra casa de Sussex Place —dijo ella, con una sonrisa que iluminó su rostro.

—Sí —respondí—. Yo... bueno, estaba allí de guardia, pero las sospechas del señor Langton afortunadamente resultaron infundadas.

—¡Ah! —dijo, con apenas un leve suspiro—. Me alegro de ello, ¡mucho!

—La razón de mi visita, señorita Greer —expliqué tras una breve pausa—, es preguntarle si sabe del paradero de mi padre.

—Mi padre fue a Escocia —respondió sin titubear—. Actualmente está en Alemania. Lo último que supe de él fue hace tres días, cuando estaba en Estrasburgo.

—¿Le escribió? —exclamé, sorprendido de que tal mentira brotara tan fácilmente de sus labios.

Ella notó mi asombro y dijo:

—Sí, ¿por qué no habría de hacerlo?

¿Qué podía responder? ¿Podía decirle que el profesor, su padre, había sido asesinado y su cuerpo incinerado en su propio horno? ¿No había dado mi palabra de honor a aquel escurridizo Kershaw Kirk de guardar silencio? Además, mi único pensamiento era para mi querida esposa, cuyo rostro surgía constantemente ante mí.

—Bueno —balbuceé—. Creí que usted ignoraba su paradero, señorita Greer. Al menos, así lo entendí por el asistente de su padre, Antonio.

Ella sonrió, mirándome con calma. O ignoraba por completo lo ocurrido, o era una actriz perfecta. ¿Cómo podía fingir tal desconocimiento? ¿No me había dicho Kirk que ella se había arrodillado ante el cuerpo de su padre, jurando venganza contra su asesino? Recordaba que la hija del difunto estaba en la casa y que, tras aquel incidente, se había trasladado a casa de Lady Mellor. En secreto, esta hermosa joven ante mí había regresado, y la habíamos encontrado aparentemente muerta en el comedor. La actitud de Ethelwynn, fingiendo ignorar el destino de su padre, me parecía tanto asombrosa como sospechosa.

—¿Dice que el profesor estaba en Estrasburgo? —pregunté—. ¿Sigue allí?

—Hasta donde sé —respondió, girando nerviosamente los anillos en su delgado dedo.

—¿Podría enviarle un telegrama? —me atreví a sugerir.

—Por supuesto, si tiene asuntos con él —respondió ella—. Iré a buscar la dirección.

Salió rápidamente de la sala, dejando en el aire un dulce aroma a violetas; llevaba un ramillete de ellas prendido en el cinturón. Unos minutos más tarde regresó con una carta en la mano.

—Su dirección es Kronenburger Strasse, número quince —exclamó—. ¿Conoce Estrasburgo? Está justo en la esquina, junto al puente sobre el canal.

—Nunca he estado en Estrasburgo —respondí—. Pero tengo asuntos importantes con el profesor, así que, con su permiso, le enviaré un telegrama desde aquí.

—Por supuesto —dijo ella—. Él me cuenta que sus asuntos probablemente lo retengan en el extranjero por bastante tiempo. Pero... —se detuvo y al fin añadió—: Nunca lo he oído hablar de usted como su amigo, señor... señor Holford.

—Quizá no —dije con rapidez—. El hecho es que soy un amigo de confianza suyo, así como del señor Kershaw Kirk.

—¡Amigo del señor Kirk! —exclamó, mirándome con una expresión sobresaltada, mezcla de miedo y sorpresa.

—Sí —dije—. Creo que el señor Kirk es íntimo amigo tanto de su padre como suyo. ¿No es así?

—Ciertamente. Es nuestro mejor amigo. Tanto papá como yo confiamos en él plenamente —respondió la joven—. De hecho, durante la ausencia de mi padre, él queda encargado de mis asuntos.

Por un momento guardé silencio.

—¿Es su amigo, entonces?

—Claro. ¿Por qué lo pregunta?

—Pues porque temía que no lo fuera —contesté—. ¿Sabe acaso dónde está?

—Está en el extranjero, pero no sé dónde.

—¡Ah! —reí suavemente, fingiendo despreocupación—. Siempre me ha parecido una figura extraña, misteriosa y evasiva. ¿Quién es él exactamente?

—Usted probablemente sabe tanto de él como yo, señor Holford —respondió la joven—. Solo sé que es íntimo amigo de mi padre y el ideal de un caballero inglés. De su profesión

o de su pasado no sé nada. Mi padre, que lo conoce íntimamente, siempre guarda silencio sobre ese punto.

Noté que hablaba en tiempo presente, como si quisiera mantener la ficción de que su padre aún vivía. ¡Ah! Esta muchacha de ojos inocentes y cabello maravilloso, la amada del joven Leonard Langton, era sin duda una actriz admirable. Sin pestañear, sin mover un solo músculo de la boca, había declarado que el profesor Greer seguía vivo.

—Para mí, Kirk es un misterio —declaré, fijando mi mirada en sus ojos mientras ella permanecía junto a la ventana, donde la luz invernal del mar caía sobre ella—; a veces desconfío de él.

—Y también el señor Langton —respondió ella—. Pero creo que los temores de ambos son infundados. El señor Kirk es un poco excéntrico, nada más.

—¿Cuándo lo conoció por primera vez? —pregunté.

—Oh, cuando regresé de Lausana, donde había estado en la escuela, lo encontré como el amigo más confiable de mi padre. Solían pasar muchas veladas juntos en el estudio, fumando y discutiendo puntos complejos de política extranjera en los que yo, como mujer, no tengo interés.

—¿Y siempre fue amable con usted, señorita Greer?

—Oh, sí, y también con Leonard, aunque últimamente temo que ha habido algún pequeño disgusto entre ellos.

Al oír esto agucé el oído. Recordaba que el joven Langton había fingido ignorar la existencia misma de Kershaw Kirk. ¿Qué significaba su actitud hacia aquel hombre a quien yo, tan neciamente, había permitido escapar, y que había pagado mi amistad induciendo a mi esposa a viajar en una absurda misión, cayendo, como temía, en una trampa fatal?

Antonio me había amenazado veladamente, y yo sabía instintivamente que mi querida Mabel estaba ahora en un gravísimo peligro. ¡Ah! Esa vida febril y agitada que llevaba era un torbellino continuo de temor, sospecha y oscura desesperación.

—¿Tiene conocimiento real de que el señor Langton ha reñido con Kirk? —pregunté al fin.

—Sí, y lo lamento mucho, pues el señor Kirk ha sido siempre

nuestro buen amigo. Fue él quien instó a mi padre a permitir que el señor Langton me cortejara —añadió—. Fue él quien sugirió que se nos permitiera casarnos. Siendo así, ¿cómo podría pensar mal de ese viejo excéntrico?

—Claro que no —dije—. Pero, ¿cree usted que su confianza está realmente bien fundada? ¿Está completamente segura de que es su amigo, y no solo un aliado fingido?

—Estoy completamente segura —declaró—. He tenido pruebas abundantes de ello.

—Su padre, creo, no le habló de su proyectada visita a Alemania antes de partir.

—No —respondió ella—. Fue a Edimburgo, pero después de dejarme se vio obligado a cambiar sus planes. Cruzó hacia Holanda, viajando desde York hasta Harwich sin regresar a Londres.

—¿Eso se lo contó él?

—Sí, en una carta que escribió desde Colonia. Yo quería reunirme con él, pero no me lo permitió, y me ordenó venir aquí. Está muy ocupado con uno de sus recientes descubrimientos.

—¡Ah! —suspiré—. ¿No le permitió ir con él, entonces?

—No; se excusó diciendo que el clima era mejor aquí en Broadstairs que en el sur de Alemania; dijo que sus movimientos futuros eran muy inciertos y que no podía andar cargando con una mujer.

En esa respuesta reconocí una evasiva natural. El profesor estaba muerto, y esa persona misteriosa que se hacía pasar por él, por supuesto, no quería encontrarse cara a cara con Ethelwynn. Y sin embargo, ¿cómo podía la joven mantener esa actitud asombrosa? Ella misma había visto a su padre muerto, y ahora ayudaba al impostor a sostener la ficción de que aún vivía!

Capítulo Dieciocho

Cazo al impostor

Habiendo inventado una historia sobre una relación secreta de negocios con el profesor, permanecí con su hermosa hija quizá un cuarto de hora más. Por ella supe, además, que Leonard Langton ya estaba de regreso en Londres, y que Kirk le había dado instrucciones precisas de permanecer en Broadstairs por el momento.

Me despedí y caminé de vuelta por los acantilados, pasando el Grand Hotel hasta el pintoresco paseo de aquel pequeño y anticuado balneario, donde entré en la farmacia que funciona, al mismo tiempo, como oficina de correos. Desde allí envié un telegrama dirigido al profesor Greer, a la dirección en Estrasburgo que su hija me había dado, añadiendo el nombre de Kirk y pidiendo que la respuesta fuese enviada al Albion Hotel, en Broadstairs, donde pensaba alojarme.

Después me dirigí al hotel, almorcé y vagué por el muelle y el paseo desierto durante toda la fría y brillante tarde, en ansiosa espera de una respuesta del impostor. Mi pensamiento estaba siempre en mi querida Mabel. Encadenado por la ignorancia y el misterio, no sabía en qué dirección buscar, ni podía discernir motivo alguno por el cual debíamos estar separados.

Tomé el té en el hotel y luego fumé un cigarro, hasta que, poco antes de las seis, el camarero me entregó un mensaje; una breve respuesta al mío que decía:

«¿Por qué corre riesgos en Broadstairs, cuando debería estar en otro lugar? Sea prudente y máchese. —Greer».

Leí el mensaje una docena de veces. ¿Qué riesgos podía correr Kirk viniendo a Broadstairs? ¿No era ese telegrama, esencialmente, una advertencia de un cómplice a otro? Y sin embargo, Ethelwynn confiaba en Kirk tan ciega y neciamente

como lo había hecho su padre. ¿No era la verdad extraña? Ella me había ocultado, como se lo ocultaba al mundo, que el profesor había muerto a manos de un asesino desconocido. ¿O era que ella misma era cómplice? No, nunca podría creerlo; me negaba a dar crédito a semejante sospecha.

Subí la larga cuesta hasta la estación de Broadstairs y, media hora más tarde, partí hacia la estación Victoria. Mi intención era ir directamente a Estrasburgo y allí desenmascarar al impostor. Pero antes de llegar a Londres, el correo nocturno para el continente ya había salido de Charing Cross; así que tomé un taxi hasta mi solitaria casa, donde Gwen me esperaba aún ansiosa. Le conté lo inútil de mis gestiones, ante lo cual ella se dejó caer en su silla, mirando fijamente al fuego.

Le expliqué brevemente que había descubierto la existencia de una persona en Estrasburgo que probablemente podría darme una pista sobre el paradero de Kirk y Mabel. De ahí mi intención de partir en el primer servicio a la mañana siguiente.

—¿No puedes telegrafiar y preguntar? —sugirió la joven—. Parece, Harry, que estamos perdiendo demasiado tiempo —añadió con desesperación—. No has acudido a la policía.

—Lo sé, Gwen —dije con pesar—, pero no puedo hacer más. Telegrafiar de nuevo podría cerrar la vía de nuestra investigación. No, debemos seguir siendo pacientes.

Luego, tras tomar algo de comida que habían dejado en el comedor para mí, bebí una copa de borgoña y entré en la pequeña sala que usaba como estudio. Desde allí llamé por teléfono a Pelham y escuché los últimos detalles sobre el negocio que ahora descuidaba tristemente. Después me senté y redacté un anuncio para el Times, un llamado dirigido a «Silence» pidiendo noticias de mi esposa, un mensaje que al mismo tiempo contenía una velada amenaza de revelar el asunto de Sussex Place. Concluido esto, llamé a un mensajero y lo envié a las oficinas de anuncios del periódico.

Entonces, con repentina resolución, fui a Wimpole Street a visitar a Leonard Langton. Lo encontré en sus acogedoras habitaciones, ocupado escribiendo cartas, mientras el hombre de rostro redondo sentado en un gran sillón junto al fuego,

fumando en pipa, me fue presentado como su compañero de vivienda, el doctor Hamilton Flynn.

—Flynn es especialista en nariz y garganta —rió Langton—. Tiene su consultorio en Harley Street y aquí compartimos el alojamiento.

—Aposentos muy cómodos —observé, mirando a mi alrededor—. Ya había venido antes, pero usted no estaba.

—Sí, lo siento mucho —exclamó—. Siéntese y tome un cigarro —y me ofreció una caja de excelentes habanos.

—Bueno —exclamó el joven elegante, secretario confidencial de sir Albert Oppenheim—, me alegra mucho verlo de nuevo, señor Holford. Aquel fue un incidente muy misterioso en Sussex Place la otra noche —añadió—. Sigo convencido de que alguien estaba en la casa. El horno del profesor estaba encendido, ¿recuerda?, y la puerta del laboratorio abierta.

—Langton me lo ha contado todo —observó el doctor con voz grave—; parece algo muy curioso.

—Extraordinario —declaré—, y más aún que Merli, el mayordomo, desapareciera de repente. El otro día lo encontré en Roma.

—¡Se encontró con Antonio! —exclamó el prometido de Ethelwynn, mirándome asombrado—. ¿Ha estado en Italia?

—Sí. Le hablé de nuestra búsqueda, pero declaró ignorarlo todo, aunque admitió haberlo visto pasar por el buffet de Calais-Maritime.

—¿Qué hace en Roma?

—No lo sé; yo estaba allá en un intento vano de recuperar a mi esposa. Ella fue engañada por un telegrama falso que parecía provenir de mí, y está en algún lugar del continente. Dónde, sin embargo, no puedo decirlo.

—¿Ha perdido a su esposa? —preguntó el doctor, mirando de forma extraña a su compañero, según me pareció. Su rostro era oscuro y aguileño, y sus hombros caídos. No me pareció un hombre digno de confianza—. ¿Cree que ha sido engañada? —añadió—. ¿Por qué?

—Por ahora no puedo formar ninguna teoría sobre el motivo. Si pudiera, quizá descubriría al responsable de su desaparición —y le conté brevemente mi frenético viaje a la

capital italiana—. Y ahora, mañana salgo hacia Estrasburgo —añadí.

—¿Por qué a Estrasburgo? —preguntó el doctor Flynn, mirándome fijamente con sus ojos penetrantes.

—Porque el profesor Greer está allí, y creo que puede decirme algo.

—El profesor ya no está allí —interrumpió rápidamente Langton—. Hace media hora hablé con Ethelwynn por teléfono y me dijo que acababa de recibir un telegrama de su padre informándole que había partido hacia Linz, camino a Hungría.

Mi corazón se desplomó. Evidentemente, mi telegrama firmado por Kirk había asustado al hombre que se hacía pasar por el profesor.

—Pero podría ir a Linz, o alcanzarlo en algún lugar de Hungría —sugerí.

—Sería inútil, mi querido amigo —dijo Langton.

—¿Por qué?

—Pues porque, en este momento, el profesor Greer desea permanecer completamente solo, sin amigos cerca.

—¡Pero debe haber alguna razón! —exclamé, pues por todas partes parecía existir una conspiración de silencio en mi contra.

—La hay —respondió el joven en voz baja y serena—, aunque resulte misteriosa.

—¡Ah! —exclamé—. ¿Entonces incluso usted está desconcertado por estos extraños sucesos?

—Sí —respondió, sacudiendo la ceniza de su cigarro—. He tenido ciertas sospechas, Holford... vagas sospechas de que algo anda mal en la casa del profesor. Antonio está ausente, los empleados han sido liquidados y dispersados, la casa en Sussex Place está cerrada, y...

—Y el profesor es un fugitivo, huyendo hacia Hungría —añadí—. ¿No le ha dicho nada la señorita Ethelwynn?

—Lo que me ha contado ha sido en completa confianza. Me ha causado gran sorpresa y aprensión, Holford, y esa sorpresa ha aumentado con lo que usted me ha dicho esta

noche: que su esposa fue engañada y ahora está desaparecida.

—¿Pero qué conexión puede tener mi esposa con algún suceso en la casa del profesor Greer? —pregunté—. Ella lo ignoraba todo. Ni siquiera conocía a Greer. Hoy mismo he estado en Broadstairs y he visto a la señorita Ethelwynn —añadí.

—Ethelwynn no parecía recordar haberlo conocido cuando le hablé de nuestro encuentro en la puerta y de los sucesos posteriores.

—Soy amigo del profesor, no de su hija —me apresuré a explicar—. ¿Pero está absolutamente seguro de que un viaje a Estrasburgo mañana sería inútil?

—Absolutamente. Si Greer consintiera en ver a sus amigos, yo sería el primero en ir.

—¿Y se ha negado incluso a recibirlo a usted? —pregunté, sonriendo para mis adentros ante el conocimiento superior que poseía.

—Así es. También se niega a permitir que su hija vaya con él.

—¿Pero por qué? —pregunté.

—Por razones que, supongo, solo él conoce.

—¿No da ninguna explicación?

—Responde vagamente que ciertos asuntos relacionados con un gran descubrimiento científico que ha realizado lo obligan, por ahora, a mantenerse alejado tanto de la familia como de los amigos. Teme, creo, que alguien que haya descubierto su secreto pueda traicionarlo.

—¡Pero seguramente Ethelwynn no lo haría! —exclamé—. Deseo ver al profesor porque estoy convencido de que él puede, si quiere, explicar el motivo de la trampa en la que ha caído mi esposa.

—Si se niega a ver a su propia hija, difícilmente lo recibirá a usted —observó el doctor de rostro oscuro—. ¿En qué circunstancias ha desaparecido la señora Holford?

Expliqué brevemente la situación, al mismo tiempo que miraba con cierta hostilidad al especialista de hombros caídos. Me parecía que estaba levantando una barrera invisible entre la verdad y yo. Parecía estar totalmente de

acuerdo con Langton, corroborando cada una de sus palabras. Su actitud se volvió aún más curiosa cuando finalmente dije con firmeza:

—Bien, si el profesor Greer se niega a verme, entonces solicitaré la ayuda de la policía. Ellos probablemente lo encontrarán muy pronto, dondequiera que esté.

—No creo que esa sea una política acertada —comentó Flynn, arrojando la colilla al fuego y levantándose rápidamente de su silla—, a menos que, por supuesto, pudiera presentar algún cargo directo contra él.

Guardé silencio un momento.

—¿Y si lo hiciera? ¿Qué pasaría entonces? —pregunté con voz clara y firme, con los ojos fijos en los suyos, pues recordaba que luchaba por conocer el paradero de mi querida esposa.

—Pues... si lo hiciera —respondió deliberadamente—, sería usted mismo quien sufriría, señor Holford, y nadie más.

¿No era asombroso, sorprendente? Aquel doctor, íntimo amigo del prometido de Ethelwynn, me había dado exactamente la misma respuesta amenazante que Antonio me había dado en el Pincio, en Roma.

¿Qué podía significar aquello? La razón por la cual el falso profesor evitaba tanto a amigos como a enemigos era, por supuesto, bastante clara para mí. Pero ¿por qué estaba mi amada Mabel, la esposa que adoraba, en manos de aquellos que habían matado al profesor Greer? ¿Y por qué cada esfuerzo mío por encontrarla era respondido solo con amenazas de un desastre inminente?

Miré a los dos hombres frente a mí con silenciosa rebeldía. Aunque me costara la vida, pensaba encontrarla y volver a tenerla entre mis brazos. Ella era mía; mía ante Dios y ante los hombres; y esas personas que buscaban algún motivo misterioso para proteger al falso profesor no debían seguir interponiéndose en el camino de la justicia.

—¡Creen que no me atrevo a ir a la policía! —exclamé al fin—. Muy bien, si quieren acompañarme ahora mismo a Scotland Yard —pues voy directamente hacia allá—, en presencia de ambos relataré una historia extraña que les

sorprenderá mucho escuchar.

—¡Cree que conoce la verdad! —rió Langton—. No, mi querido Holford. ¡No sea tan necio! La policía no puede ayudar en este asunto, pues el misterio es demasiado complicado. Guarde silencio.

—Sí —dije con ironía—, y que confíe en el hombre de quien usted ha negado todo conocimiento: el señor Kershaw Kirk.

—¡Kershaw Kirk! —exclamó el doctor, y vi que palidecía, con los ojos oscuros desorbitados—. ¿Lo conoce? ¿Es... es su amigo, señor Holford, o... o su enemigo?

Capítulo Diecinueve

La revelación de Gwen

Me pareció que aquel especialista de ojos agudos, rostro astuto y hombros caídos, experto en enfermedades de la garganta, pretendía aprovechar la información que yo le proporcionaba acerca del misterioso Kirk. Por qué, no lo sabía. Todos tenemos, a veces, una extraña intuición de un mal inminente, una sensación que no podemos explicar ni describir.

Recuerde: yo era solo un hombre común, un trabajador incansable dedicado al negocio de los automóviles; un hombre que obtenía ingresos decentes, sin inclinaciones novelescas y enteramente devoto de su esposa, quien desde nuestro matrimonio había sido mi mejor amiga y consejera.

El profesor era un científico, lo recordaba bien, y aquel hombre, Hamilton Flynn, era aparentemente un médico de cierta reputación. ¿Podría existir alguna conexión entre ambos?, me preguntaba. Flynn, el amigo más íntimo de Langton, sin duda estaba al tanto de mucho, si no de todo, lo que ocurría en la casa del profesor. Que conocía a Kershaw Kirk era evidente por su sorpresa cuando mencioné su nombre.

—Kirk es solo un conocido mío —respondí tras una breve pausa—; si es mi amigo o mi enemigo, está por verse.

—Es su enemigo, puede estar seguro de ello, señor Holford —declaró Flynn con énfasis—. Es un conspirador maravillosamente hábil, y amigo de muy pocos.

Me mordí el labio. ¡Bien sabía yo, por desgracia, que aquel hombre de comentarios tan entretenidos a su loro “Joseph” no era mi amigo! Estuve a punto de explicar cómo la descripción del hombre que viajaba con mi esposa en busca de mí coincidía con la de mi extraño vecino que, con astuta

maestría, me había arrastrado a aquella tragedia misteriosa. Pero vacilé. Desconfiaba de Flynn. Mi impresión era que no jugaba limpio, ni conmigo ni con su amigo Leonard Langton. Tenía mil preguntas que hacerles a esos hombres —y a Langton en especial—, pero vi por su actitud que su intención era más bien confundirme que revelarme algo. Cuando finalmente me despedí, ninguno de los dos se ofreció a ayudarme en la búsqueda de Mabel.

Así salí a la oscuridad y el silencio de Wimpole Street —pues ya era casi medianoche— y caminé hasta Oxford Street antes de encontrar un taxi que me llevara de regreso a mi hogar, ahora desolado.

Desvelado aquella noche, decidí posponer mi viaje a Alemania. Era evidente que el impostor que se hacía pasar por el profesor había tomado mi telegrama, supuestamente enviado por Kirk, como una advertencia y había huido. Había sido un necio al telegrafiar; debí haber ido allí en persona. Su razón para mantener la ficción de que el profesor seguía vivo era, por supuesto, obvia: mientras lo hiciera, no habría investigación sobre el paradero del hombre desaparecido.

Había prometido a Kershaw Kirk guardar silencio, pero ahora que me había engañado tan vilmente, ¿por qué debía cumplirlo? ¿Por qué no decir la verdad? Reflexioné y vi claro que había tres razones para seguir callando. La primera, porque después de tanto tiempo sería sospechoso; quizá arrestado como cómplice y arrastrado ante un tribunal. La segunda, porque la propia Ethelwynn, por alguna sorprendente razón, fingía que su padre aún vivía. Y la tercera, por la extraña amenaza contra la vida de Mabel pronunciada por el italiano de rostro maligno, y repetida por aquel especialista de Harley Street.

¡Los asesinos tenían en realidad a mi querida esposa como rehén contra cualquier revelación que me atreviera a hacer! Esa, en pocas palabras, era la verdadera situación.

Paseé por mi habitación aquella noche en la agonía de la desesperación. Nada ocupaba mi mente salvo la dulce mujer de rostro amable, arrancada de mi lado por su ansia de reunirse conmigo. Era una mujer de altos ideales que, aunque

gustaba de la diversión y el teatro, comprendía que su lugar estaba en su hogar, donde reinaba suprema. Antes de mi matrimonio, mi padre la había mirado con recelo. Decía que era demasiado ligera, demasiado aficionada a las cenas y a los bailes. Pero después de nuestra boda y de la luna de miel en automóvil por Escocia, se había asentado y nunca, ni por un instante, había lamentado yo mi elección. Pocos hombres podían decir lo mismo.

En efecto, hasta aquel día en que Kershaw Kirk vino a inspeccionar el neumático Eckhardt, yo era uno de los hombres más felices de todo Londres; próspero en mis negocios y satisfecho en mi amor. Ahora, ¡ay!, todo había cambiado. Estaba obsesionado por el conocimiento de un gran secreto y, al mismo tiempo, había perdido todo lo que más amaba.

A la mañana siguiente, Gwen se sentó en su lugar habitual en la mesa del desayuno, pero tras saludarme cayó en un silencio pensativo. Al fin preguntó:

—¿Has hecho tu equipaje, Harry?

—¡Oh, olvidé decirte! —exclamé—. No me voy hoy. He cambiado de idea.

—¿No vas? ¡Pero pensé que ibas a ver al profesor en Estrasburgo! —exclamó.

—Se ha marchado —suspiré—. Anoche supe que iba camino a Hungría.

—¿Y no lo seguirás? —preguntó la joven con reproche—. ¿No intentarás descubrir dónde está Mabel?

—Lo he intentado, Gwen... y he fracasado —respondí con desesperación.

—No me has contado todo, Harry —dijo, mirándome fijamente. En la cabecera de la mesa estaba el lugar vacío de Mabel—. Has ocultado algo —declaró.

—No es nada que debas saber —respondí con rapidez—. Mis asuntos privados no te conciernen, Gwen... ni a Mabel tampoco.

—¡Pero debo saber la verdad! Mabel ha sido atraída al extranjero y debe haber algún motivo para ello —repliqué con amargura.

—Por supuesto, querida, pero incluso yo, con el conocimiento de lo ocurrido, no puedo discernir cuál puede ser el motivo. Si lo supiera, pronto la recuperaríamos —dije.

—¿Quién es ese profesor de quien has hablado? —preguntó, apoyando los codos en la mesa y mirándome directamente a los ojos.

—El profesor Greer, el célebre químico.

—¿Greer? —repitió la joven, mirándome de forma extraña.

—Sí, ¿por qué?

Pero ella vaciló, como si no quisiera decirme algo que tenía en mente.

—¿Conoces al profesor, Harry?

—Lo he visto una vez —respondí, lo cual era perfectamente cierto.

—¿Y solo una vez? —preguntó.

—Solo una vez —respondí con rapidez.

—Eso es curioso.

—¿Por qué?

—Bueno... supongo que no debería decírtelo porque, claro, Harry, no es asunto mío —dijo la joven—, pero como Mabel ahora está desaparecida, ningún hecho debe ocultarse, y creo que realmente deberías saber que...

—¿Que qué? —grité—. ¡Dímelo rápido, Gwen! ¡No me ocultes nada!

—Pues que una mañana Mabel recibió una nota entregada por un mensajero expreso, y le pregunté de quién era. Parecía inusualmente alterada y me dijo que era del profesor Greer.

—¡Pero ella nunca lo conoció! —exclamé, atónito—. ¿Qué día fue?

—El día antes de que volvieras de Glasgow.

—¡El mismo día en que recibió aquel telegrama de Italia que pretendía estar firmado por mí! —exclamé—. ¿Por qué no me lo dijiste antes, Gwen?

—Los asuntos de Mabel no tienen nada que ver conmigo. No me interesan sus correspondientes, Harry —respondió—. Seguramente no me corresponde traerte chismes, ¿verdad?

—No; discúlpame —dije apresurándome a excusarme—, pero

en este asunto la verdad debe ser dicha.

—¿Entonces por qué no me la has dicho tú? —preguntó la joven—. ¿Por qué ocultas con tanto cuidado otros hechos?

—Porque solo me conciernen a mí; un secreto que es mío, y solo mío.

—¿Y no concierne a Mabel? —preguntó.

—No —respondí con voz ronca—, salvo que su relación con el profesor ha dado un nuevo giro al misterio. Cuéntame todo lo que ocurrió con esa nota.

—Llegó hacia las once de la mañana —dijo—. Vi a un mensajero subir los escalones y creí que traía un mensaje tuyo. Annie tomó la nota y la trajo aquí al comedor, donde Mabel firmó el recibo. La leyó, y vi que le causó un gran sobresalto. Sus manos temblaban. Le pregunté qué ocurría, pero me dio una respuesta evasiva. Le exigí saber de quién era, y me contestó que su correspondencia se llamaba Greer. «Nunca debió escribirme», añadió. «Los hombres a veces son muy imprudentes». Luego se levantó y colocó la carta en las llamas, observando hasta que se consumió.

—¿Y eso es todo? —pregunté, asombrado por el relato.

—Sí, salvo que durante algunas horas después parecía muy alterada. Me dio la impresión de que había recibido noticia de algún hecho inusual. Al mediodía llamó a un taxi por teléfono y salió. No volvió a almorzar, así que estuve sola. A las tres regresó, y vi que estaba pálida y angustiada, con los ojos enrojecidos, como si hubiera estado llorando. Pero lo atribuí a nuestra incertidumbre sobre dónde estabas. Tú sabes, Harry, lo mucho que se altera si, cuando estás fuera, no le escribes o no le envías un telegrama cada día —añadió la joven.

La historia me dejó completamente sin palabras. Que Mabel conociera en secreto al profesor me asombraba. Pero había sido el falso profesor quien le había escrito. Posiblemente aquel individuo ya estaba en Londres mientras yo lo buscaba en Glasgow, y, de ser así, ¿qué era más probable sino que ella se hubiera reunido con él tras una cita?

Ni por un instante dudé de la fidelidad y el amor de Mabel. Si se había reunido con aquel impostor, entonces había sido víctima de un plan hábilmente urdido. Mi indignación era solo

contra los perpetradores de aquel crimen vil en Sussex Place, no contra la dulce mujer que era tan cercana a mi corazón. Mabel era mi esposa, mi amor, mi todo.

La pobre Gwen, observando mi rostro con atención, creyó que había actuado como una delatora hacia su hermana, pero rápidamente la tranquilicé asegurándole que no era así. Sus revelaciones habían desviado mis pensamientos hacia otro rumbo.

—¿El telegrama que la convocaba a Italia llegó después de su regreso? —pregunté.

—Sí; estaba alterada y no quiso tomar el té —respondió la joven—. Su conversación giraba todo el tiempo en torno a ti. «Harry está en peligro», dijo varias veces. «Algo me dice que corre el mayor peligro». Luego, cuando llegó el mensaje, se volvió casi frenética en su ansiedad por tu bienestar, diciendo: «¿No te lo dije? Mi esposo está en peligro. ¡Es víctima de una conspiración!».

—¿Nunca la oíste hablar antes del profesor? —pregunté.

—Nunca, Harry; y, a decir verdad, me sorprendió que recibiera una carta de un hombre que me confesó era desconocido para ti.

—¿Ella te dijo eso? —exclamé.

—Dijo que tú no conocías al profesor y que quizá te disgustaría que él le escribiera, si lo supieras.

—¿Entonces temía ser descubierta? —pregunté con voz ronca.

—Sí —titubeó la joven—. Casi parecía que sí. Pero en verdad, Harry, sé que he hecho mal en contarte todo esto. Estoy avergonzada de mí misma. Pero es porque tengo un gran temor de que algo le haya ocurrido a mi hermana.

—Has hecho muy bien, Gwen —le aseguré—. Las circunstancias justifican tu franqueza. Algunos hombres quizá juzgarían mal a sus esposas en un caso así, pero yo amo a Mabel y ella me ama a mí. Por lo tanto, no creeré nada malo de ella. Ella es la víctima inocente de una conspiración, ¡y por el cielo! —exclamé con fiereza—, mientras viva dedicaré toda mi existencia a desenmascararla y a castigar justamente a cualquiera que haya osado dañarla.

Capítulo Veinte

Un viajero regresa

Un hecho era claro: había sido el falso profesor quien había escrito a mi esposa. Por lo que sabía, el hombre al que había seguido desde Edimburgo hasta Glasgow podía haber estado ya en Londres, y ella quizá se había reunido con él tras una cita.

Durante la mañana tomé el autobús y fui hasta Regent's Park, pasando lentamente por el frente y la parte trasera de la casa en Sussex Place. Las persianas estaban levantadas, pero por el estado de los escalones era evidente que el lugar estaba deshabitado. En el directorio de Londres obtuve la dirección de lady Mellor, en Upper Brook Street, y fui a visitarla. El gordo mayordomo me dijo que Morgan, la doncella de la señorita Greer, se había marchado con su jefa y que, hasta donde sabía, estaba en Broadstairs con ella. Su señora se hallaba en Bordighera.

Pregunté si sabía algo de los otros empleados del profesor Greer.

—No, nada —respondió el hombre—. Al menos nada, salvo que el profesor se marchó al extranjero de repente y que todos fueron despedidos y liquidados sin previo aviso.

—Ese italiano los despidió, ¿no? —pregunté.

—Sí, señor. Nunca me gustó. Dicen que se fue al extranjero con su jefe y que han dejado a un cuidador a cargo.

—¿Oh, entonces hay alguien allí?

—Sí, un policía llamado Murphy y su esposa. Solían cuidar esta casa para su señora, y la señorita Ethelwynn les ha entregado ahora la casa de su padre. Son una pareja muy formal y viven en el lugar.

¡Era sin duda una jugada maestra de la joven entregar a la policía aquella casa de tragedia! ¿Por qué ocultaba el hecho

de la muerte de su padre? Regresé a Chiswick con ese pensamiento dominando mi mente.

Esa tarde me senté en mi oficina intentando atender los detalles de un negocio descuidado por demasiado tiempo, escuchando mecánicamente a Pelham, a Dick Drake y a otros empleados que se quejaban de las pruebas insatisfactorias de un nuevo automóvil que habíamos adquirido. El profesor Greer estaba muerto, y todo rastro del crimen eliminado, salvo aquellos lúgubres restos que había recuperado de las cenizas y que ahora guardaba como algo sagrado. Pero, además, mi querida esposa, cuyo conocimiento del impostor era tan sorprendente, también estaba desaparecida.

El único punto que, lo confieso, me causaba inquietud era la razón por la cual, al no encontrarme, no le había telegrafiado a Gwen. Eso, sin duda, habría sido su primer pensamiento. Si se había perdido, seguramente habría avisado a Gwen o a Pelham. Por lo tanto, solo podía pensar que había caído en alguna trampa fatal —y hay muchas en los callejones de ciertas ciudades del continente— o que estaba siendo retenida a la fuerza. ¿Por quién? Probablemente por el falso amigo del profesor, Kershaw Kirk.

No podía apartar de mi mente la actitud sospechosa de Hamilton Flynn. ¿Por qué había intentado asustarme para que no fuera a Scotland Yard? ¿Qué motivo tenía? ¿De qué manera ayudaba a su amigo Leonard Langton? ¿Ignoraba Langton el fin del profesor, o lo sabía y era por su persuasión que su amada fingía tan hábilmente desconocer todo lo ocurrido?

Comencé a sospechar que aquellos dos hombres, íntimos camaradas, tenían algún motivo oculto para encubrir la muerte del profesor. Y, sin embargo, lo más sorprendente era la razón por la cual, frente a los hechos ya revelados, mi misterioso vecino se había tomado tantas molestias en mostrarme la verdad.

Esa noche, tras una cena rápida en casa con Gwen, regresé al garaje, me puse un traje de mecánico que solía usar para los trabajos sucios y encima un viejo abrigo de lana. Luego, con una gorra y una pipa en la boca, salí y me dirigí en la parte

superior de un autobús motorizado hasta la esquina de Wimpole Street. Si Flynn salía, pensaba vigilar sus movimientos; pues aunque solo tenía una vaga sospecha de Langton, estaba convencido de que su amigo no actuaba con rectitud.

¿Ha sentido alguna vez recelos hacia una persona sin tener causa justa para dudar de ella? ¿No es tal sensación el resultado de alguna influencia invisible que emana del sospechoso? Mi primera impresión de aquel especialista en garganta y nariz había sido mala.

Recorrí la larga calle hasta detenerme frente a la casa donde ambos compartían habitaciones. Había luces brillantes en su salón del primer piso, el mismo donde Flynn había lanzado aquellas amenazas veladas. Eran las ocho y media. Ya habrían cenado y, si pensaban salir, pronto aparecerían. Me quedé en la esquina observando. La noche era clara y fría. Encendí mi pipa y caminé de un lado a otro con la vista fija en la puerta principal.

El tiempo transcurría lentamente, como siempre ocurre cuando uno vigila. Pasó una hora, pero nadie salió. Al fin, sin embargo, una doncella salió de la casa con una carta en la mano para echarla al buzón cercano. Al detenerse le hablé, pero al principio dudó en responder. Tras deslizarle cinco chelines en la mano, logré que me dijera que el doctor había cenado solo. El señor Langton, dijo, había salido de Londres temprano, aunque ignoraba hacia dónde.

—Dígame —pregunté a la joven—, ¿reciben alguna vez la visita de un tal Kirk?

—¡Kirk! —repitió—. Oh, sí, lo recuerdo; solía venir a menudo, pero últimamente no ha estado.

Y describió exactamente a mi misterioso vecino.

—¿Cuándo fue la última vez que vino? —pregunté.

—Oh, diría que hace ya un mes. Siempre pedía ver al doctor.

—¿Nunca al señor Langton?

—Que yo sepa, no. De hecho, una tarde en que vino le dije que el doctor estaba fuera, pero que el señor Langton estaba en casa; y él me respondió que deseaba ver al doctor y a nadie más.

—¿Cuánto tiempo ha vivido aquí el doctor Flynn?

—Unos nueve meses.

—¿Recibe muchas visitas?

—No; todos van a su consultorio en Harley Street.

—Todos excepto Kirk.

—Sí, el señor Kirk solía venir a cualquier hora, y a veces se quedaban juntos hasta medianoche, después de que el señor Langton se había acostado. Él nunca se acuesta muy tarde.

Tras algunas preguntas más, permití que la muchacha regresara a la casa, no sin antes insistirle en la necesidad de guardar el secreto y añadir otros cinco chelines a los que ya le había dado. Media hora más tarde vi abrirse la puerta principal; Flynn, con un abrigo oscuro y sombrero de fieltro, bajó los escalones y se dirigió hacia Oxford Street.

Pronto estuve tras sus pasos. Giró hacia Wigmore Street, cruzó Cavendish Square y continuó por Mortimer Street hasta Wells Street, completamente inconsciente de que lo seguían. Caminaba con aire de preocupación, deteniéndose dos veces para encender su cigarrillo.

Ahora que estaba bajo mi observación, no pensaba dejarlo escapar. Además, no había nada sospechoso en mí, pues no era más que un simple mecánico de automóviles, como los que se ven por las calles de Londres a decenas a todas horas. Continuando por Wardour Street llegó a Coventry Street, donde subió las escaleras alfombradas de un salón muy conocido por cierta clase de habituales del West End. Con mi ropa de mecánico, sabía que el portero uniformado al pie de las escaleras me dirigiría al bar público, por lo que me vi obligado a permanecer afuera y esperar la salida del doctor. El lugar estaba evidentemente lleno, como suele estarlo, pues es uno de los puntos de reunión nocturnos más reconocidos en los alrededores de Leicester Square.

Crucé la calle y me situé cerca de la entrada del Motor Club, del cual era miembro. Muchos conocidos pasaban y entraban por sus puertas giratorias, pero ninguno me reconoció. Así quedé satisfecho de que, con mi rostro sucio, el doctor Flynn no me identificaría fácilmente.

Al fin salió, y solo. Vi por su vacilación en la acera que estaba decepcionado. Alguien a quien esperaba no había aparecido, y ahora dudaba en qué dirección caminar. Eran entonces las diez y media, la hora más tranquila de la noche en aquel barrio, aunque los letreros iluminados daban un aire de alegría a esa escena tan típica de Londres.

Encendiendo un cigarrillo, el doctor bajó por Haymarket y, girando en Charles Street, pasó frente al «Junior», cruzó St. James's Square, donde entró al «Sports», preguntó por alguien, pero no lo encontró. Luego, continuando su camino —mientras yo lo seguía a distancia prudente— entró en Duke Street, donde se detuvo ante una puerta a mitad de la calle y tiró del timbre.

Tomé nota cuidadosa de aquella puerta, con un tragaluz semicircular y un número pintado, y luego giré rápidamente sobre mis talones para evitar pasar junto a él mientras esperaba en la acera. Fue admitido y la puerta se cerró. Entonces pasé frente a la casa y vi que era de buen tamaño, probablemente dividida en departamentos, como muchas de las casas de esa zona.

Seguí hasta Jermyn Street y me quedé en la esquina, encendiendo mi pipa. Pasó un hombre de rostro pálido —un viejo miserable y decrepito cuyo tosido hueco hablaba por sí solo— y me ofreció cerillas. Compré una caja y comencé a conversar con él. Todos los vagabundos gustan de charlar, y lo hice para no parecer un merodeador ante el policía que probaba las puertas cerradas de las tiendas cercanas. Un hombre bien vestido puede quedarse cuanto quiera, pero uno que parece mecánico o harapiento es pronto expulsado, a menos que sea un informante de la policía.

El viejo me relató una triste historia de desgracias que podía ser cierta o no, pero me sirvió para pasar el tiempo mientras yo mantenía mi vigilancia constante sobre la puerta calle abajo. Debí haber estado allí casi una hora, pues el tráfico al final de la calle en Piccadilly había despertado y a cada momento las luces de taxis pasaban veloces. Los teatros acababan de terminar y los buscadores de placer ya se dirigían hacia el oeste.

Por fin, cuando ya estaba indescriptiblemente cansado, la puerta que vigilaba se abrió, y de ella salió Flynn acompañado de un hombre en traje de noche, con bufanda blanca y sombrero de copa —un hombre que reconocí al instante como Leonard Langton—.

Hizo sonar un silbato para pedir un taxi; pero, viendo que su intención era marcharse, corrí hacia Piccadilly y, encontrando uno, di rápidas instrucciones al conductor de esperar hasta que ellos subieran a un coche y luego seguirlos. El conductor, notando mi ropa, me miró con recelo, pero añadió:

—Me deben dinero por un trabajo hecho en un coche y quiero ver adónde van.

Hay una especie de camaradería entre los trabajadores del motor, así que en cuanto le conté mi historia se mostró dispuesto a ayudarme. Y mientras me acomodaba en el taxi, Langton y su amigo, que ya habían llegado a Piccadilly, subían a un coche. En pocos minutos giramos por la esquina de St. James's Street, bajando hacia Pall Mall, donde doblamos a la izquierda y, tras una rápida carrera, entramos en el patio de la estación de Charing Cross.

Allí la pareja descendió y, observando, vi que se dirigían al andén de llegadas donde se esperaba el tren procedente del continente, con más de una hora de retraso. La multitud habitual aguardaba allí: amigos de pasajeros, mozos, agentes de aduanas y mujeres representantes de diversas sociedades —una multitud expectante que, año tras año, nunca cambia—.

La pareja se detuvo en animada conversación a mitad del andén, mientras yo paseaba lentamente a cierta distancia, con los ojos fijos en ellos. Flynn discutía algo, enfatizando sus palabras con las manos, mientras Langton permanecía escuchando en silencio.

Luego hubo un movimiento repentino de los mozos que habían notado que alguna señal caía, y mirando hacia el puente oscuro vi el faro de la locomotora acercándose lentamente.

El doctor levantó el dedo hacia su amigo, un gesto que expresaba una orden de silencio.

¿A quién esperaban que llegara?

Con la respiración contenida, permanecí inmóvil, observando con ansiosa curiosidad.

Respecto al recién llegado, fuera quien fuese, estos hombres tenían la intención de guardar algún secreto.

Capítulo Veintiuno

Hago una jugada audaz

Por un momento perdí de vista a los dos hombres entre la multitud de pasajeros que descendían, pero cuando volví a verlos, mi corazón se detuvo.

Conversaban con un hombre bien plantado y alerta que me daba la espalda; un hombre con sombrero gris y un pesado abrigo de viaje con cuello de piel. Ambos le hablaban rápido, con urgencia, mientras eran empujados por los pasajeros ansiosos por reclamar su equipaje en las barreras de aduana y marcharse. Avancé un poco, reconociendo en el recién llegado el rostro gris, enjuto y siniestro de Kershaw Kirk.

Mi primer impulso fue correr hacia él y exigirle la verdad; incluso acusarlo de un crimen secreto e insistir en conocer el paradero de mi amada Mabel. Pero en ese instante comprendí que los dos hombres que lo habían recibido habían acordado guardar silencio y que lo estaban engañando. ¿No me había hablado ya Ethelwynn de las sospechas de Langton hacia ese hombre que, para mí y los míos, era un misterio? Por ello me contuve, esperando mi oportunidad.

De pie, más allá de la barrera donde se clasificaba el equipaje, observaba al trío desde mi escondite. Dudaba que alguno me reconociera con aquellas ropas grasientas de mecánico. Sentí una satisfacción plena: Kirk había regresado a Inglaterra y, por lo tanto, estaba ahora bajo la jurisdicción de la ley, por mucho que pretendiera ser inmune a ella.

Lo que Flynn decía evidentemente lo hizo vacilar. Estuvo pensativo un instante, pero al siguiente se encogió de hombros con gesto de indiferencia. Un taxi se detuvo cerca de donde yo estaba y lo contraté, pidiéndole que esperara. Para mi alegría, vi que era el mismo conductor que me había traído desde Piccadilly.

Entonces, mientras observaba, vi algo que me hizo reflexionar. Un mozo, reconociendo rápidamente a Kirk, tomó su boleto de equipaje y sacó un gran bolso de viaje maltratado, colocándolo en el mostrador listo para la inspección. El mozo le dijo algo al oficial de aduana y señaló el bolso, tras lo cual el oficial lo marcó con tiza sin siquiera abrirlo. El nombre de Kirk, al parecer, era un salvoconducto en Charing Cross. ¿Quién era ese hombre para que sus pertenencias quedaran exentas de revisión?

Se veía muy fatigado por el viaje, aunque conservaba la misma figura activa y alerta que yo había visto pasar frente a mi casa. Ya no lucía desaliñado ni hambriento; por el contrario, se veía próspero, hasta que aquellos dos hombres le dieron la información que, en un instante, nubló su frente y lo volvió serio y pensativo. El viejo bolso marrón, lleno de etiquetas de hoteles, fue colocado en un taxi; los tres hombres subieron y se marcharon, conmigo siguiéndolos de cerca.

A mitad de St. James's Street se detuvieron en Boodle's, donde entraron los tres. ¿Cuál de ellos, me preguntaba, sería miembro de esa institución tan exclusiva y anticuada? Permanecieron allí casi media hora, hasta que Kirk salió y, despidiéndose de sus amigos en la acera, volvió a subir al taxi y se dirigió a Whitehall Court, aquel gran bloque de apartamentos cerca de Northumberland Avenue. Allí, el portero lo saludó respetuosamente y llevó su bolso al ascensor, por el cual desapareció minutos más tarde.

Con mi atuendo de mecánico estaba en gran desventaja. Cualquier pregunta que hiciera al lujoso portero, lo sabía, solo despertaría sospechas. Pero de pronto se me ocurrió una idea. El conductor de mi taxi, creyendo que yo había sido estafado, quizá podría ayudarme. Nos detuvimos en la esquina y le expliqué que deseaba saber si Kirk residía allí con su propio nombre.

—Puedo averiguarlo por usted, compañero —declaró alegremente el taxista—. Espere aquí.

Mientras yo vigilaba el coche, el conductor se dirigió a la entrada de los apartamentos. Lo vi conversar con el

ascensorista y, cuando regresó, me dijo:

—El caballero que acaba de entrar es el señor Seymour, vive en el tercer piso. Parece que viaja mucho y acaba de regresar. Lleva allí un par de años.

Entonces recordé que Kirk, aquella primera noche en Bedford Park, me había dicho que poseía otro hogar; ahora lo había descubierto. Whitehall Court es un lugar caro para vivir. Los apartamentos allí parecían estar muy por encima de los ingresos que aparentaba cuando pasaba frente a mi casa, abatido y con aspecto hambriento. Le di a mi amigo el taxista una propina además de su tarifa y lo despedí, caminando después hasta la entrada del National Liberal Club para decidir mi próximo paso.

Enfrentar al individuo con audacia era la única manera de obtener la información que buscaba. Sin embargo, vestido de mecánico, ¿no estaba muy limitado? No obstante, regresé y, encontrando al portero, di el nombre de Flynn y pedí ver al señor Seymour por un asunto importante.

Tras esperar casi diez minutos, un empleado me condujo en el ascensor al tercer piso. Recorrimos un pasillo alfombrado hasta que abrió una puerta y me permitió pasar por el vestíbulo del apartamento hasta un salón, donde me encontré nuevamente cara a cara con mi misterioso vecino.

Se sobresaltó al verme, pero era un actor tan consumado que en un segundo se recuperó y, con fingida cordialidad, preguntó:

—Pero, mi querido Holford, ¿por qué, en nombre del destino, anunció su nombre como Flynn?

—Porque deseaba verlo, señor Kirk —respondí con dureza. Estábamos solos en aquel acogedor salón, suntuosamente amueblado, desde cuyas ventanas podía ver el oscuro Támesis fluyendo y la hilera de luces brillantes en la orilla opuesta—. Sabía —añadí— que si daba mi propio nombre, no me recibiría.

—¿Por qué? —preguntó, abriendo los ojos con sorpresa—. No lo entiendo. Seguramente ha actuado como un buen amigo mío, entonces ¿por qué no habría de recibirlo? Acabo de

regresar del extranjero. ¿Quién le dijo que había vuelto?

—Nadie. Lo descubrí por mi cuenta —dije—, y he venido aquí, señor Kirk, por varias razones; la principal de ellas para hacerle una pregunta simple y directa: ¿quién mató al profesor Greer?

—Mi querido señor —exclamó, mirándome con firmeza, aunque un leve cambio se notó en su rostro enjuto y gris—, ese es precisamente el problema que yo mismo intento resolver... pero en vano.

—Un impostor se hace pasar por Greer —declaré.

—¿Ah, sí? —preguntó Kirk tranquilamente—. No estaba al tanto de eso.

—¡No estaba al tanto! —grité, indignado—. ¿Niega entonces conocer al hombre que ha asumido la personalidad y los honores del profesor Greer para ocultar el secreto de su trágica muerte?

—Niego tener conocimiento de alguien que intente hacerse pasar por Greer —respondió mi misterioso vecino con audacia y sin titubeos.

¿Acaso no había enviado yo aquel telegrama desde Broadstairs firmado como Kirk, y no había su recepción provocado que el falso profesor cambiara rápidamente de residencia? La respuesta de Kirk me dejó atónito.

—Mire —exclamé de nuevo, alzando la voz con ira ante esa abierta negación de lo que sabía que era verdad—, la noche de su fuga de Sussex Place la casa fue registrada, y encontré pruebas de que todo rastro del crimen había sido borrado en el horno del laboratorio.

—Lo sé —respondió simplemente—. Estaba bien enterado de ello. Espero, sin embargo, Holford, que haya cumplido su promesa y mantenido la boca cerrada.

—Hasta cierto punto, sí.

—No le contó nada a Langton, confío —preguntó ansioso.

—¿Por qué le teme tanto a Langton? —pregunté con vehemencia, deteniéndome frente a él mientras permanecía sobre la alfombra, observándome con calma y de espaldas al fuego.

—Mi querido amigo —respondió—, cálmese, se lo ruego.

Tome un trago y discutamos este asunto amigablemente, desde un punto de vista puramente práctico. Seguramente, cuando invoqué su ayuda, no cometí un grave error de juicio. ¿Ha sido prudente en todo momento? ¿No ha olvidado las grandes cuestiones que, según le expliqué, dependían de su silencio?

—¡Mi silencio ya no lo tendrá más, señor Kirk! —grité, interrumpiéndolo de repente—. He callado demasiado tiempo.

—¡Ah! —comentó, aún imperturbable—. Ya veo. Bien, su actitud es perfectamente justificable, mi querido señor. Tengo entendido que ha perdido a su esposa.

—Sí —dije, avanzando hacia él un par de pasos, de un modo que ahora creo debió parecer amenazante—. Y usted sabe más sobre la trampa en la que mi pobre esposa ha caído que nadie. Por eso estoy aquí esta noche: para obligarlo a hablar, ¡viejo astuto!

—Mi querido Holford, ¿qué ocurre? —preguntó, aún sin alterarse—. Si no lo conociera tan bien, podría molestarme fácilmente, pero no lo estoy. Sin duda, la pérdida de la señora Holford lo ha afectado seriamente.

Y el individuo sonrió al decir esto. Me enfurecí. Los ojos del misterioso hombre brillaban con luz triunfante, y sus labios pálidos se abrieron mostrando sus dientes puntiagudos.

—¡Finge ignorancia! —grité—. Cree que le creo cuando dice que no sabe dónde está ella, pero...

—Le aseguro, Holford, que esas sospechas hacia mí son completamente infundadas. No tengo conocimiento alguno de la dama. La he visto una o dos veces en la ventana de su comedor, es cierto.

—¡Y sin embargo he ido hasta Florencia, al Grand Bretagne, donde me informaron que usted había estado en su compañía! —respondí apresuradamente.

—No puedo evitar las historias absurdas que le haya contado un hotelero italiano. Son famosos por sus mentiras, como descubriría si viajara tanto por Italia como yo —dijo con una sonrisa maliciosa—. Solo puedo decirle, de una vez por todas, que no sé nada del paradero actual de su esposa.

—¿Entonces quién lo sabe?

—¿Cómo puedo decirlo, mi querido señor? Me plantea un enigma. Al llegar a Charing Cross hace una hora, uno de mis amigos que me recibió me habló del repentino viaje de la señora Holford al extranjero y de su desaparición. La historia me hizo preguntarme cuál era el motivo de la trama; porque trama, sin duda, debe ser. Me dicen que usted y la señora Holford se aman profundamente. No hay razón para que ella lo haya dejado, ¿verdad?

—Entienda esto, Kirk —dije—. He sido engañado demasiado tiempo. Como mi esposa ha sido atraída y retenida en algún lugar desconocido, le doy plena advertencia de mi intención. Iré directamente a la policía y, mientras invoco su ayuda para encontrarla, al mismo tiempo les contaré toda la historia de lo ocurrido en Sussex Place.

El hombre se volvió un poco y se mordió el labio inferior. Su rostro gris y surcado se volvió aún más duro, mientras en sus ojos vi un brillo maligno.

—¡Ah! Ha intentado resolver el misterio por sí mismo. ¡Lo sé todo! —rió con un sonido hueco—. Pero, como solo conoce la mitad del enredo de hechos misteriosos, difícilmente tendrá éxito, ¿no cree? ¿No le dije que permaneciera callado e inactivo? En lugar de eso, ha estado parloteando e intentando actuar como detective aficionado. Fue fatal. Por eso —y solo por esa razón— la desgracia ha caído sobre usted.

—¿Qué desgracia?

—La pérdida de su esposa. Ha ocupado su mente de otra manera, tal como sus enemigos pretendían que lo hiciera.

—¡Y la mente maestra es la suya, señor Kirk; la que ha planeado esta sutil venganza! —exclamé, con las manos crispadas en una desesperación frenética—. Porque desobedecí sus extraordinarias órdenes, Mabel me ha sido arrebatada. Más le vale admitir toda la verdad de una vez.

—No admito nada —respondió él, irguiéndose con desafío.

—¡Entonces, por el cielo, lo obligaré a hablar; a decirme dónde está ella! —grité, alzando las manos con un movimiento repentino. Y antes de que pudiera apartarse, mis dedos se cerraron sobre su duro y huesudo cuello.

Estaba desesperado. No; en presencia de aquel aventurero taciturno y enigmático, a quien ahora sabía mi enemigo, estaba enloquecido. Sí, loco; de otro modo jamás me habría atrevido a ponerle las manos encima.

Capítulo Veintidós

El desafío se convierte en defensa

Confieso que había dejado que mi ira se desbordara. Mi acción de atacar a Kirk fue inoportuna y muy imprudente, pues en un instante —antes incluso de que aquellas palabras frenéticas salieran de mis labios— me encontré mirando el feo cañón negro de un gran revólver Browning, la más eficaz y mortal de todas las armas.

—Sea tan amable de soltarme, Holford —dijo con voz algo ronca y con dificultad, ya que mis dedos se habían cerrado sobre su enjuto cuello—. Vamos, iesto es muy insensato! ¡Déjeme ir! No tengo deseo de hacerle daño —añadió con calma.

—Entonces dígame dónde puedo encontrar a mi esposa —repetí.

—Lo haría... si pudiera.

—¡Dígame quién puede! —exigí con fiereza, mis dedos aún apretando su garganta, de modo que apenas podía respirar.

—Deme tiempo... tiempo para hacer... averiguaciones —jadeó—. Acabo de regresar e ignoro gran parte de lo que ha sucedido.

—Por su propia admisión, Mabel ha caído víctima de una trama solo porque me volví demasiado activo e inquisitivo. Temía que pudiera descubrir algo.

—¡No he admitido nada, mi querido señor! —gritó—. Un día retirará todas esas palabras maliciosas; recuerde lo que le digo —añadió con voz dura, bajando su arma y guardándola en el bolsillo de la chaqueta mientras yo soltaba mi agarre convulsivo.

—He perdido a mi esposa, señor Kirk, y usted sabe dónde está —dije.

—En eso está completamente equivocado —declaró—. Como

ya le expliqué, aún no he tenido oportunidad de investigar. Creí —añadió con reproche— que me ayudaría en este extraño asunto relacionado con el profesor Greer. Sin embargo, mi confianza en usted, Holford, ha sido tristemente mal colocada. Recuerde por un momento lo que le dije: la gravedad de lo que estaba en juego y la absoluta necesidad de un secreto total. Y ahora, esta noche, amenaza con arruinar todo el asunto acudiendo a la policía.

—¡He perdido a mi esposa! —interrumpí—. Ella es víctima de alguna conspiración, y es para encontrarla que pienso invocar la ayuda de Scotland Yard.

—Pues, adoptando ese camino, no la encontrará... sino que la perderá —fue la breve respuesta del viejo.

—¡Antonio me dijo exactamente lo mismo cuando nos encontramos en Roma! —exclamé—. Su amenaza me demuestra que está aliado en esta conspiración de silencio.

Kershaw Kirk soltó una carcajada, como si considerara mi ira una gran broma. Me irritaba que no me tomara en serio y que tratara la pérdida de Mabel con tanta ligereza.

—Mire, señor Holford —dijo al fin, mirándome directamente al rostro—. Es evidente que sospecha que soy el asesino del profesor Greer. Siendo así, no tengo nada más que decir. Pero le pediría que considere la situación actual con lógica y calma. ¿Cree por un momento que, de ser culpable, lo habría llevado a Sussex Place y le habría explicado todo en detalle? ¿Es de suponer que me pondría tan completamente en manos de un extraño?

Moví la cabeza con duda.

—Bien —prosiguió—, le repito ahora todo lo que le dije aquella noche, y afirmo que todo lo que le conté era verdad.

—¿Pero cómo explica que Ethelwynn siga viva? —interrumpí rápidamente.

—Hay una explicación para eso —declaró—; una que probablemente le será revelada muy pronto. Afortunadamente, la pobre muchacha no estaba muerta, aunque confieso que me engañaron por completo los síntomas. ¿Recuerda que el espejo permaneció sin empañarse por su aliento?

—Recuerdo cada incidente, ¡ay!, demasiado vívidamente —respondí con lentitud y claridad—. Pero dígame, señor Kirk, ¿cuál fue su objetivo al llamarme y llevarme a Sussex Place?

Metió las manos en los bolsillos del pantalón y sonrió.

—Uno ulterior, como puede imaginar. Pero uno que era tanto en su interés como en el nuestro.

—¿Nuestro? —repetí—. ¿Quiere decir usted y sus cómplices?

—Llámelos así, si quiere —rió—. Yo, por desgracia, no estoy en posición de aclararle la verdadera razón por la que invoqué su ayuda.

—¡Y su acción solo me ha traído una gran desgracia: amarga desesperación y la pérdida de la mujer que amaba! —grité, consternado.

—¡Ah! —dijo—. Me juzga demasiado apresuradamente, señor Holford. Es su defecto, Holford, que se precipita hacia conclusiones prematuras. Eso siempre es fatal en cualquier negociación delicada. Cuando tenga mi experiencia —la de un viajero y cosmopolita consumado— aprenderá a reprimir sus opiniones hasta que estén plenamente corroboradas.

Miré el rostro gris del astuto aventurero, y allí vi astucia, malicia y una ingeniosidad sobrehumana. En sus ojos había una mirada como nunca había visto en ser humano alguno.

—¡Pero estoy buscando a mi esposa! —grité frenéticamente—. No estoy de humor para escuchar su filosofía.

—Bien... ¿cómo sabe que no está aquí, en Londres? —preguntó, agitando su delgada mano hacia la ventana donde brillaban las luces del malecón del Támesis.

A la derecha, donde yo estaba, podía ver el destello de la luz eléctrica en la cima del Big Ben, señal de que la Cámara estaba sesionando hasta tarde tras el receso navideño.

—Supongo que quiere engañarme haciéndome creer que ha vuelto a Londres y se esconde de mí, ¿eh? —exclamé con resentimiento—. No, señor Kirk, le digo claramente que ya he tenido bastante de esta tragicomedia suya. Lo he observado esta noche con sus apreciados amigos, Flynn y Langton.

—¿Y por qué no habría de tener amigos? —preguntó,

mirándome con cierta sorpresa.

—Langton me negó todo conocimiento de usted.

—¿Y debo ser culpado por la ignorancia fingida de Langton?

—No; pero eso me demuestra que no está tratando conmigo de manera franca —declaré sin rodeos.

Pero el extraño viejo solo rió.

—Mi querido señor —dijo unos momentos después—, comprendo perfectamente su desconfianza hacia mí; por lo tanto, fue mejor que dudara en depositar más confianza en usted. Podría haberla traicionado.

—¿Traicionado? —repetí con ira—. ¿Acaso no me ha traicionado usted? ¿No es debido a usted, y solo a usted, que mi esposa está desaparecida?

—Eso lo niego enfáticamente, mi querido señor —respondió, aún completamente imperturbable—. Pero, ¿para qué discutirlo? Cualquier negación mía la tomará por falsa. Es una verdadera lástima que mi juicio me llevara a buscar su ayuda. Si hubiera cumplido con mi petición y se hubiera abstenido de husmear en asuntos que no le concernían, quizá habría obtenido una gran ventaja.

—¿Quiere decir que habría obtenido un beneficio económico ocultando el hecho de que el profesor Greer está muerto y que un impostor ha asumido su identidad? ¡Pretendía que yo también fuera cómplice del asesino!

—No... no exactamente —respondió con una sonrisa maliciosa y triunfante—. Pero, en verdad, mi querido señor —añadió—, he hecho un viaje muy largo y estoy cansado. ¿Sirve de algo prolongar esta discusión?

—¡No, a menos que usted lo desee! —repuse con brusquedad—. Ya le he advertido de mi intención de revelar todo el asunto a la policía.

—¡Ah! Entonces eso será muy desafortunado... para usted —replicó el extraño viejo—; y para su esposa, más que para nadie.

—¡Sí, lo sé! ¡Pretende traer el desastre sobre mí y sobre ella si me atrevo a ir a Scotland Yard! —grité.

En mi ignorancia de la verdad, creí que mis amenazas

surtirían efecto. ¡Ah, si hubiera sabido los hechos reales, cuán diferente habría actuado! Pero aquel enigma estaba más allá del poder humano de esclarecer. Por todas partes encontraba complicaciones. Trama tras trama, todas dirigidas contra mí y contra la pobre e inocente Mabel, que había acudido a mi encuentro al recibir lo que creyó ser mi urgente telegrama.

—Mis intenciones, señor Holford, dependen enteramente de sus acciones —dijo Kirk con claridad—. Si es imprudente... entonces no puedo garantizar la seguridad de su esposa. Mi consejo, sin embargo, es que recuerde todo lo que le dije, crea en la verdad de mis palabras y actúe con cautelosa discreción.

—¿Pero mi esposa? —grité—. ¡Debo salvarla! Estoy seguro de que está en peligro.

—Podría estar en grave peligro si acude a la policía —dijo enigmáticamente—; y créame, ellos no pueden ayudarnos en lo más mínimo a descubrir quién mató al profesor Greer.

—¿Por qué?

Kirk vaciló. En esa pausa percibí su intención de impedirme hablar más.

—Bueno, considere el asunto con calma y sin prejuicios —dijo al fin—. En realidad, ¿qué pruebas hay de que el profesor esté muerto?

—¡Pruebas! —grité—. ¿Acaso no lo vimos usted y yo muerto? ¿No estuvo su hija frente a su cuerpo sin vida?

—¡Ah, ella nunca dirá lo que vio! —dijo con una sonrisa misteriosa.

—¿Por qué no? —pregunté, sorprendido por su comentario.

Pero mi enigmático vecino solo se encogió de hombros vagamente, respondiendo:

—Hay una razón por la cual nunca admitirá su muerte; una razón poderosa.

—Pues bien —dije—, recuperé de las cenizas del horno ciertos restos: botones de abrigo y otros fragmentos de ropa.

—¿Y cree que serían aceptados como prueba de que el profesor Greer fue asesinado? —rió—. Evidentemente ignora la gran cautela que ejerce el Departamento de Investigación Criminal al aceptar pruebas como las que usted podría

presentar. No —añadió—, solo Antonio y Ethelwynn fueron testigos reales, además de nosotros, del trágico final del profesor. Y como ellos se niegan a admitir que está muerto, cualquier información que presente en Scotland Yard solo recaerá sobre usted y traerá un mayor peligro para la señora Holford. Le digo la verdad; créala o no.

—¡Pues bien! —exclamé—. ¡No le creo, señor Kirk!

—¡Entonces le deseo buenas noches! —exclamó abruptamente—. ¡Actúe como le parezca! —añadió desafiante, mientras se apartaba de mí con indiferencia y caminaba hacia su escritorio, donde tomó unas cartas, al mismo tiempo que cantaba, con ese aire cosmopolita suyo, la popular chanson de Lucien Fugère que en ese momento se escuchaba por todas las calles de París.

—¿Entonces esa es su última palabra, señor Kirk? —pregunté cuando concluyó el verso.

—Lo es —respondió con firmeza—. Si decide actuar como un necio, entonces no puedo ayudarlo más. ¡Buenas noches! —Y se sentó a ocuparse de su correspondencia acumulada.

Comprendí entonces que se mantenía completamente desafiante, y los pensamientos sobre la pérdida de Mabel hicieron hervir mi sangre. Su actitud ligera y despreocupada me irritaba sobremanera.

—Muy bien —grité—. ¡Buenas noches, señor Kirk!

Giré rápidamente sobre mis talones, salí de la habitación y bajé la gran escalera hasta salir a Whitehall. Era demasiado tarde para acudir a New Scotland Yard, así que tomé un coche de alquiler y me dirigí directamente a casa, casi fuera de mí por la calma y la indiferencia con que el aventurero me había enfrentado.

A la mañana siguiente, tras escribir algunas cartas, fui al garaje, donde encontré a Pelham algo excitado.

—Esta mañana, cuando llegué a las ocho —dijo—, encontré esperándome a un viejo bastante mal vestido que dijo querer ver un neumático Eckhardt. Recordando mis experiencias previas con personas que venían a curiosar, le dije que si deseaba comprar uno podía vendérselo, pero que no tenía tiempo para curiosos. Entonces el viejo pagó de inmediato

por una cubierta antes de verla y se la llevó en un coche que tenía esperando.

—¿Y bien? —pregunté, sorprendido—. ¿Quién era?

—Ese es el punto curioso. Era un hombre mayor que he visto muchas veces por el barrio: delgado, bastante desaliñado y de aspecto miserable, con cabello y bigote grises. Vive en su calle, creo. Drake dice que usted lo conoce.

—¡Kershaw Kirk! —exclamé.

—Sí; ese es el nombre que mencionó Drake antes de salir con el «sesenta» —respondió mi gerente.

—¿Qué quiere con un neumático si no tiene coche?

Me quedé en silencio. ¿Qué quería ese hombre con uno de los nuevos neumáticos? ¿Había venido solo para tener otro encuentro conmigo o necesitaba una cubierta para algún propósito específico? Mi decisión, sin embargo, estaba tomada. Había resuelto ir a New Scotland Yard y presentar todos los hechos ante el Departamento de Investigación Criminal. Así que saqué el «cuarenta y ocho» y conduje por Hammersmith Road y Knightsbridge, cruzando St. James's Park hasta Whitehall. Descendí en el gran patio de la sede policial y entré en el vestíbulo de piedra, donde un agente se adelantó a preguntarme por mi asunto.

Le entregué mi tarjeta, explicando que deseaba ver a uno de los inspectores de detectives por un asunto confidencial, y me condujeron arriba, por un amplio corredor, hasta una sala de espera desnuda.

Allí permanecí unos diez minutos, cuando la puerta se abrió y me encontré frente a frente con un hombre de mediana edad, de rostro afable, uno de los oficiales más reconocidos y experimentados del departamento.

Por un instante contuve la respiración. Recordé todas las amenazas que se habían hecho sobre el peligro de Mabel si me atrevía a decir la verdad.

El inspector cerró la puerta tras de sí y, saludándome cortésmente con un “Buenos días”, me preguntó mi asunto.

Se lo conté. Sí; solté la verdad de golpe y confesé todo el asunto.

Pero en el mismo instante en que lo hice, lo lamenté amargamente.

Comprendí algo que antes no había reconocido.

Vi que, aunque mi querida esposa estuviera desaparecida y en peligro, había sido un necio—un completo idiota—por haberme atrevido a pronunciar una sola palabra.

Mi declaración imprudente no había hecho más que volver el enigma aún más complicado que antes.

Capítulo Veintitrés

Nadie lo vio venir

El perspicaz oficial, sentado a la mesa conmigo y con una pluma en la mano, escuchó mi relato hasta el final, tomando breves notas de vez en cuando. De pronto exclamó:

—¿Me disculparía un momento? Quiero que otro caballero escuche esta historia.

Se levantó y salió. Unos minutos después regresó acompañado de un hombre algo más alto, bien afeitado y ligeramente más joven, que vestía un abrigo oscuro y llevaba un sombrero de seda en la mano.

—Este es el señor Holford —dijo el primer oficial, presentándose—. Acaba de contarme una historia muy notable que quisiera que usted escuchara.

Luego, volviéndose hacia mí, me pidió que repitiera brevemente lo que había alegado. El recién llegado tomó asiento y escuchó con atención cada palabra que salía de mis labios. Noté que intercambiaba miradas curiosas con su colega.

—Su razón principal, entonces, para contarnos esta historia es obligar a los responsables de la ausencia de su esposa a revelar su paradero, ¿lo entiendo bien? —preguntó el más joven.

—Exactamente.

—El falso telegrama fue enviado desde Turín, ¿verdad?

—Sí. ¿No pueden comunicarse con la policía italiana al respecto?

—¿Y qué beneficio resultaría de ello? —preguntó—. Tras una larga demora quizá obtuviéramos el original del telegrama, pero no veo que eso nos ayude mucho. Cuando la gente envía mensajes falsos suele disfrazar su caligrafía.

—Bien, dejo en sus manos los pasos que quieran tomar para ayudarme —dije—. Mi único objetivo es encontrar a mi

esposa perdida.

—Naturalmente, mi querido señor —observó el oficial—. Primero tomaremos su declaración por escrito.

Entonces el hombre que había visto primero redactó, bajo mi dictado, un breve resumen de la misteriosa muerte del profesor Greer, sus complicaciones y mis sospechas sobre Kershaw Kirk.

—Bien, pondremos esto ante el Comisionado hoy mismo. Quizá pueda venir mañana a esta misma hora. Entonces le daremos nuestra opinión y le informaremos de nuestras intenciones.

Con eso tuve que conformarme y salí de la sala de espera lleno de esperanza; creía que, gracias a mi audaz movimiento, pronto sabría el paradero de mi amada. Cómo pasé aquel día no sabría decirlo. Intenté atender mis negocios, pero fue en vano. Me preguntaba qué estaría tramando mi vecino de rostro siniestro, que vivía en Whitehall Court bajo otro nombre y que parecía poseer una doble personalidad.

Al fin llegó la hora en que nuevamente dirigí el coche hacia Scotland Yard, y otra vez fui conducido a aquella desnuda sala de espera donde se relatan tantas historias de crímenes. Tras una larga espera, los dos oficiales entraron juntos y me saludaron.

—Bien —comenzó el mayor de ellos con cierta vacilación—, hemos puesto su declaración ante el Comisionado, señor Holford, y él la ha considerado cuidadosamente. Sin embargo, ha decidido que no es un asunto para nuestro departamento.

—¿Qué? —exclamé, atónito—. ¡Un hombre puede ser vilmente asesinado aquí en Londres y, aun así, la policía se niega a creer la historia de un hombre honesto que es testigo!

—No dudamos de usted en lo más mínimo, señor Holford —me aseguró el otro, hablando en voz muy baja.

—¡Pero sí lo hacen! —exclamé con ira—. Les he dicho que se ha perpetrado un crimen.

—Mi querido señor —dijo el oficial—, aquí se nos cuentan historias sorprendentes casi cada hora, y si investigáramos la veracidad de todas, necesitaríamos un departamento tan

grande como todo Whitehall.

—Lo que les conté ayer es tan extraordinario que creen que soy un loco —dije—. Lo veo en sus rostros.

—Discúlpeme, pero ese no es el punto —protestó—. Nosotros solo somos oficiales, señor Holford. El jefe ha tomado una decisión y estamos obligados a obedecer, por mucho que lamentemos nuestra inacción.

—¿Entonces se niegan a ayudarme a encontrar a mi esposa?

—No. Si podemos ayudarle a descubrir el paradero de la señora Holford, lo haremos con gusto. Quizá tenga la amabilidad de darnos su descripción y la difundiremos de inmediato por todos nuestros canales, aquí y en el extranjero. Pero —añadió el hombre— debo decirle primero que podemos ofrecerle muy poca esperanza. El número de esposas desaparecidas que se nos reporta llega a veces a docenas en un solo día. La mayoría de las damas, descubrimos al investigar, se han marchado por su propia voluntad.

—¡Pero este caso es distinto! ¡Mi esposa no ha hecho tal cosa! —afirmé—. Ha sido engañada mediante un telegrama que fingía venir de mí.

—Y eso no es nada inusual. Hemos oído de señoras que acuerdan con otras personas el envío de mensajes urgentes en nombre de sus maridos. A veces es una forma fácil de escapar —y sonrió con cierta ironía.

—Entonces, dicho claramente, ¿no tengo nada que esperar de ustedes? —repliqué con brusquedad.

—Muy poco, me temo, señor.

—¡Y este es nuestro sistema policial! —exclamé—. ¡Es un escándalo!

—No nos corresponde hacer comentarios, señor Holford —dijo el mayor de los oficiales—. El Comisionado decide qué acción tomamos. Me atrevo a decir que nuestra decisión le parece extraña, pero debo señalar que hay un aspecto especial en ello que a usted, por ser ajeno al departamento, no se le alcanza.

—¿Qué aspecto especial puede haber? ¡Un hombre conocido ha sido asesinado! ¡Es deber de la policía actuar!

—Solo tenemos su declaración para eso. En lo que a nosotros o al público respecta, el profesor Greer está viajando por el continente.

—¡Pero si no me creen, vayan a ver a Kershaw Kirk, o a la hija del profesor, o a Pietro Merli! Cada uno de ellos conoce la verdad y hablaría si se le obligara.

—El Comisionado ha tenido todos esos nombres ante sí, pero aun así ha decidido no entrar en este asunto. Su decisión es irrevocable.

—¡Entonces nuestro sistema policial es una farsa! —grité—. ¡No es de extrañar que tengamos tantos crímenes sin resolver! ¡Ese hombre, Kirk, se rió de ustedes llamándolos torpes! —añadí.

La pareja solo intercambió miradas y sonrió, aumentando mi enojo.

—¡En cualquier otra ciudad la policía iniciaría de inmediato una investigación con mi información! —declaré—. Soy un contribuyente y tengo derecho a asistencia y protección.

—Ya le hemos ofrecido ayudarle a descubrir el paradero de la señora Holford —señaló cortésmente el mayor de los hombres.

—Entonces pregunte a ese hombre, Kirk —o Seymour, como se hace llamar—, en Whitehall Court —dije—. Él puede decirle dónde está ella, si lo desea.

—¿Lo sospecha de haber tenido parte en su desaparición? ¿Por qué? —preguntó el otro detective.

Relaté con claridad y precisión los hechos en los que basaba mi creencia y la descripción dada del acompañante de mi esposa por el gerente del hotel en Florencia. El oficial movió lentamente la cabeza.

—Eso difícilmente es concluyente, ¿no cree? La descripción es bastante vaga, después de todo.

—Bien —dije con amargura al ponerme de pie—, si se niegan a ayudarme, supongo que debo buscar justicia en otro lugar. ¿Puedo ver al Comisionado personalmente?

—Puede hacer una solicitud formal, si lo desea. Pero no creo que lo reciba. Ya ha considerado plenamente el asunto.

Y esa fue toda la satisfacción que se me concedió.

—¡Entonces haré algo! —grité—. Haré que se plantee una pregunta en la Cámara. ¡Es un escándalo que, con el profesor Greer asesinado en su propia casa, ustedes se nieguen a actuar! Después de todo, parece cierto lo que se ha dicho recientemente: que la policía está hoy tan ocupada regulando la velocidad de los automóviles que no tiene tiempo para investigar crímenes.

Noté que, ante mi amenaza de llevar el asunto al Parlamento, uno de los oficiales torció el gesto. Sabía que a la Policía Metropolitana no le agradaban los cuestionamientos públicos. Yo tenía cierta relación con un miembro de una división rural, aunque para que la pregunta se planteara sería necesario explicar todo el asunto. ¿Y no estaba acaso en juego la libertad de Mabel, quizá incluso su propia vida?

—Nos ha dicho muy poco sobre ese amigo suyo, el señor Kershaw Kirk, de quien parece sospechar tanto —observó al fin el más joven de los dos hombres—. ¿Quién es él?

—Un aventurero —respondí rápidamente—. No tengo la menor duda sobre ese punto.

El hombre frunció los labios con escepticismo.

—¿No será que está algo prejuiciado contra él? —se atrevió a sugerir.

—No. Estaba en la casa en el momento en que el cuerpo del profesor fue incinerado en su propio horno. Si fueran a Sussex Place, probablemente descubrirían algunos restos entre las cenizas.

—¿Afirma entonces que fue testigo presencial de la cremación? —preguntó el oficial.

—No; lo encontré en la casa.

—Y más tarde descubrió el horno encendido, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces, después de todo, no es más que una suposición de su parte, mi querido señor —comentó el detective, girando una pluma entre sus dedos mientras sus ojos oscuros se fijaban en los míos—. La evidencia real es nula. Esa es exactamente la opinión del Comisionado.

—¡Pero mi esposa está en manos de los asesinos! —grité—.

¡No pueden negarlo!

—¿Hay alguna evidencia real de ello? Ninguna, hasta donde podemos ver —declaró—. ¿No sería natural que su esposa, al no encontrarlo en Florencia, enviara un telegrama a su hermana o regresara de inmediato? No hizo ninguna de las dos cosas, lo cual solo prueba que no deseaba volver a Londres.

—¿Sugiere que me ha dejado deliberadamente? —grité, mirando al hombre con un frenesí de resentimiento.

—No sugiero nada, señor Holford. No me malinterprete. Solo le expongo los hechos para llegar a una conclusión lógica. Solo puede haber una: ella tenía algún motivo para no regresar a su hogar. Si lo tenía, ¿cómo vamos a encontrarla? Sin duda habría cubierto sus huellas deliberadamente.

—¡Pero estaba con ese hombre, el hombre que...!

—Y eso justamente confirma mi argumento —interrumpió el detective.

—¿Pero no pudo haber sido impedida de enviar algún mensaje a casa? —sugerí, aunque ese mismo punto, lo confieso, era el que me obsesionaba continuamente.

Ambos detectives sacudieron la cabeza.

—No —respondió el mayor de los dos—. Estamos de acuerdo, como también cree el Comisionado, en que su esposa no estaría retenida como prisionera. Los criminales no mantienen mujeres cautivas hoy en día, salvo en las novelas. No —añadió—, créame, señor Holford, cuando descubra la verdad hallará que su esposa estaba relacionada con alguno de esos amigos suyos y que su desaparición formaba parte de un plan.

La historia del mensaje recibido por Mabel mientras yo estaba en Escocia cruzó por mi mente. Recordé todo lo que Gwen me había relatado con tanta cautela. Pero me sacudí rápidamente. ¡No, mil veces no! Nunca creería mal de Mabel antes de tener una prueba absoluta y tangible. El misterio de su desaparición era tan grande e inexplicable como el problema de quién había matado al profesor Greer.

Capítulo Veinticuatro

Dos hombres consultan

Fuera de mí por el miedo y la ansiedad respecto a la mujer que tanto amaba, aquella misma noche volví a visitar a Kirk en Whitehall Court, pero al llegar el ascensorista me informó que estaba fuera. Entonces se me ocurrió que quizá había ido a su otra residencia en Bedford Park, así que regresé y finalmente llamé a su puerta. Su hermana respondió a mi llamado y, diciendo que su hermano estaba en casa, me condujo a su presencia.

Lo encontré con su vieja chaqueta de terciopelo, sentado en su sillón de respaldo alto frente a un fuego encendido, con su loro favorito cerca de él; al entrar me saludó fríamente, sin dignarse a estrecharme la mano.

—Bueno, Holford —exclamó, estirando perezosamente sus pies enfundados en zapatillas hacia el fuego—, así que, después de todo, ha resultado ser un traidor, ¿verdad?

—¿Un traidor? ¿Cómo? —pregunté, de pie junto a la chimenea, enfrentándolo.

—He oído que ha estado contando historias extraordinarias sobre mí en Scotland Yard —dijo con una sonrisa.

—¡Ah! —grité—. ¿Entonces es usted un detective, después de todo? ¡Mi sospecha era correcta desde el principio!

—No —respondió muy tranquilo—, estaba completamente equivocado, mi querido señor; no soy detective, ni profesional ni aficionado, ni tengo nada que ver con Scotland Yard. Puede que allí sean torpes, pero no aceptan cualquier historia absurda que se les cuente.

—¡No les conté ninguna historia absurda! —protesté con ira—. ¡Les conté la verdad!

—¿Y eso después de todas las advertencias que le he dado? —dijo en tono de amargo reproche—. ¡Ah! No se da cuenta de

la extrema gravedad de ese acto suyo. Ha roto su palabra conmigo, Holford, y al hacerlo, temo que ha traído sobre mí, como sobre otros, una gran calamidad.

—¡Pero usted es tan misterioso! ¡Nunca ha sido abierto ni franco conmigo! —declaré—. Está rodeado de misterio.

—¿No le dije la primera noche que se sentó aquí conmigo que yo era un comerciante de secretos? —preguntó, soplando una nube de humo de su cigarro.

—No, Holford —prosiguió mi enigmático vecino, muy serio—, usted es como la mayoría de los hombres: demasiado inquisitivo. Si hubiera podido reprimir su curiosidad y al mismo tiempo mantener su promesa de secreto, las cosas hoy serían muy diferentes, y actuando juntos quizá habríamos podido resolver este extraordinario enigma de la muerte del profesor Greer. Pero ahora ha ido y ha hecho todo tipo de declaraciones al Comisionado de Policía. Bien, eso ha anulado todos mis esfuerzos.

Hablaba con tal aire de inocencia herida que vacilé, preguntándome si no lo había juzgado mal. Sin embargo, al mirar aquel rostro gris y astuto, no podía dejar de dudar de él. Era cierto que me había confiado cosas, pero ¿no lo había hecho solo por sus propios fines ingeniosos y perversos?

—Mi esposa está perdida —observé al fin—. Es su pérdida la que quizá me ha llevado a decir más de lo que habría dicho en otro momento.

—¿Y el amor por su esposa lo hace olvidar su palabra de honor dada a mí, verdad? —preguntó—. Su código de honor es bastante peculiar, señor Holford —añadió con mordaz sarcasmo—. Lamento, por supuesto, que la señora Holford haya caído víctima de las maquinaciones de nuestros enemigos, pero seguramente eso no es excusa para que un hombre actúe con traición hacia su amigo.

—Ese no es el punto —declaré—. Nunca me ha satisfecho su motivo al llevarme a Sussex Place y mostrarme las pruebas del crimen.

—Porque... bueno, porque de haberlo hecho, no lo habría entendido. Algún día, quizá, lo sabrá; y cuando conozca la verdad estará aún más asombrado que hoy. Mientras tanto,

puedo asegurarle que sospecha de mí completamente sin motivo.

—¿Entonces por qué estaba en la casa en el momento en que se borraban los rastros del crimen en el horno?

—preguntó con voz dura.

Vaciló un instante, y me pareció que su huesuda mano temblaba levemente.

—Por razones mías —respondió al fin—. Usted me permitió escapar de un aprieto muy serio, y pensaba mostrarle mi gratitud, si me hubiera dado la oportunidad.

—No deseo expresiones de gratitud, señor Kirk —respondí con digna repulsión—. Todo lo que requiero es una declaración suya sobre el paradero de mi querida esposa. Déme eso, y estaré satisfecho de retirarme del asunto por completo.

—Porque ahora ha comprendido que Scotland Yard rechaza su ayuda, ¿eh? —preguntó con una sonrisa maligna—. ¿No está ahora de acuerdo conmigo en que nuestro tan alabado Departamento de Investigación Criminal, con todas sus rígidas reglas y maraña de burocracia, es inútil? No son los hombres los que fallan —pues algunos son los mejores de toda la metrópoli— sino el sistema, que está radicalmente equivocado.

Tras mi experiencia, me vi obligado a darle la razón. Pero volví a mencionar a Mabel y la manera en que había sido atraída fuera de casa.

—¿Oyes eso, Joseph? —exclamó, volviéndose hacia su mascota, que había estado parloteando y chillando mientras hablábamos—. Este caballero sospecha de tu dueño, Joseph. ¿Qué dices?

—¡Eres un tonto por tus penas! ¡Eres un tonto por tus penas! —declaró el ave—. ¡Pobre Joseph! ¡Pobre Joseph quiere ir a la cama!

—¡Silencio! Irás a la cama enseguida —respondió el extraño hombre de rostro gris y enigmático, quien, volviéndose de nuevo hacia mí y mirándome directamente al rostro, me aseguró una vez más que era un necio por mi falsa interpretación de la verdad.

—Para mí realmente no importa quién mató al profesor Greer, o quién ha usurpado su lugar en el mundo de la ciencia —dije—. Mi único objetivo ahora es recuperar a mi esposa perdida. Antonio, cuando lo encontré en Roma, estaba ansioso de que, a cambio de información sobre ella, yo consintiera en guardar silencio sobre lo ocurrido en Sussex Place.

—¡Tonterías, mi querido señor! —y Kirk rió con fuerza—. ¿Qué puede saber Antonio? Es tan ignorante de todo el asunto como usted mismo.

—¿Y cómo lo sabe, dígame?

—Bueno, ¿no estoy acaso intentando esclarecer el misterio? —preguntó.

—¿Y sabe más de lo que me dirá? —dije.

—Tal vez... solo un poco.

—Y sin embargo desea que aún confíe en usted implícitamente, que me entregue en sus manos ciega e incondicionalmente... ¡usted, que lleva esta doble existencia! En Whitehall Court es un hombre rico y ocioso, mientras que aquí se presenta como desaliñado y necesitado.

—Puedo ser desaliñado, señor Holford, por ciertos propósitos... ¡pero necesitado, jamás! —exclamó, corrigiéndome—. Tengo, gracias a Dios, lo suficiente para mis necesidades. Y en cuanto a mi doble existencia, como usted la llama, ¿acaso he intentado ocultársela alguna vez?

—Dígame, de una vez por todas, ¿sabe usted dónde está mi esposa? —pregunté con frenética ansiedad—. ¿No ve que esta incertidumbre me está enloqueciendo?

—Sí, es muy lamentable; y más lamentable aún que no pueda darle satisfacción alguna. El hecho de la prolongada ausencia de la señora Holford es para mí un misterio tan grande como para usted.

—Scotland Yard no me prestará ayuda —dije con amarga frustración.

—Probablemente no, después de la increíble historia que les conté —respondió con cierto veneno.

—¿Qué debo hacer?

—Mantenerse paciente y vigilante —dijo—. Créame, y trate de persuadirse de que, después de todo, no soy un asesino —añadió con una sonrisa.

Contuve la respiración unos segundos. Allí estaba el meollo de todo. Seguía intentando, con astucia e ingenio, llevarme a una falsa sensación de seguridad; hacerme creer que era inocente de todo conocimiento sobre aquella asombrosa tragedia en Sussex Place. ¡Ah! Era, en efecto, una hábil estratagema. Pero mis ojos ya estaban abiertos, y solo sonreí para mis adentros ante la futilidad de su intento artero de seguir engañándome.

¡Un hombre estaba con mi esposa haciéndose pasar por mí, Henry Holford! Y, sin embargo, ¡no podía acudir a nadie en busca de consejo, ayuda o apoyo!

Ahora que la policía había rehusado investigar la muerte del pobre Greer, la actitud de mi extraño vecino se había vuelto más desafiante. Estaba lleno de reproches amargos y, al mismo tiempo, se mostraba completamente indiferente a mis futuras acciones. Una o dos veces, mientras me hablaba, se volvió hacia Joseph, el loro, dirigiéndole comentarios aparte que hacían que el ave chillara ruidosamente y respondiera con disparates.

—Míreme, señor Holford —dijo al fin—, cometió una tontería al traicionarme ante Scotland Yard. Estoy muy decepcionado de usted, se lo aseguro. Mi confianza estuvo mal depositada.

—Entiendo que ha estado en mi garaje y que, en mi ausencia, compró un neumático Eckhardt —observé.

—¿Y qué con eso? —dijo, abriendo ligeramente los ojos—. Solo bajé a verlo, pero al encontrarlo ausente compré un neumático como excusa.

—¿Y espera que crea eso? —pregunté con una risa seca.

—Puede creerlo o no, como prefiera —replicó rápidamente—. No tengo uso para neumáticos, no poseo coche.

Sonreí incrédulo, recordando el aire de secreto con que había examinado el neumático la primera vez que me visitó. Creo que permanecí con él casi una hora. Luego, tras decirme que su intención era quedarse en Inglaterra por el momento, lo dejé y regresé a mi desolado hogar. Allí, tras el retiro de

Gwen, me senté otra hora en mi estudio a reflexionar profundamente.

Que Kirk estaba asociado en secreto con el falso profesor era evidente. ¿No era entonces muy probable que pronto se reunieran de nuevo? Si mantenía un ojo vigilante sobre él, quizá descubriría algo de gran interés. ¿Quién podía ser este hombre que llevaba una doble existencia sin causa aparente?

Al repasar con calma la situación, vi que desconfiaba de todos los actores de aquel desconcertante drama. Ethelwynn, la dulce joven, se negaba ahora a admitir el fallecimiento de su padre a pesar de haber visto su cuerpo. ¿Por qué? El doctor Flynn me desagradaba instintivamente; Langton jugaba un doble juego al negar su amistad con Kirk; Antonio y Pietro estaban ausentes; mientras que el propio Kirk fingía una ignorancia que apenas disimulaba su astucia. Y lo más inquietante de todo: ni un soplo de sospecha sobre la muerte del profesor había llegado aún al público.

Así, completamente desconcertado, volví a retirarme a descansar.

A la mañana siguiente, levantado temprano, puse vigilancia sobre los movimientos de Kirk con la ayuda de Dick Drake, mi chófer. Poco antes de las once, Kirk salió vestido con su habitual aspecto desaliñado y tomó un tren hacia Westminster. Se dirigió a una casa descuidada en Page Street, un barrio pobre detrás de la Abadía. Allí permaneció un tiempo hasta que, temiendo ser reconocido, le pedí a Drake que continuara el seguimiento y regresé al garaje.

A las seis de la tarde, mi hombre volvió informando que Kirk había visitado una casa en Foley Street y, tras almorzar en Oxford Street, había tomado un tren hacia Shortlands. Allí visitó una pequeña villa cerca de la estación. La puerta fue abierta por un hombre alto y delgado, con aspecto de extranjero, con quien Kirk permaneció casi dos horas.

—Pero —añadió Drake—, ese caballero es bastante astuto, señor. Me descubrió.

—Eso es desafortunado —dije—. Fue un poco demasiado atrevido, me temo.

—Ejercí toda la cautela posible —declaró Drake—, pero en

Shortlands me dio esquinazo y me engañó. No dijo nada, solo se rió en mi cara.

La historia del extranjero en la villa de Shortlands me pareció notable, y resolví ir allí al día siguiente a investigar. Tenía todos los movimientos de Kershaw Kirk bajo sospecha. Al día siguiente me levanté con la firme intención de ir de inmediato a Shortlands, pero apenas había terminado de desayunar en silencio con Gwen cuando ocurrió algo que cambió el curso de los acontecimientos. En efecto, por aquel súbito suceso supe que al fin había avanzado un paso hacia el conocimiento de quién había matado al profesor Greer tras aquellas puertas cerradas en Sussex Place.

Capítulo Veinticinco

Un complot fracasa

Lo que ocurrió fue lo siguiente: acababa de levantarme de la mesa cuando Annie entró con un telegrama. Al abrirlo, encontré un mensaje urgente de Langton desde Broadstairs; me rogaba que fuera de inmediato, pues tenía información importante que comunicarme. Consulté el horario, vi que un tren rápido salía de Victoria en una hora y, lleno de agitación, me despedí de Gwen prometiéndole enviarle un telegrama con el resultado de la entrevista.

Poco después del mediodía descendí por la empinada calle de aquel tranquilo balneario. Aquel día de febrero estaba frío y desierto, pero al llegar al paseo crucé el puente peatonal y, pasando frente al Grand Hotel, seguí por lo alto de los acantilados hasta la casa de ladrillo rojo del difunto profesor. En el pequeño pero elegante salón fui recibido por Ethelwynn y su prometido, quienes conversaban junto al fuego. La joven lucía encantadora con una blusa azul pálido y una falda marrón oscura; su magnífico cabello estaba arreglado de manera que realzaba su porte. Él, por su parte, mostraba la apariencia del típico inglés educado y de porte impecable. Eran, en verdad, una pareja hermosa.

—¡Es muy amable de su parte venir tan rápido, señor Holford!
—exclamó la joven al tomar mi mano—. Leonard quiere tener una charla seria con usted.

Y, sin embargo, esa era la muchacha que estaba al tanto del trágico fin de su padre. ¿Era posible que su amante también conociera la verdad? Langton me invitó a sentarme y comenzó disculpándose, con cierta vacilación, por haberme hecho venir desde Londres.

—Sin embargo, lo consideramos necesario —prosiguió—; necesario en interés de todos que exista un entendimiento claro y perfecto entre nosotros.

—¿De qué manera? —pregunté.

—Pues —dijo—, ha llegado a nuestro conocimiento que usted ha estado relatando una historia extraordinaria respecto al padre de Ethelwynn. Usted afirma que murió en circunstancias sospechosas.

—Lo que he dicho es la verdad; la pura y absoluta verdad —declaré abiertamente—. El señor Kirk me introdujo en la casa de Sussex Place, donde vi al pobre profesor tendido muerto en su laboratorio.

—¡Ah! —exclamó la joven rápidamente, cambiando de actitud—. ¿Entonces es amigo de Kirk, no de mi padre?

—Así es —admití—. Y en compañía de Kirk vi a su padre muerto por un acto de violencia.

—¡Y ha osado presentar esa historia como un hecho absoluto! —gritó Langton—. ¿Sabe acaso quién es realmente Kershaw Kirk?

—No; me gustaría mucho saberlo —dije, lleno de ansiedad—. ¿Quién es?

—Si lo supiera, creo que habría dudado antes de ir a la policía con un cuento tan fantástico como el suyo.

—¡No es ningún cuento fantástico, señor Langton! —declaré con firmeza—. Con mis propios ojos he visto al profesor muerto.

—Pero olvida que mi padre fue a Edimburgo esa noche y me envió un telegrama desde allí al día siguiente —señaló la joven, fijando sus espléndidos ojos en los míos con mirada firme.

—No olvido ningún detalle de este notable asunto, señorita Greer —dije tranquilamente—. De hecho, seguí al hombre que se creía era su padre hasta Escocia.

—¿Lo... lo siguió? —jadeó Langton, mientras las mejillas de la joven palidecían—. ¿Lo vio? ¿Habló con él?

—No; pero descubrí algunos hechos bastante interesantes que, cuando llegue el momento, pienso presentar como prueba de un notable engaño.

La pareja intercambió miradas significativas en silencio. La joven estaba sentada frente a mí, cerca del fuego, mientras Langton permanecía sobre la alfombra, con las manos

metidas en los bolsillos en un gesto de fingida despreocupación.

—Todo el asunto fue, sin duda, muy hábilmente planeado gracias a la astucia de Kirk. Los criados ignoraban cualquier cosa extraña, todos salvo Antonio, quien, como saben, ha huido al continente.

—¿Huyó? —la joven rió con nerviosismo—. Lo último que supe de él fue que estaba con mi padre, viajando por Hungría.

—¿Cuándo?

—Hace cuatro días.

—¿Cómo puedo encontrarlos? ¿Cuál es la dirección del profesor? —pregunté.

—No tiene domicilio fijo. Mi última carta la envié a la Poste Restante en Budapest.

En ello vi la intención de seguir ocultando el paradero del impostor.

—Pero no era mi intención al llamarlo, señor Holford, entrar en detalles de lo que pudo o no haber ocurrido. Nosotros —es decir, Ethelwynn y yo— conocemos la verdad.

—Entonces díganmela; libérenme de esta carga de un crimen que me oprime —suplicué—. Déjenme saber la verdad y, al menos, recuperar a mi esposa perdida.

—¿Y si lo hiciéramos? —preguntó Ethelwynn tras una pausa—. Solo nos expondríamos a una represalia injusta.

¿No eran esas las palabras de una mujer que poseía algún conocimiento culpable, si no culpable ella misma de parricidio? Vi su frenético deseo de callarme, así que los dejé continuar, sonriendo para mis adentros ante sus evidentes esfuerzos por evitar las revelaciones que inevitablemente debían surgir.

—No entiendo su significado —dije—. ¿Por qué habría de vengarme si no son responsables de la ausencia de mi esposa?

Ella miró con inquietud a su prometido, quien exclamó:

—Por lo que veo, todo se resume en pocas palabras, señor Holford. Usted ha sido mal informado y ha hecho una declaración ridícula y totalmente infundada sobre el profesor Greer; una que afecta seriamente a su hija, a su casa y a sus

amigos. Por lo tanto...

—¿Entonces su hija niega realmente haberlo visto, como yo lo vi, tendido muerto en el laboratorio? —interrumpí.

—¡Nunca he visto a mi padre muerto! —declaró la joven en tono bajo y vacilante, lo cual en sí mismo mostraba que estaba faltando a la verdad—. Su historia es completamente infundada.

—Entonces déjeme decirle una cosa más, señorita Greer —dije con claridad—. Yo mismo me arrodillé a su lado con Kirk cuando la encontramos en el comedor tendida, según creímos, sin vida. Tenía una marca blanca en el rostro. ¡Mire! Apenas ha desaparecido; todavía quedan rastros, una ligera decoloración rojiza.

La joven contuvo la respiración ante esta acusación. Aquella marca en su mejilla la condenaba. Incluso su prometido, por un momento, se quedó sin respuesta.

—Ah —dijo él al fin—, la pérdida de la señora Holford lo ha trastornado, y parece que lo empuja a hacer toda clase de declaraciones absurdas. Kirk dice que en Scotland Yard no quisieron escucharlo, ¡y no es de extrañar!

—¡Entonces conoce a Kirk! ¡Usted, que negó todo conocimiento de él cuando nos encontramos por primera vez! —grité—. Fue él quien colocó los restos del pobre profesor en el horno del laboratorio; de las cenizas recuperé varios fragmentos de su ropa que ahora tengo en mi poder.

—¡Tonterías, mi querido señor! —rió el joven—. ¡Usted no conoce a Kirk, ni sabe quién es!

—Sé que es un aventurero con dos residencias —dije.

—Pero un aventurero no es necesariamente un canalla —replicó Langton—. Muchos vagabundos de buen corazón se convierten en cosmopolitas y aventureros, pero conservan todos los rasgos y el honor de un caballero.

—¡No en el caso de Kirk! —grité.

—Evidentemente ha tenido un altercado con él —observó Langton.

—He tenido un altercado con él en la medida en que pienso exponer el asesinato secreto del profesor Greer y a aquellos

que, por sus propios fines, fingen que el muerto aún vive —respondí con valentía.

—¿Y con «aquellos» se refiere a nosotros? —observó la hija del difunto.

—Incluyo a todos los que mienten, sabiendo bien que el profesor está muerto y que todos los rastros de su cuerpo han sido destruidos —respondí con firmeza.

—¿Qué es esa historia suya sobre la señorita Greer aparentando estar muerta? —preguntó Langton—. Cuénteme; es la primera vez que lo escucho.

En unas breves frases les relaté nuestro hallazgo en el comedor y el traslado de la joven en un coche aquella noche de niebla. Ambos parecieron genuinamente desconcertados por mis palabras.

—¿Qué dice de eso? —preguntó su prometido.

—¡No sé nada; nada en absoluto! —declaró ella—. Solo puedo pensar que el señor Holford debe estar soñando.

—¡Seguramente no cuando, con mis propias manos, sostuve un espejo ante sus labios para buscar rastros de su aliento! —exclamé—. Pregunte a Antonio. Él le dirá cómo él y su hermano Pietro la subieron a un coche por orden de Kirk.

—¿Por orden de Kirk? —repitió el joven.

—Pregúntele usted mismo —dije.

Ambos estaban llenos de sorpresa y ansiedad ante lo que había alegado. ¿Era posible que me hubiera equivocado sobre la actitud de Ethelwynn y que realmente creyera que su padre aún vivía? Pero eso no podía ser, pues ¿no lo había visto muerto con sus propios ojos? No. La joven, ayudada por su amante, estaba llevando a cabo un plan astuto para sellar mis labios.

Mi esposa Mabel había estado, antes de su desaparición, en comunicación con el impostor que Ethelwynn aparentemente había tomado bajo su protección. Ese era un punto desconcertante. ¿Podían esta joven y mi esposa haberse conocido en secreto? De ser así, era muy probable que ella supiera el paradero de Mabel. Volví a referirme a la pérdida de mi esposa, declarando que si la encontraba renunciaría de buen grado a toda investigación sobre la muerte del profesor.

La hermosa joven intercambió miradas con su prometido; miradas que me mostraron claramente que actuaban conforme a un plan premeditado. Leonard Langton era un hombre agudo y perspicaz, o nunca habría ocupado el cargo de secretario privado de Sir Albert Oppenheim.

—Bien, señor Holford —dijo—, ¿por qué no habla con franqueza? Supongo que está dispuesto a llegar a un acuerdo con sus enemigos, ¿eh?

—¿Pero quiénes son mis enemigos? —exclamé desconcertado—. ¡Hasta donde sé, no me he ganado ninguno!

—Un hombre despierta enemistades a menudo sin intención —respondió—. No puedo decir quiénes son esos enemigos suyos, pero es evidente por su declaración que ellos son responsables de la desaparición de su esposa.

—Bien —dije—, tiene razón. Estoy dispuesto a llegar a un acuerdo si Mabel me es devuelta de inmediato.

—¿Y cuáles serían esos términos? —preguntó Ethelwynn, cuya ansiedad la delataba.

—Perdóneme, señorita Greer —dije con cierta prisa—, pero no alcanzo a ver de qué manera mis asuntos matrimoniales pueden interesarle.

—Oh... bueno —rió ella con nerviosismo—, claro que no... solo que la desaparición de su esposa me ha parecido muy notable.

—No, señorita Greer —dije—, no tan notable como parece al principio. Mi propia curiosidad fue la causa de que ella fuera atraída lejos de aquí, para apartarme de la investigación que había emprendido: la indagación sobre quién mató al profesor Greer.

Sus mejillas palidieron y se mordió el labio. Toda su actitud era la de una mujer consciente de una amarga y trágica verdad, pero que, por su propio honor, no se atrevía a revelarla. Sin duda poseía el secreto de la muerte de su padre y, por algún propósito aún oculto, estaba protegiendo al impostor que ocupaba su lugar.

La pareja me había llevado allí para atraparme, probablemente siguiendo un plan de Kirk. Su intención era engañarme y asegurar mi silencio. Pero en mi frenética

ansiedad no era fácil de atrapar. Había visto a través de la actitud de Kirk y también había comprobado que la joven fingía una ignorancia culpable. Al entrar en aquella sala, cuyas ventanas daban al mar gris del invierno, había creído que aprendería algo sobre mi querida esposa. Pero al fijar mis ojos en los de Ethelwynn Greer, vi en ellos un conocimiento oculto y supe que en esa dirección la esperanza era inútil.

Cierto es que me había sondeado sobre qué compromiso estaba dispuesto a asumir, pero toda la situación era tan horrible que no podía obligarme a hacer ningún pacto que impidiera que el asesino de Greer fuera expuesto. Así que, en cambio, me quedé allí, contándoles cosas que los mantenían en un estado de temor y aprensión. Era evidente que sabía más de lo que ellos creían, y Langton parecía arrepentido de haberme invitado.

¿Qué motivo podía tener Ethelwynn para ocultar la muerte de su padre? Recordé cómo el asesino debió pasar junto a ella en la Habitación Roja para entrar al laboratorio aquella noche fatal. ¿Se despertó y lo reconoció, o había sido ella misma cómplice en asegurar el trágico fin de su padre? En esa sorprendente sugerencia encontré mucho alimento para una profunda reflexión.

Capítulo Veintiséis

Huelo al impostor

Pasó toda una quincena. El silencio de Mabel era inexplicable. La casa de Sussex Place seguía en manos del cuidador y, aunque vigilé en secreto tanto al doctor Flynn como a Leonard Langton, los resultados de mi vigilancia fueron nulos.

Estaba desesperado. Rechazado por Scotland Yard y tratado como enemigo por Kershaw Kirk, solo podía sentarme en casa con Gwen y formar mil conjeturas descabelladas. Los anuncios solicitando noticias de Mabel no habían traído respuesta alguna. En verdad, parecía como si la teoría de aquellos dos detectives fuese la correcta: que ella me había dejado por voluntad propia y no pensaba regresar. Gwen, de hecho, lo sugirió un día, pero fingí desechar la idea. La madre de Mabel, que vivía ahora en Aberdeenshire, había escrito dos cartas, y me vi obligado a responder con una mentira, diciendo que su hija estaba en Cheltenham.

Descuidaba mi negocio tristemente, pues rara vez iba al garaje. Kirk, según entendía, vivía en Whitehall Court, pero no lo visité. ¿De qué habría servido? Había intentado todos los medios para saber dónde estaba Mabel, pero, ¡ay!, parecía haber una conspiración de silencio contra mí. No había dejado esfuerzo sin hacer y, sin embargo, todo había sido en vano.

Antonio, según Ethelwynn, se había unido al «profesor» en Hungría. ¿No era eso, en sí mismo, prueba suficiente de colusión? En cuanto a Pietro, las averiguaciones que hice en Euston Road mostraban que aún no había regresado a Inglaterra. Muchas veces sentí el impulso de ir a Budapest y tratar de seguirles la pista. Pero vacilé, porque al encontrar

las declaraciones de Ethelwynn poco fiables, temía aceptar lo que decía como verdad. ¿No sería de su interés engañarme y enviarme tras una pista falsa?

Ningún hombre en todo nuestro gran y febril Londres estaba tan lleno de ansiedad constante, miedo frenético y desconcierto sofocante como yo. ¡Ah, cómo sobreviví a aquellos grises y sombríos días de marzo no puedo explicarlo! El misterio era inescrutable. Sabía que podría quedar satisfecho respecto al destino de la pobre Mabel si tan solo lograba esclarecer quién había matado al profesor Greer.

Esta tensión nerviosa y el constante anhelo por el regreso de la mujer a quien profesaba un amor tan grande ya estaban afectando mi salud. Comía poco, y el espejo revelaba lo pálido, abatido y demacrado que me había vuelto. Desde el amanecer del nuevo año era, ¡ay!, un hombre cambiado. En dos meses había envejecido diez años.

Por las averiguaciones que hice entre hombres interesados en la ciencia y la química descubrí cuán grande había sido el profesor fallecido, y cuán beneficiosos para la humanidad habían sido ciertos de sus descubrimientos. El destino —o acaso algún espíritu universal de tragicomedia— juega extrañas bromas con las vidas humanas, y seguramente nada más singular había ocurrido en nuestra vida londinense que lo que ya he narrado en estas páginas.

Y a ese vecino mío de rostro gris y delgado —el hombre que llevaba una doble vida— se debía la culpa de todo. Aunque hice todo esfuerzo, no pude saber cuál era su profesión. Que era un hombre de recursos, viajero constante y bien conocido en los círculos de club, era toda la información que pude obtener. Quizá se pregunte por qué no fui de nuevo a Whitehall Court a arrancarle la verdad de los labios. Pues bien, vacilé, porque en cada discusión que había tenido con él siempre había salido vencedor. Había hecho una promesa que, por más justificable que fuera mi acción, había roto. Lo

denuncié a la policía creyendo que lo vería arrestado; sin embargo, las autoridades se negaron a mover un dedo contra él.

¿Qué podía pensar? ¿Qué habría pensado usted en esas circunstancias? ¿Cómo habría actuado?

Una mañana salí temprano con Drake para probar el chasis de un nuevo «veinticuatro», y al encontrarnos frente a la vieja catedral gris de Chichester nos detuvimos en el antiguo «Dolphin» para almorzar. Mi mente había estado ocupada con Mabel todo el camino y, aunque conducía, apenas prestaba atención a los detalles del coche. Dick Drake, entusiasta de los motores, probablemente consideró curiosa mi actitud distraída, pero no hizo comentario alguno.

Almorcé en el gran salón del piso superior —un noble aposento, tan conocido por los viajeros de los días de las diligencias como por los automovilistas modernos— y pasé luego a otra sala, donde encendí un cigarrillo y me estiré frente al fuego. Un periódico estaba a mano y lo tomé. En mi profesión apenas tengo tiempo de leer otra cosa que revistas de motor; por lo tanto, salvo una ojeada al vespertino, rara vez me preocupo por las noticias del día.

Estaba fumando y repasando las columnas del diario cuando mis ojos se posaron en un encabezado que me hizo sobresaltarme de sorpresa: «Descubrimiento del acero: nuevo metal de alta velocidad con siete veces el poder de corte del anterior». El breve artículo decía lo siguiente:

«Pocas profecías se han justificado tan rápidamente como la del profesor Greer en la Royal Institution el pasado 16 de diciembre. Entonces dijo: “En cuanto a la profecía del señor Carnegie sobre la decadencia de la metalurgia del acero británico, esta existe solo en la imaginación de ese caballero. En lo que respecta a la calidad, Gran Bretaña sigue siendo la primera en la carrera por la supremacía. Estoy firmemente convencido de que en muy poco tiempo el mejor acero de alta velocidad quedará anticuado. Es probable que dentro de

un año haya en el mercado acero británico con una potencia de corte cuatro veces mayor que cualquiera conocida actualmente". La profecía se ha cumplido. El profesor Greer, dando otra conferencia anoche en el Birmingham Town Hall, declaró que la firma Edwards and Sutton, de las Meersbrook Works, Sheffield, ha puesto en el mercado un acero con entre tres y siete veces el poder de corte del acero de alta velocidad existente, y que, a diferencia del material actual, puede ser endurecido en agua, aceite o aire. El nuevo acero, cuyo poder de corte es casi increíble, dijo el profesor, no requerirá ninguna alteración en la maquinaria actual».

¡El impostor había tenido la audacia de dar una conferencia ante el público en Birmingham! Su descarada duplicidad era increíble.

Volví a leer aquella notable declaración y deduje que ese nuevo proceso suyo debía haber sido adquirido por la prestigiosa firma Edwards and Sutton, cuyo acero gozaba de reputación mundial. Presumí que se trataba de una mejora sobre el proceso Bessemer. Que un hombre tuviera el descaro de hacerse pasar por Greer estaba más allá de mi comprensión. Como profesor Waynflete en Oxford, sería, lo sabía, bien conocido, aunque no frecuentara mucho la vida social. Y, sin embargo, se había presentado en la tribuna del Town Hall de Birmingham y había anunciado con audacia un descubrimiento hecho por el hombre cuya identidad había asumido tan temerariamente.

La acción del impostor, que sin duda había vendido el secreto del profesor a un alto precio a una firma reconocida, era absolutamente inaudita. Llamé a Drake, montamos de nuevo en el chasis y regresamos apresuradamente a Londres. A las diez de esa noche estaba en el Grand Hotel de Birmingham, y media hora más tarde me presenté en la casa de un concejal llamado Pooley, miembro de la sociedad ante la cual el falso profesor había conferenciado la noche anterior.

Tuve alguna dificultad en convencerlo de que me recibiera a esa hora. Era un abogado ocupado, pero, ante mi insistencia, el señor Pooley consintió al fin en recibirme.

—Sí —dijo, mientras me sentaba con él en su comedor—, es cierto que el profesor Greer nos dio una conferencia anoche y anunció algo muy interesante: un descubrimiento que parece haber causado gran revuelo en el mundo de la metalurgia. Los periódicos estaban llenos de ello hoy.

—Tenía entendido que el profesor estaba en el extranjero —observé algo débilmente.

—Lo estaba. Volvió expresamente para cumplir un compromiso de larga data. Nos prometió dar una conferencia y fijó la fecha ya en noviembre pasado.

—¿Sabe de dónde llegó? —pregunté.

—Sí. Cenó con nosotros aquí antes de la conferencia y se quedó la noche. Nos dijo que acababa de regresar de Rumanía.

—¿Entonces no dejó Birmingham hasta esta mañana! —exclamé—. ¡Ah, cuánto desearía haberlo sabido! ¿Tiene idea de adónde fue?

—Lo acompañé a la estación esta mañana y tomó un billete para Sheffield; para visitar a Sir Mark Edwards, creo. En la estación se encontró con un amigo que había asistido a la conferencia. Me lo presentaron como el señor Kirk. ¿Lo conoce?

—¿Kirk? —exclamé, sorprendido—. Sí; un hombre alto, delgado, de cabello gris: el señor Kershaw Kirk.

—Sí. Viajaron juntos —dijo el concejal—. Parecía como si Kirk hubiera venido de Londres a encontrarse con el profesor, que había regresado por Hook of Holland a Harwich y había llegado en el tren directo a Birmingham.

—¿Y cree que Kirk ha ido con el profesor a visitar a Sir Mark Edwards? —pregunté con ansiedad.

—Creo que sí. Si enviara una carta al profesor a la dirección de Sir Mark, es muy probable que la recibiera.

—¿Había conocido antes al profesor?

—No, nunca. Claro que lo conocía bien por su reputación.

—¿Mencionó que Edwards and Sutton eran viejos amigos suyos?

—Entendí que no lo eran. Simplemente había concluido un acuerdo con ellos para trabajar su proceso como un asunto de negocios. De hecho, mencionó que Sir Mark Edwards lo

había invitado por unos días.

—¿Entonces no son amigos de larga data?

—Probablemente no. Pero... bueno, ¿por qué hace preguntas tan curiosas, señor Holford? ¿Cuál es el motivo de toda esta investigación? El profesor es un hombre conocido y usted podría acercarse a él fácilmente —observó el perspicaz abogado.

—Sí, probablemente. Pero mi investigación es en interés del propio profesor —dije, pues debía sostener mi historia—. En realidad, he sabido de un intento de robar el secreto de su proceso y actúo para su protección. Cuando mis averiguaciones estén completas, iré a él y le expondré todo el asunto.

—¿Su profesión no es la de detective? —sugirió, riendo.

—No; soy ingeniero de motores —expliqué con franqueza—. No sé nada, ni me interesa, sobre los detectives y sus métodos.

Luego me disculpé por molestarlo y regresé en el coche que me había llevado al centro de la ciudad. Partí de la estación New Street a las dos de la madrugada —frío, mojado y desalentado— y a las cuatro y media estaba en el Midland Hotel de Sheffield, somnoliento y agotado.

El portero nocturno no sabía nada de la dirección de Sir Mark Edwards; por lo tanto, tuve que esperar hasta las ocho. Todos aquellos a quienes pregunté parecían ignorantes; así que tomé un coche y fui a las grandes fábricas de la firma, un enorme lugar ennegrecido, con chimeneas humeantes y montones de escoria; un establecimiento que empleaba a varios miles de obreros. Allí me informaron que Sir Mark residía a treinta millas de distancia, en Alverton Hall, cerca de Bulwell Common.

Por lo tanto, a las diez tomé el tren hacia allí y, encontrando un coche de alquiler en la estación, fui directamente al Hall para enfrentar y denunciar al hombre que era cómplice de asesinos —si no el asesino mismo— y un impostor audaz. El coche, tras recorrer una carretera campestre, entró por las verjas de la finca y avanzó por una espléndida avenida de altos olmos desnudos, hasta detenerse en la entrada de una

magnífica mansión isabelina.

Contuve la respiración un segundo. Mi persecución había sido larga y dura. Entonces pregunté por el distinguido huésped y fui conducido con gran ceremonia al amplio y antiguo vestíbulo.

Por fin el impostor estaba cerca de ser desenmascarado. ¡Por fin podría demostrar al mundo quién había matado al profesor Greer!

Capítulo Veintisiete

Varias revelaciones

Alverton Hall, una noble y antigua mansión, había sido adquirida por el magnate del acero de Sheffield, Sir Mark Edwards, unos diez años antes. Además, supe que poseía una hermosa propiedad en Glamorganshire y alquilaba un gran bosque de ciervos en Escocia. Era uno de los príncipes de la industria inglesa, cuya generosidad hacia las instituciones benéficas y hacia la ciudad de Sheffield era bien conocida, y cuya hija, apenas un año atrás, se había casado con un miembro de la nobleza.

Un hombre bajo, robusto y calvo hablaba rápido, casi con brusquedad, cuando fui conducido a su presencia en una pequeña sala acogedora que daba a una antigua terraza, con un jardín de estilo jacobino más allá.

—Es cierto que espero al profesor Greer de visita aquí —dijo, con marcado acento de Hallamshire, en respuesta a mi pregunta—. ¿Quién es usted, si puedo preguntar?

Expliqué que era un amigo íntimo que deseaba verlo de inmediato por un asunto muy importante y que había venido desde Londres con ese propósito.

—Bien —respondió el activo hombre—, lo esperaba ayer y no puedo imaginar por qué no ha llegado.

—Ha tenido negocios importantes con él, Sir Mark, según vi en el periódico de ayer.

—Sí, muy importantes. Hizo una declaración en Birmingham explicando su descubrimiento.

—Supongo que es un hallazgo de gran trascendencia.

—De suma importancia. Abre una nueva era en el comercio del acero británico y nos coloca en primera fila. En este momento ningún otro acero en el mundo puede competir con el de nuestras fábricas de Meersbrook, gracias al profesor.

—Lo conoce desde hace mucho tiempo, supongo.

—No lo conozco personalmente desde hace mucho —respondió Sir Mark—. Es un hombre que se ha mantenido muy reservado. Pero, por supuesto, su reputación es mundial. Viene acompañado de su agente, el señor Kirk.

—¿Su agente? —repetí, asombrado—. ¿Lo conoce?

—Por supuesto. He tenido varios tratos con él. Estuvo con nosotros en Viena hace una semana aproximadamente.

—¿Y Greer también estaba allí?

—Por supuesto —respondió el fabricante—. El contrato se cerró allí.

—¿Y quién más estaba con él?

—Nadie que yo sepa, excepto una dama inglesa que se hospedaba en el Continental de la Praterstrasse, mientras nosotros estábamos en el Grand. Parecía ser amiga del profesor, pues una noche me la presentó. Por cierto, su nombre era muy parecido al suyo, creo: Holworth o Holford.

—¿Eso fue en Viena? —exclamé, sorprendido.

—Sí. Me la presentó en el restaurante Leidinger, en la Karntnerstrasse.

—¿Y la dama... cómo era? ¿Joven o mayor? —pregunté con ansiedad.

—Joven —respondió.

Y, al continuar, me dio una descripción perfecta de Mabel.

—¿Cuál era su actitud hacia el profesor?

—Parecía muy ansiosa de protegerlo de cualquier sospecha de fraude. Me miraba con cierta desconfianza, ignoro por qué. En verdad, la razón de su presencia en Viena y de su implicación en el negocio me pareció del todo singular, pues, a decir verdad, prefiero no tratar con mujeres en asuntos de negocios. Soy un hombre sencillo —añadió, con marcado acento—, y creo siempre en el trato directo, ya sea al pagar el jornal de un obrero o al cumplir un contrato con el Gobierno.

—Esto es muy interesante para mí, Sir Mark —dije, sin revelar que la dama en cuestión era mi esposa desaparecida—. Parece que no aprobaba la relación de la dama con la venta de la patente.

—No la aprobaba, se lo digo francamente —respondió—. Le

dije a Kirk mi opinión con toda claridad, pero él me aseguró que la dama era gran amiga del profesor.

Me mordí el labio con furia. ¿Cómo era posible que Mabel, mi querida esposa, se hubiera aliado con esa pareja de aventureros? ¿Qué historia le habrían contado para inducirla a convertirse en instrumento de hombres de esa calaña? Estuve a punto de decirle al magnate que había comprado un secreto que no pertenecía al vendedor, y que el «profesor Greer» que conocía no era el verdadero descubridor. Pero vacilé. Antes de hablar, desenmascararía a ese impostor y a su «agente», Kershaw Kirk. Una palabra mía a este astuto y duro hombre de negocios y los dos, estaba seguro, se encontrarían en manos de la policía.

Sí, ahora tenía la carta de triunfo. En cualquier momento la pareja podía llegar para cumplir su visita a Sir Mark. ¡Y qué incómoda sorpresa los aguardaría! Reí para mis adentros al darme cuenta de lo inocentemente que caerían en mis manos. Tan comunicativo y agradable era el hombre calvo que me atreví a preguntar:

—Supongo que el precio que su firma pagó por el secreto del nuevo proceso fue considerable.

—Muy grande —respondió—. Una fuerte suma inicial, además de una generosa regalía. Esta debe ser la segunda fortuna que Greer ha hecho. Ha recibido mucho dinero por su proceso de endurecimiento de planchas de blindaje. El Almirantazgo usa únicamente planchas endurecidas por el proceso Greer, pues aquí, como en muchas otras cosas, Inglaterra sigue por delante de Alemania.

—¿Ha estado alguna vez en la casa del profesor en Londres?

—pregunté.

—Nunca. Sin embargo, me ha invitado a cenar allí la próxima semana.

—¿La próxima semana? —exclamé—. Entonces, por supuesto, irá. Probablemente encontrará allí a Kershaw Kirk.

—Sí —rió—; lo más probable. Es un hombre extraño, ¿no? Y muy influyente.

—Ciertamente es extraño, pero en cuanto a su influencia, no

sé nada —respondí rápidamente.

—¡Mi querido señor, su influencia es enorme! Puede acceder directamente a lugares donde nosotros estamos totalmente excluidos —declaró mi interlocutor, mientras yo me recostaba en la silla escuchando aquellas revelaciones.

—¿Cómo? No lo entiendo.

—Pues bien —afirmó—, para mí la razón de la influencia de Kirk es un misterio completo, pero se ha demostrado concluyentemente más de una vez que tiene entrada en los más altos círculos y el oído de las autoridades.

Reí.

—Supongo que lo ha engañado haciéndole creer que la tiene, Sir Mark. Es un fanfarrón, como muchos otros hombres de su calaña.

—Es un fanfarrón y un tanto excéntrico, lo admito. Sin embargo, yo mismo he tenido experiencia de su indudable influencia. Ocupa alguna posición de gran confianza.

—Ahí, me temo, debo diferir, Sir Mark. Lo conozco bien, y creo que un día, no muy lejano, descubrirá que sus poderes son meramente imaginarios.

El hombre bajo y calvo se encogió de hombros con duda, por lo que, para no contradecir su opinión, desvié nuestra conversación hacia otro tema. Ya había aprendido mucho de interés, pero también bastante que me causaba un punzante desaliento. Hablamos de otras cosas, y, aparentemente impresionado por el hecho de que yo estaba ansioso de ver a Greer, me invitó a esperar hasta que él y Kirk llegaran.

—Pero puede que al final no vengan —dije—. Quizá hayan cambiado de idea.

—Lo creo poco probable —respondió Sir Mark—. Se han retrasado, aunque he averiguado que salieron de Birmingham para venir directamente aquí.

No le conté nada de mi visita al concejal Pooley, pero mi único temor era que, con el informe del discurso del falso profesor apareciendo en los periódicos, el impostor se hubiera alarmado y nuevamente se hubiera escabullido. Me parecía que él y sus cómplices nunca habían tenido la intención de que el anuncio llegara a la prensa. De hecho,

incluso Sir Mark se había mostrado sorprendido al leer el informe, entendiéndolo que la reunión de la sociedad erudita era puramente privada.

Fumé un cigarro con el afable hombrecillo y luego me dejó, siendo llamado al teléfono. Cuando volvió a entrar en la sala, dijo:

—He estado hablando con el profesor. Parece que está en casa, en su residencia de Londres. Fue llamado de repente por telegrama y, al no haber estado en casa desde su regreso del continente, se vio obligado a obedecer la citación. Promete venir aquí el próximo lunes.

Mi corazón volvió a hundirse. ¡La verdad era exactamente lo que había temido! El informe de su discurso en los periódicos lo había alarmado, y sin duda estaba de nuevo en camino al extranjero, habiendo obtenido una buena suma de Edwards and Sutton por un secreto robado al desdichado hombre que había sido asesinado.

—Entonces regresaré a Londres de inmediato —anuncié; y, sin mostrar mi ansiedad a mi amigo calvo, que había sido tan hábilmente engañado, me despedí de él, y una hora más tarde partí de Bulwell hacia Londres.

En la gris tarde de marzo descendí de un coche ante aquella puerta tan recordada de la casa del profesor en Sussex Place. No creía ni por un momento que estuviera allí. Por supuesto, ya habría escapado hacía tiempo. En Edimburgo y en Glasgow había estado cerca de sus pasos, como también en Birmingham, y siempre había logrado evadirme con astucia. Para mi asombro, mi llamada fue respondida por Antonio: pulcro, sonriente, pero con el mismo rostro maligno de siempre.

—¿Está su amo en casa? —pregunté con brusquedad, pues ciertamente no esperaba encontrarme con el hombre que había huido a Italia y que después me había amenazado.

—No, signore —respondió con suavidad—. Está fuera en este momento.

—¿Entonces... ha vuelto a casa?

—Sí, signore. Regresó inesperadamente ayer.

—¿Y la señorita Ethelwynn?

—La signorina sigue en Broadstairs; esperamos que llegue mañana.

—¿Y mi esposa, Antonio, dónde está? —pregunté, mirándolo directamente al rostro.

—Ah, ¿cómo puedo saberlo, Signor Holford? ¿No le he dicho ya que ignoro por completo su paradero? —y mostró sus huesudas palmas.

—He oído que ha estado con su amo en Hungría o en Rumanía.

—¡Por supuesto! ¿Por qué no? —dijo, mientras estábamos en el amplio vestíbulo—. Pero el Signor Kirk está arriba, en el estudio. Quizá desee verlo. Creo que ha estado intentando telefonarle a Chiswick.

Me sobresalté con ansiosa expectativa.

—Por supuesto, veré al señor Kirk —dije.

Y procurando dominar mis nervios y controlar mi temperamento, subí las escaleras hacia la sala que tan bien recordaba. Lo que me desconcertaba era si debía ahora acusar abiertamente a Kirk de duplicidad y fraude. Si lo hacía, temía que al falso profesor le diera la alarma y que nuevamente se me escapara. En mi camino hacia el estudio resolví adoptar un curso puramente diplomático. No dejaría que Kirk supiera de mis visitas a Birmingham y Sheffield, ni siquiera que había leído el informe del anuncio del profesor. Por un segundo contuve la respiración. Luego giré el picaporte de la puerta y entré con decisión.

—¡Mi querido Holford! —exclamó Kirk, levantándose de la mesa de escribir y estrechando mi mano como si se alegrara de mi visita—. He intentado comunicarme con usted en su garaje tres veces esta mañana, pero su gente estaba ocupada. Debe estar bastante atareado allí, ¿eh?

El hombre de rostro enjuto era, en verdad, un actor perfecto.

—He venido a ver a Antonio —dije—. Oí que había regresado.

—Entonces es afortunado, muy afortunado —dijo—. Estoy esperando el regreso de alguien que desea mucho conocerlo. Por esa razón he estado intentando llamarlo.

Mis labios se curvaron en una sonrisa incrédula. Así que el impostor estaba ansioso de verme; doblemente ansioso, sin

duda, porque sabía que yo conocía la verdad sobre la muerte del pobre Greer. Sí, lo vería y lo desenmascararía.

Capítulo Veintiocho

Sin buenas noticias

En la luz moribunda de Londres, cuando Kirk se levantó y se colocó junto a la ventana, su semblante era aún más siniestro y misterioso que nunca. En sus labios jugaba aquella sonrisa enigmática y sarcástica que tanto me irritaba y desconcertaba. Allí estaba un hombre que había engañado al duro magnate de Sheffield haciéndole creer que poseía poder e influencia, cuando en realidad no era más que un astuto aventurero.

—Siéntese, Holford —dijo con voz jovial, invitándome a un gran sillón de cuero—. Ha llegado el momento en que es muy necesario que usted y yo lleguemos a un entendimiento claro y definitivo.

—Sí —exclamé—, estoy de acuerdo con usted. ¿No le he pedido siempre una declaración clara de los hechos? ¿No le he rogado que me diga dónde puedo encontrar a mi esposa?

—Lo ha hecho —respondió, apoyándose en la gran mesa de caoba antigua, cubierta de libros y revistas científicas—. Pero hasta ahora no he podido satisfacerlo. Incluso ahora sigo en gran medida a oscuras respecto al... bueno, al desafortunado suceso, llamémoslo así, que tuvo lugar en esta casa.

—Pero usted ha estado actuando en concierto con el hombre que se hace llamar Greer, ¿no es cierto? —observé—. ¡Ha estado con él en el extranjero!

—No lo niego. ¿Por qué habría de hacerlo?

Me encogí de hombros con impaciencia. Su evasiva era siempre astuta, siempre bien calculada.

—Cuando me trajo aquí por primera vez —dije— fue para obtener mi ayuda en descubrir quién mató al profesor Greer, y...

—¡Y usted hizo una promesa que no cumplió! —me

interrumpió—. Por eso no he podido mantener mi palabra con usted. ¿No es eso bastante lógico?

—La desaparición de mi esposa es lo que más me preocupa —dije—. Lo demás es para mí de importancia secundaria. Si quisiera revelarlo, podría decirme dónde está ella. Sé que ha estado en Viena, alojada en el Hotel Continental, y que ha sido vista en su compañía, señor Kirk.

—¡Eso sí que es bastante ingenioso de su parte! —rió con aire condescendiente, y me pareció que su rostro gris cambiaba levemente—. Me pregunto cómo llegó a saberlo.

—La fuente de mi información no importa —respondí con firmeza—. Basta con que sea confiable.

—Bien —rió—, desde aquella noche en que se sentó conmigo en Bedford Park me he visto obligado a actuar, y he descubierto bastantes cosas que entonces jamás imaginé; hechos que me han asombrado, como pronto lo asombrarán a usted, Holford.

—Nada puede asombrarme ya en este turbio asunto —declaré—. Buscó mi ayuda para descubrir quién mató al profesor Greer y, sin embargo, habiendo ganado mi confianza, abusó de ella de inmediato! —grité con amargo reproche.

—Esa es su opinión actual —dijo, con mirada astuta.

—¡Una opinión basada en sus actos hacia mí! —exclamé con vehemencia.

—Mi querido Holford —dijo—, hablemos ahora con franqueza, de hombre a hombre. —Se inclinó hacia mí con actitud ansiosa—. Le pregunto si, dadas las circunstancias —sin olvidar que Scotland Yard le ha negado ayuda— olvidar lo que vio aquella noche en el laboratorio, dejarlo de lado como si nunca lo hubiera presenciado, ¿no es acaso el mejor plan?

—¡Ah, aún desea encubrir la tragedia! —grité—. La razón es, por supuesto, bastante obvia.

—Malinterpreta mis palabras. Deseo evitar un escándalo sobre personas inocentes —replicó rápidamente Kirk—. Una vez me dio su promesa de secreto y la rompió. ¿Me dará otra? —¿Y si la diera —pregunté con cierta vacilación—, esos preciados amigos suyos me devolverían a mi esposa?

—No puedo responder por otros. Personalmente, haré todo lo

posible por ayudarlo —fue su evasiva respuesta.

—¿Por qué desea arrancarme esa promesa? —preguntó con desconfianza.

—Porque... bueno, porque debe darla. Debe permanecer en silencio, Holford. ¡Es imperativo!

—Realmente me pide demasiado —reí con sarcasmo—. Conozco la horrible verdad. Usted mismo me la mostró, me arrastró a este oscuro asunto y ahora exige fríamente mi silencio porque supongo que está interesado en el dinero obtenido por la venta del secreto del profesor Greer.

—Ethelwynn Greer hace la misma demanda que yo —dijo con calma—. Seguramente no cree que la joven haya participado en ganancias obtenidas vergonzosamente.

—La joven vio a su padre muerto y ahora se niega a admitirlo —respondí.

—¿Cómo sabe que lo vio? —preguntó—. ¿Qué prueba real tiene de ello, aparte de mi palabra, repetida de la historia que me contó Antonio?

—¡Ah! ¿Así que Antonio cambia su relato para ajustarlo al nuevo orden de los acontecimientos?

—Bueno —dijo Kirk tras una breve pausa—, que haya un nuevo orden de acontecimientos —como usted lo llama— lo admito. Sin embargo, sean cuales sean, su silencio, Holford, al igual que el mío, es imperativo. ¡Lo oye! —añadió, mirándome directamente al rostro.

—Oír y obedecer no son sinónimos —respondí con ira.

Estaba indignado con aquel hombre que se negaba a darme satisfacción alguna respecto a Mabel y, aun así, exigía mi silencio. ¿No era acaso un rasgo muy curioso del asunto —reflexioné— que Ethelwynn se hubiera acercado a mí con astucia, ofreciéndome noticias de Mabel a cambio de mi compromiso de no investigar más la muerte secreta de su padre? ¿Cuánto sabía Langton, y cuál era el alcance del conocimiento de aquel amigo suyo, el especialista en enfermedades de la garganta y la nariz?

Por unos momentos permanecí en silencio, anhelando el regreso del falso profesor, el hombre al que había seguido por Edimburgo y Glasgow, y que tan hábilmente había

escapado a mi vigilancia. Estaba ansioso por encontrarlo y ver qué clase de hombre podía ser. Como impostor era, al parecer, descarado y audaz más allá de lo creíble. ¿Cuántos miles habrían pagado Edwards y Sutton por aquel gran secreto que no era suyo?

Antonio, suave y servil, asomó de pronto la cabeza por la puerta, preguntando:

—¿Ha llamado, signore? —preguntó Antonio.

—¡No! —grité, levantándome con furia—. El señor Kirk no ha llamado. Supongo que ha estado escuchando detrás de la puerta, ¿verdad? ¡Usted es uno de los cómplices en el asesinato de su amo y, por el cielo, lo pagará! Si Scotland Yard no quiere ayudarme, entonces tomaré la ley en mis propias manos y mostraré al público la inutilidad y la burocracia de la policía.

—¡El signore está un poco excitado! —fue la tranquila observación del hombre dirigida a Kirk.

—¡Excitado, por el cielo! —grité—. ¡No me dejaré engañar más por ninguno de ustedes, banda de asesinos! Pretenden que crea que lo negro es blanco y me dicen que mis propios ojos me engañan. ¡Pero ya me las pagarán, recuerden mis palabras!

—Le ruego que se calme, Holford —dijo Kirk, cambiando ligeramente de posición y apoyándose con naturalidad en la mesa—. Nada bueno puede resultar de las recriminaciones.

La astucia de aquel hombre no tenía igual; su ingenio era casi sobrehumano. Hubo un tiempo en que lo temí, pero ahora, sabiendo que poseía información que él deseaba suprimir con tanto empeño, me sentía triunfante.

—Lo admito —continuó con calma, mientras Antonio desaparecía cerrando la puerta—. Admito que hay ciertos hechos desagradables, muy difíciles de olvidar, pero ¿no es mejor ser misericordioso con los inocentes y vivos que vengar a los muertos?

—Usted desea sellar mis labios, mi querido señor —dije—. ¿Por qué no habla con total claridad?

—Sí —admitió—, le hago esa petición porque... bueno, por

varias razones muy poderosas, siendo el futuro de Ethelwynn una de ellas.

—¿Y qué me importa a mí el futuro de esa joven, ahora que el mío ha sido arruinado por las diabólicas maquinaciones de usted y su banda? —grité con amarga ira.

—¡Su denuncia es totalmente injustificada, Holford! —exclamó.

—¡No lo es! —protesté—. Usted sabe dónde está mi esposa y se niega a decírmelo.

—Por favor, no discutamos más ese punto —insistió—. La cuestión es si usted considerará, o no, todo lo que vio en esta casa hace un par de meses como algo enteramente confidencial.

—¿Por qué?

—Por razones que sabrá más adelante. Lamento no poder explicarlo en este momento, porque estaría rompiendo una confianza —respondió—. Pero —añadió, mirándome muy seriamente—, una vida, la vida de una mujer, depende de su silencio.

Vacilé un instante.

—¡Ah, ya veo! —grité—. Entonces la joven conspiró para provocar la muerte de su padre y ahora teme al impostor.

—Debo dejar que mantenga su propia opinión —dijo, encogiéndose de hombros con desdén. Luego, volviéndose hacia la ventana, metió las manos en los bolsillos y, con ese aire cosmopolita suyo, tarareó un verso de aquella pegajosa canción de los bulevares que solía cantar con frecuencia.

Capítulo Veintinueve

Una nueva dificultad

La manera despreocupada en que Kirk parecía tratar el grave asunto de mi vida me enfurecía. Este hombre, que en Chiswick se hacía pasar por un desdichado acabado, ciertamente no era una persona común. Era un aventurero astuto y hábil, dotado de recursos que incluso habían sorprendido a Sir Mark Edwards. Me había atrapado por alguna razón oculta y ahora me mantenía en un odioso cautiverio.

Pero con el vívido recuerdo de Mabel en mi mente, resolví desafiar a ese enemigo mío a toda costa. Solo esperaba el regreso del falso profesor para desenmascarar a la pareja, llamar a un agente y entregarlos a ambos. El resultado me importaba poco. Al menos se me brindaría la oportunidad de hacer revelaciones en el tribunal que les sería difícil refutar. ¿No sería eso un beneficio público? Aquellos dos eran hábiles estafadores, cosechando la ganancia de un secreto descubierto por el desdichado hombre que había sido asesinado deliberadamente.

—¡Usted parece, señor Kirk, considerarme un completo necio!
—dije, interrumpiendo su canto.

—Lo creo, mi querido Holford, lo creo. Ha actuado contra sus propios intereses y aún ahora escupe contra el viento.

—¡Desea mi silencio, pero no me ofrece nada a cambio! —dije.

—¡Ah, quiere un pago! —exclamó—. Mi querido señor, solo tiene que nombrar su precio. No discutiremos por ello, se lo aseguro.

—No —respondí con ira—, no deseo dinero manchado de sangre, aunque fuera para salvar a Ethelwynn Greer. Siempre la he sospechado de alguna complicidad en el asunto, aunque aquella noche en que usted la llevó a la casa de Foley Street

ella lo acusó del crimen.

Se sobresaltó y se volvió hacia mí; su semblante palideció ligeramente.

—Repita eso —dijo en voz baja.

Lo hice. Le conté cómo lo había seguido hasta Foley Street y le hablé de los gritos y las palabras que había escuchado mientras permanecía bajo la niebla frente a la casa.

—H'm. Así que cree que soy culpable del crimen, ¿eh? —dijo simplemente.

—Repito la acusación de la joven contra usted —dije—. ¡Y sin embargo esa misma joven ahora declara que el profesor no está muerto! —Entonces añadí—: Estaba muerto cuando estuvimos juntos en el laboratorio, ¿no es así? ¡Vamos, hable con claridad!

—¡Ciertamente lo estaba!

—Y los hombres no vuelven a la vida una vez muertos, ¿verdad?

—Pero este es un caso inusual, le digo. Él...

—Por inusual que sea, no puede alterar las leyes de la vida y la muerte —declaré.

—Bueno, mi querido Holford, cómo desearía poder revelarle una simple verdad. Lo asombraría, sin duda, pero al mismo tiempo cambiaría su opinión sobre mí.

—¡Oh, claro! —reí con amargura—. No es tan noble como lo pintan; usted, que ha conspirado para mantener a mi esposa alejada de mí; usted, que quizá le ha contado alguna infame historia que la ha hecho mirarme con duda y horror. He sabido recientemente que ella conocía a este hombre que se hace llamar Ernest Greer y que, antes de dejar mi casa, recibió noticias secretas de él.

—Los asuntos de su esposa no me interesan en lo más mínimo, Holford —dijo el viejo bribón—. Solo le planteo un asunto sencillo de negocios; en una palabra, le hago una propuesta para su consideración.

—¡Una propuesta que jamás aceptaré, jamás, ¿lo entiende?!

—añadí con énfasis.

—¿Ni siquiera si le ruego en nombre de Ethelwynn, en nombre de una joven cuya vida depende de su silencio?

—preguntó con seriedad.

—El castigo por asesinato es la muerte —fue mi dura respuesta.

Me miró fijamente, sin hablar. Vi que comprendía mi firmeza y que yo estaba decidido a revelar la verdad al mundo entero.

—¡Pero seguramente no actuará como un necio, Holford! —exclamó al fin—. Le hablé la primera noche que nos sentamos juntos sobre los grandes asuntos que dependían de su silencio, y lo repito ahora.

—¿Por qué me atrajo a este enredo de crimen y misterio? —pregunté rápidamente—. Dígame eso.

—Porque... bueno... —vaciló—. Porque fui un necio, lo admito francamente. Nunca debí haberlo buscado. Tres días después lo lamenté profundamente.

—¡Lo lamentó porque descubrió, para su sorpresa, que no tenía a un necio frente a usted! —grité.

—No; porque había cometido un error en otra dirección. Pero... ¡escuche!

Presté atención y oí pasos en las escaleras.

—¡El profesor! —exclamó Kirk—. Ha regresado. Lo presentaré. Me levanté de la silla con los dientes apretados y la mano aferrando el borde de la mesa. Un instante después la puerta se abrió y me encontré cara a cara con el impostor. Kirk, con aquella calma que tanto me irritaba, nos presentó. Pero yo saludé fríamente al hombre bien vestido, un sujeto de ojos penetrantes y una corta barba gris descuidada, preguntando a mi acompañante:

—¿Es realmente necesaria esta farsa, señor Kirk, cuando sé la verdad?

El recién llegado miró de reojo a su cómplice, quien le devolvió una rápida mirada cargada de significado.

—¡Ah, mi estimado señor Holford! —exclamó el falso profesor—. He tenido muchos deseos de conocerlo desde hace tiempo. Es un gran placer.

—Y uno que yo correspondo de todo corazón —respondí con dureza—. He intentado encontrarlo durante mucho tiempo. Lo seguí en Edimburgo, en Glasgow y más tarde en Birmingham.

—Entonces, ¿no es acaso una feliz coincidencia que nos encontremos hoy? —dijo él, algo nervioso.

—¡Feliz para mí, pero quizá desastrosa para usted! —repliqué con una risa seca.

—¿Por qué?

—Porque ahora pienso denunciar su muy hábil complot. El secreto que ha vendido a Sir Mark Edwards no le pertenece en absoluto, sino al profesor Ernest Greer, el hombre que fue asesinado en la habitación contigua, en su propio laboratorio! Sus labios palidieron y se tensaron. Vi en sus ojos oscuros una expresión de temor. Me temía, eso era evidente.

—Holford, está equivocado —declaró Kirk.

—¿En qué sentido? —pregunté.

—¡El profesor Ernest Greer está frente a usted!

—¡No! —grité—. Este hombre es el impostor, el farsante que escribió a mi esposa y la atrajo fuera de su hogar.

—Escribí a la señora Holford, ciertamente —respondió él con frialdad—. Pero sin mala intención; de eso ella misma podrá asegurarlo.

—¿Dónde está ella?

—Sin duda la verá muy pronto, y ella le explicará la razón de su ausencia.

—¡Ah! —dije—. Ustedes, aventureros, no se atreven a decirme la verdad directamente. Recuerden, vi al profesor tendido muerto en esta casa. ¡No pueden convencerme de que mis ojos me engañaron!

—¡Y sin embargo ve al profesor vivo frente a usted ahora!

—declaró Kirk con una risa triunfante.

Pero hice un gesto de desprecio, declarando que me negaba a seguir siendo engañado.

—No está siendo engañado, señor Holford —afirmó el hombre con voz calmada y clara, mientras abría la puerta y llamaba a Antonio. El criado entró en pocos segundos y el recién llegado dijo—: Antonio, ¿quiere decirle a este caballero quién soy?

—Usted es mi querido amo, signore: el profesor Ernest Greer.

—Ya sé, Antonio, que es un mentiroso profesional —grité—, así que puede retirarse.

—La signorina Ethelwynn acaba de llegar, signore —comentó el sirviente.

—¡Ah! Entonces dígame a mi hija que suba —exclamó—. Ella sin duda convencerá al señor Holford de que no soy un impostor.

—La señorita Ethelwynn vio a su padre muerto, igual que yo; ¿cómo, entonces, puede identificarlo como su padre fallecido? ¿Tiene usted un hermano gemelo o algún pariente que se le parezca mucho?

—No, no lo tengo —respondió rápidamente—. Soy simplemente el profesor Ernest Greer, a quien miles de personas pueden identificar.

En ese momento la joven de cabellos rubios entró en la habitación y, con un salto, se lanzó a los brazos del impostor y lo besó. Aquella actuación fue, sin duda, perfecta. Sin embargo, me mantuve al margen y sonreí. ¿No había admitido Kirk previamente que su prioridad era asegurar mi silencio?

—¿Soy tu padre? —preguntó el hombre de ojos oscuros a Ethelwynn, con la mano sobre su hombro.

—¡Por supuesto que lo eres, querido papá! ¿Por qué lo preguntas?

—¡Porque este caballero no lo cree! —rió él.

—Este es mi padre, señor Holford —declaró la joven, volviéndose hacia mí.

—¿Pero no vio usted, con sus propios ojos, a su padre muerto en el laboratorio? —pregunté con seriedad—. ¿No estará siendo engañada, como estos hombres intentan engañarme a mí?

Ella vaciló, mirando al hombre que se hacía pasar por el profesor, como esperando que él respondiera por ella.

—No —proseguí—, esto es una conspiración, un plan para colocar a este hombre en el lugar de un muerto. Y usted lo sabe, señorita Ethelwynn.

—¡Le digo que es mi padre! —insistió la joven—. ¿No puede creerlo?

—No sin alguna prueba independiente —respondí. Esa insistencia me enfurecía.

—¿Entonces qué prueba necesita? —preguntó el hombre—. ¿Quiere que llame al guardián del parque en Clarence Gate? Me conoce y me ha visto cada día durante años.

—Llámele, si quiere —dije, aunque, a decir verdad, no pensaba dejarme engañar más por las astutas trampas de Kirk y su banda.

Antonio fue enviado a buscar al guardián del parque, quien apareció al poco tiempo.

—¿Conoce al profesor Greer desde hace mucho tiempo? —pregunté al anciano.

—¡Varios años, señor! —respondió rápidamente.

—¿Y reconoce a este caballero como el profesor?

—¡Por supuesto, señor! Lo vi entrar por la puerta esta mañana. Se ha cortado la barba y eso cambia un poco a un hombre, ¿sabe? —rió.

—¿No tiene duda en identificarlo? —pregunté—. ¿Podría jurarlo en un tribunal?

—Sí, señor, en cualquier tribunal. El profesor ha sido muy amable conmigo en varias ocasiones; por lo tanto, no es probable que olvide su rostro ni su voz.

Esto me desconcertó. ¿Era posible que este impostor fuera el hermano gemelo del profesor? Estaba convencido de que Kirk continuaba con una conspiración muy ingeniosa. ¿Acaso su sugerencia de que olvidara la tragedia no era prueba suficiente de un doble juego? Agradecí al guardián del parque, quien se retiró con Antonio, tras lo cual Kirk me preguntó si no estaba satisfecho.

—No —dije—, y nunca lo estaré hasta descubrir la identidad del hombre que mató al profesor Greer.

—¡Pero el profesor Greer está frente a usted! —declaró Ethelwynn—. ¡Nadie lo mató!

—¿Así que desea que lo crea? —dije con una sonrisa—. Pero como se me ha exigido secreto en su nombre, solo puedo sospechar que usted estuvo, de algún modo, implicada en el crimen.

Ella palideció como la muerte. Mis palabras, lo vi, tuvieron un efecto sorprendente sobre ella. Miró primero a Kirk y luego

al hombre que fingía ser su padre; el hombre que había obtenido miles de libras por un secreto que no le pertenecía.

—¿Entonces rehúsa aceptar incluso el testimonio del guardián del parque? —comentó Kirk, mientras el hombre que había asumido la identidad del profesor cruzaba hacia el escritorio y comenzaba a revisar unas cartas allí depositadas.

—Así es; imi intención es desenmascararlos a todos!

El impostor, con la luz menguante cayendo sobre su rostro anguloso, se volvió rápidamente, y en su semblante apareció una expresión de miedo mortal que no había notado antes. Hasta entonces su actitud había sido de audaz indiferencia. Pero ahora, al darse cuenta de mi determinación, se alarmaba. Veía que había llevado el engaño demasiado lejos.

—Ethelwynn —dije en voz baja y tensa—, deseo hablar con el señor Holford. Déjanos un momento, querida. Ve al Cuarto Rojo, y nos reuniremos contigo más tarde.

—Mi querido señor —exclamé—, no deseo escuchar más de sus negativas.

—Iré, papá, por supuesto —respondió la joven, quien, obedeciendo su sugerencia, salió de la sala.

Me volví para seguirla, pero con un movimiento repentino él se colocó frente a la puerta, exclamando con ansiedad:

—Señor Holford, le ruego que me escuche un instante, se lo suplico. Quiero decirle algo: ¡confesar!

—¡Ah! —reí triunfante—. ¡Por fin! ¡Va a confesar! ¡Bien! Soy todo oídos.

—Escuche con cuidado los hechos, Holford —instó Kirk—. El peligro del profesor radica en el conocimiento que posee un solo hombre: usted. Por lo tanto, es justo que conozca la verdad.

—No espero la verdad de usted —reí con incredulidad—. ¿Cómo podría, después de todo lo que ha pasado?

—El engaño que he practicado sobre usted era imperativo —respondió con audacia.

—Permítame explicar —interrumpió el impostor, avanzando hacia la chimenea junto a la cual yo estaba—. Primero, repito que soy el profesor Ernest Greer, y que esta es mi casa. Mi declaración podrá verificarse más adelante, pero por ahora le

pido que la acepte como verdad. Mi viejo amigo aquí, Kershaw Kirk, no es un aventurero, aunque con frecuencia se haga pasar por tal. Lo hace por necesidad, pues su verdadera profesión es la de agente confidencial del Gobierno británico, el jefe de confianza de nuestro Departamento de Inteligencia. Sonreí con incredulidad, preguntándome qué fantástica historia estaba a punto de relatar, pues incluso entonces no lo reconocía por la fotografía que había obtenido antes de ir a Escocia. Estaba más delgado, y sus ojos eran muy distintos a los de la fotografía, más estrechos y hundidos.

—Los hechos simples son los siguientes —prosiguió, tras una breve pausa—. Había estado experimentando hasta descubrir un método sencillo de obtener del aire aquellos elementos sutiles: helio y neón. Mi éxito confirmó incidentalmente la estimación de Sir William Ramsay de que la proporción de neón y helio en la atmósfera era de aproximadamente uno a dos en cada cien mil, cuando se me ocurrió que mi proceso de endurecimiento de planchas de blindaje podía mejorarse, y que podía crearse una sustancia de gran poder de corte. Mis experimentos fueron largos y tediosos, pero finalmente coronados con éxito. Muy imprudentemente publiqué, en la revista científica francesa Cosmos, un informe de estos experimentos, y un mes más tarde Kirk me informó en secreto que el Gobierno alemán —siempre nuestros rivales en mejoras de material bélico— estaba intentando activamente obtener mi secreto. Como sabe, siempre mantenía mi laboratorio cerrado y no permitía a nadie entrar bajo ningún pretexto. Mi única confidente era mi hija Ethelwynn.

Y nuevamente hizo una pausa, mirando hacia donde Kirk permanecía, con ojos entrecerrados y en silencio.

—Bien —continuó—, tras otro mes, Kirk regresó de Alemania, donde había estado en misión secreta para el Gobierno, y entonces me instó a extremar las precauciones. Un agente alemán muy hábil, de nombre Max Leftwich, que había residido en Londres durante algunos años, había recibido la orden de obtener mi secreto a cualquier precio. Kirk me advirtió que era un hombre de notable tacto y habilidad, y

que bajo su control tenía al menos una docena de agentes que le prestaban asistencia. Fue él quien había conseguido para sus jefes en Berlín el secreto de nuestro nuevo submarino, y quien había dirigido el reconocimiento de la costa de Suffolk con miras a una próxima invasión. Confieso que me reí de los temores de Kirk; temores que me fueron repetidos por uno de los lores del Almirantazgo apenas una semana después. No veía razón alguna para una seria aprensión. Mi laboratorio estaba siempre cerrado, y no podía ser penetrado ni por la claraboya ni por el invernadero, mientras que las únicas llaves de aquellas puertas dobles estaban seguras en mi cadena. Pero, ¡ay!, como muchos otros hombres, me había confiado imprudentemente en una falsa sensación de seguridad.

Y suspiró, haciendo nuevamente una pausa.

Capítulo Treinta

Descubro mucho que es asombroso

—Bien —continuó el hombre de ojos oscuros—, el brusco despertar llegó de la siguiente manera. El trece de enero cayó en domingo. Kirk, que había estado ocupado vigilando los movimientos del agente secreto Leftwich, me envió un telegrama indicándome que partiera hacia Edimburgo a las once y media de esa noche, y pidiéndome que, si pensaba seguir su sugerencia, subiera y bajara la cortina del salón tres veces a las cinco y cuarto. Con eso comprendí que el agente alemán y sus cómplices tramaban algún juego desesperado, y que Kirk, siempre astuto y activo, pretendía impedirles llevar a cabo su propósito.

—¿Si alguien lograba entrar al laboratorio, podría robar el secreto? —pregunté.

—Podría obtener muestras del acero para que fueran analizadas —respondió—. Y esas muestras, junto con los resultados escritos de mis experimentos, guardados en la caja fuerte aquí mismo, en esta sala, pondrían mi proceso en sus manos.

—Entonces usted actuaba siguiendo la sugerencia de Kirk —dije—. Él quería que se apartara, enviándolo a Escocia, ¿verdad?

—Exactamente. El Gobierno le había ordenado previamente vigilarme, pues el Departamento de Inteligencia sabía que Alemania haría un intento desesperado por obtener el secreto de lo que, para ellos, sería un proceso de gran valor en la preparación del acero para su nueva marina.

—¿Y usted hizo la señal a Kirk?

—Sí. No le dije nada a Ethelwynn, temiendo alarmarla. Solo le comenté que estaba obligado a ir a Escocia, con la intención de llevarla conmigo en el último momento. Esa noche no me

vestí de etiqueta, pues era domingo. Cenamos a las ocho y después Antonio preparó mis maletas. Tras la cena, mi hija subió al salón, mientras yo entré aquí al estudio para escribir unas cartas y atender algunos asuntos antes de partir. A las diez menos cuarto recordé que debía retirar un pequeño crisol del horno donde lo había colocado esa tarde y, al pasar por el Cuarto Rojo, descubrí con gran sorpresa que las dos puertas que conducían al laboratorio estaban abiertas y sin llave.

Hizo una pausa antes de continuar con el relato de aquel encuentro fatal.

—Sospechando algo extraño, me precipité dentro, para encontrar, con asombro, a un intruso allí: el hombre Leftwich, vestido exactamente para parecerse a mí. Tenía en la mano algunas muestras del nuevo acero y, al entrar yo silenciosamente, estaba inclinado sobre un cuaderno de notas, leyendo apuntes que había hecho ese mismo día. ¡Imagínese mi sorpresa al ver a mi doble frente a mí! Lo encaré, exigiendo saber qué quería. Comprendí que debía haber entrado con llaves hechas a partir de impresiones de cera de las mías, y que su propósito al disfrazarse como yo era pasar desapercibido ante Antonio o cualquier otro sirviente. De hecho, después se comprobó que Antonio lo vio subir inmediatamente después de la cena y creyó que era yo mismo.

—¿Es esto un hecho? —exclamé, atónito.

—La verdad —declaró Kirk—; pero escuche hasta el final.

—Bien —continuó el profesor—, al ser confrontado, el hombre, viéndose acorralado, me atacó de inmediato con un cuchillo. Me lancé sobre él. Intentó matarme y escapar. ¡Ah! Fue un momento emocionante: ¡su vida o la mía! Grité, pero Antonio no me oyó. El individuo me tomó por la garganta y levantó la mano para herirme. Me cortó gravemente el dedo meñique. Entonces, de pronto, resbaló sobre las losas y en un instante lo inmovilicé. Le arranqué el cuchillo y... y lo golpeé. Cayó muerto en el rincón. Me quedé horrorizado por lo que había hecho. Había salvado el secreto, evitado que cayera en manos de los enemigos de Gran Bretaña, pero

había matado al agente alemán, que aparentemente había escapado a la vigilancia de Kirk.

—No sabía qué hacer después —prosiguió—. Permanecí unos momentos paralizado por mi acción. De pronto se me ocurrió que, al estar vestido exactamente como yo, se creería que yo había sido el atacado. Pero sus rasgos no eran los míos, así que tomé una botella de ácido corrosivo y la arrojé a su rostro; luego intercambié mi reloj de oro y mis llaves por los suyos, y puse algunas de mis cartas en su bolsillo. Después volví a colocar las pocas cosas que habían sido desordenadas en el laboratorio, apagué la luz y, dejando al espía muerto en el rincón, cerré ambas puertas, que, como verá, se cierran automáticamente.

—¿Y entonces? —pregunté, asombrado por su relato.

—Entonces vine aquí, me vendé el dedo, abrí la caja fuerte y saqué los preciados libros con los registros de mis experimentos, para que pareciera que se había cometido un robo. Tras asearme en mi habitación, procuré mantener la calma y pedí a Ethelwynn que telefonara para reservar un camarote. Había decidido ya, al no haber más peligro de espías, no llevarla conmigo. Justo antes de partir, vine aquí y le escribí una carta, diciéndole que estaría ausente algunos meses e instruyéndola para que llamara a Kirk y lo considerara su protector durante mi ausencia. Al salir dejé la nota bajo la bandeja en la mesa del vestíbulo, para que la descubriera la doncella al limpiar por la mañana. A las once y media partí de King's Cross hacia Edimburgo, sin poder comunicarme con Kirk ni contarle lo que realmente había ocurrido.

—Yo, por mi parte, naturalmente creí que el hombre muerto era el profesor —interrumpió Kirk.

—¿Y cuándo supo la verdad? —pregunté.

—Al día siguiente de haberlo llamado a usted. Entonces comprendí que, al exponer un asunto que debía mantenerse en secreto a toda costa, había actuado muy imprudentemente. No me atreví a decirle la verdad. Fui a Edimburgo y encontré al profesor, que estaba oculto, temeroso de que el asunto se descubriera. Me contó

exactamente lo ocurrido y pidió mi ayuda. Mis agentes vigilaron cada movimiento suyo. Estuvieron con usted en Edimburgo y en Glasgow. Por lo tanto, sabía muy bien cuán empeñosamente buscaba una solución al misterio.

Me detuve, lleno de asombro. Al reflexionar, comprendí que Kirk había estado protegiendo a su amigo el profesor todo el tiempo.

En respuesta a mis preguntas, me dijo que la razón por la cual no podía probar satisfactoriamente una coartada si se le acusaba del crimen era porque, en la hora de la tragedia, estaba ocupado en una misión para el Gobierno: una transacción secreta con un agente de otra potencia extranjera que resultaba muy ventajosa para nosotros, y cuya traición habría provocado serias complicaciones internacionales. Sus alegaciones de enemistad hacia el profesor habían sido hechas para confundirme.

Añadió también que la razón por la cual el Comisionado de Policía no había escuchado mi relato era porque yo había hecho acusaciones contra él. Lo conocían en "the Yard" —añadió con una risa—, y no era probable que se atrevieran a investigar sus acciones.

—¡Pero yo vi a la señorita Ethelwynn tendida muerta! —dije, volviéndome hacia el profesor—, pues ¿cómo podía ahora dudar de que realmente era él?

—Que mi hija relate su propia historia —respondió; y, yendo a la puerta, la llamó.

—Cuéntale al señor Holford, querida, lo que te ocurrió aquella noche cuando regresaste de casa de tu tía —dijo, al entrar ella en la sala—. Yo ya le he confesado la verdad.

—Bueno, papá —dijo ella—, yo creí que el hombre en el laboratorio eras tú mismo. Además, el señor Kirk también lo creyó. El rostro estaba, por supuesto, muy desfigurado, pero la ropa era tuya, y en los bolsillos estaban tu reloj y algunas

de tus cartas. Estaba loca de dolor, y con Morgan, a quien el señor Kirk contó una historia ficticia, fui a casa de Lady Mellor. Aquella noche algo me impulsó a regresar, entrar con mi llave y subir al laboratorio para asegurarme de que realmente eras tú. De algún modo no podía creer que hubieras muerto. Recuerda que estuve en el Cuarto Rojo toda la noche, y ciertamente me habrías despertado si hubieras entrado y abierto la puerta. Así que fui. Entré suavemente, para que Antonio no me oyera, y subí al laboratorio, encendí la luz y examiné el cuerpo de cerca. ¡Ah! Era una visión espantosa—pero me convencí de que no eras tú. Bajé sigilosamente al comedor, pero al entrar algo se lanzó de pronto sobre mi cabeza; percibí un olor extraño—quizá algún anestésico. Intenté gritar, pero no pude, y en pocos momentos quedé inconsciente. Cuando recobré el sentido me encontré en una casa extraña, con el señor Kirk inclinado sobre mí. Creo que estaba delirante, pues recuerdo que gritaba y lo acusaba de intentar matarme. Se había grabado en mi mente desequilibrada que él había matado a mi padre. Pero, por el contrario, me cuidaba con atención. Al llevar la mano a mi rostro encontré en mi mejilla una sustancia como cera, que se desprendió en mi mano.

—¿Y después fuiste a Broadstairs? —pregunté.

—Sí; fui con Morgan al día siguiente.

—¿Pero quién te atacó en el comedor?

—¡Ah! Eso aún debe probarse —respondió Kirk—. Sin duda alguien que había entrado secretamente en la casa con el mismo propósito que ella—alguien que sospechaba que Leftwich había tenido un fin prematuro—intentó asesinarla. El agresor primero le administró un anestésico, y después debió inyectarle con una jeringa hipodérmica algún veneno extraño, que le dio toda la apariencia de muerte, aunque la dosis fue, afortunadamente, ineficaz. Recordando los rasgos desfigurados de Leftwich—que había visto apenas unos minutos antes—parece que su atacante intentó desfigurar los

de ella vertiendo cera caliente de los candelabros encendidos sobre la mesa del comedor. Fue, por supuesto, el acto de una persona medio enloquecida por el deseo de venganza.

—¿Y no saben quién lo hizo?

—Tengo una sospecha—una ligera sospecha. Me corresponde probar su verdad.

—Ahora verá la terrible posición en la que me he encontrado, señor Holford —exclamó Ethelwynn—. Yo sabía que mi padre había matado a un hombre. ¿Era sorprendente, entonces, que intentara protegerlo?

—Ciertamente no —respondí—. Actuó de manera natural. Mi principal queja es que todos han mantenido a mi esposa alejada de mí.

—De eso hablaremos más tarde —interrumpió Kirk—. Permítame continuar. Cuando estuve en Edimburgo y supe que el profesor vivía y estaba oculto, regresé y me dediqué a eliminar todo rastro del desafortunado asunto. Permitir que los hechos se filtraran al público podría haber provocado una seria disputa con el Gobierno alemán, y no podía permitirlo. Por eso, la noche en que Langton vio la luz en el salón, Ethelwynn, que había venido de Broadstairs, Pietro y yo preparamos el horno, y juntos nos deshicimos de los horribles restos, tras lo cual comimos apresuradamente.

—Había enviado previamente a Antonio a Italia de vacaciones, considerando mejor que estuviera ausente. Ethelwynn y Pietro habían salido de la casa, cuando, de repente, oí la campana y, mirando, vi a Langton en la puerta. Fue un momento emocionante. Sabía que el joven había tenido sus sospechas al encontrarse con Antonio en Calais, pues Antonio me había teleografiado que había sido reconocido. Así que esperé hasta que usted, muy afortunadamente, llegó, y me permitió escapar.

Por un momento guardé silencio. Luego dije:

—Recordará que cuando regresamos a Bath Road después de mi primera visita a Sussex Place lo llamaron por teléfono. El mensaje lo alarmó mucho. ¿Qué fue?

—Antonio me dijo que sospechaba que el hombre muerto no era el profesor —respondió.

—Y en su segunda visita a esta casa usted hizo señales con la cortina del salón, como lo había hecho el profesor.

—Señalé a Pietro, que estaba afuera en la niebla, que usted aún estaba conmigo. Él había estado, por supuesto, con Ethelwynn en Foley Street, y yo estaba a punto de ir allí.

—Y dígame, ¿qué relación tenía el doctor Flynn con el asunto? —pregunté, completamente asombrado por la extraordinaria historia que se desplegaba.

—Escuche—y le diré toda la verdad —dijo Kirk; y, haciendo una pausa, miró tanto al padre como a la hija, como si buscara su consentimiento para hacer más revelaciones y así esclarecer lo que era, sin duda, el misterio más extraordinario de los tiempos modernos.

Lo que había escuchado era ya bastante sorprendente, pero lo que aún debía conocer era aún más asombroso, como verá.

Capítulo Treinta y Uno

Otra vez con asombro

Mientras hablábamos, Antonio entró y entregó a su amo una nota que, tras leerla, este pasó a Kirk.

—¿Irá, supongo? —preguntó al profesor.

—Creo que sí —respondió Greer—. Cruzaré el Canal esta noche. Pero si voy, debo primero pasar por la City para ver a Meyrick —y, mirando su reloj, exclamó—: ¡Por Júpiter! ¡Debo marcharme! —Luego, dirigiéndose a Antonio, pidió que llamara a un taxi.

—Espero, señor Holford —dijo, volviéndose hacia mí—, que ahora esté convencido de que no soy un impostor, sino realmente el profesor Ernest Greer en carne y hueso.

—Lo ha hecho —admití—; sin embargo, hay varios puntos que aún no me quedan claros.

—Mi buen amigo Kirk se los aclarará, estoy seguro —dijo—. El único favor que le pido es el de un silencio absoluto. Fue la vida del alemán o la mía. Me atacó con un cuchillo y lo que hice fue —¡Dios lo sabe!— solo en defensa propia. Sin embargo, el público no debe saber nada. Es por temor a usted, a que descubriera la verdad y expusiera el asunto a la prensa, por lo que he vivido en perpetua ansiedad, viajando constantemente de un lugar a otro con la esperanza de que aún me considerara un impostor. Mientras creyera eso, nada tenía que temer. Mi hija incluso ha amenazado con quitarse la vida si se dijera públicamente que maté al hombre que intentó robar mi secreto. Para ella, su silencio significa amor y vida.

—Sí, señor Holford —declaró la joven con angustia—; Leonard no conoce la verdad. Si la supiera, seguramente me rechazaría como hija de un asesino. En verdad, nunca más podría levantar la cabeza. Creo firmemente en la versión de

mi querido padre, ipero sus enemigos ciertamente no lo harían! ¿Me dará al menos su palabra? —imploró.

Vacilé. No tenía del todo claros muchos puntos.

—Cuando haya visto a mi esposa y consultado con ella le daré una respuesta, señorita Greer —dije—. Admito que lo que he aprendido hoy me ha sorprendido y ha despejado muchas dudas.

Kirk estaba explicando cómo el diminuto muñeco de oro, el pequeño amuleto que se había descubierto tras la tragedia, había sido rastreado a través del joyero de Bond Street que lo fabricó. Resultó que el profesor lo había comprado para regalárselo a Ethelwynn para su pulsera, pero ella lo había perdido el día anterior. Por lo tanto, no era una pista hacia el asesino, como al principio habíamos sospechado.

En ese momento Antonio, de mirada grave, volvió a abrir la puerta, anunciando que el coche estaba en la entrada. El profesor Greer me estrechó la mano con un último ruego de guardar silencio.

—Sin duda verá a su esposa pronto, y ella le explicará mucho de lo que aún es un misterio para usted. Recuerde que su devoción hacia usted fue la causa de su ausencia. Le contaron esa historia para mantenerla alejada y apartarlo de la investigación, pues temíamos que pudiera tener demasiado éxito. ¡Adiós, señor Holford! Cuando regrese, dentro de una semana, espero que venga y tengamos otra charla. Mientras tanto, solo puedo pedirle que me perdone por haber sido el medio involuntario de causarle tal horror y ansiedad.

Y, con una rápida despedida a los demás, salió de la sala.

—Un punto que necesito aclarar —dije, volviéndome hacia Kirk— es la razón por la cual usted y esos otros hombres estaban tan interesados en el nuevo neumático Eckhardt.

—La razón por la que vine a verlo era bastante simple —dijo—. Max Leftwich se hacía pasar por el inventor de dicho neumático, tratando así de ocultar su verdadera profesión de agente secreto alemán. Pero como lo había encontrado en Berlín tres años antes bajo la apariencia de un prestamista, dudaba de su genio inventivo. Vine a usted para examinar el neumático Eckhardt y me convencí de que el

modelo de Leftwich era una mera imitación sin valor. Mis asistentes también fueron a su garaje con el mismo propósito. Leftwich había abierto un local en Charing Cross Road para la venta de accesorios de motor, y el «neumático Eckhardt mejorado» era una de las invenciones que afirmaba haber creado.

—¿Pero también tenía otro motivo? —sugerí.

—Ciertamente, Holford —respondió rápidamente—. Confieso que lo había estado observando durante un año y sentía que podía confiar en usted. Deseaba reclutarlo como uno de mis asistentes e iniciarlo en un trabajo por el cual el Gobierno pagaría bien. Seguramente le habría valido la pena dejar su negocio al cuidado de su gerente, el señor Pelham, y entrar al servicio del departamento que dirijo. Pero recuerde: cuando le pedí que viniera aquí, incluso yo estaba engañado. Creí que mi amigo Greer estaba muerto. Cuando descubrí lo que realmente había ocurrido, vi que el único peligro estaba en que usted descubriera la verdad. De ahí toda esa enredada cadena de engaños.

—¡Pero el profesor podría, incluso ahora, ser acusado de asesinato, o al menos de homicidio! —observé.

—¡Mi padre podría serlo, señor Holford, si usted no guarda su terrible secreto! —exclamó Ethelwynn—. ¡De usted depende todo nuestro futuro!

Una vez más exigí la verdad sobre Mabel y noticias de su paradero, pero Kirk solo repitió lo que Greer ya había afirmado: una promesa de que nos encontraríamos y que ella daría una explicación completa.

Regresé a Bath Road completamente desconcertado y, sentado con Gwen, le relaté todos los hechos desde el principio, tal como los he narrado aquí.

Ella se quedó mirándome boquiabierta.

—¿Pero dónde está Mabel? —exclamó alarmada—. El profesor y los demás han regresado del extranjero y, sin embargo, ella sigue ausente. ¿No le darán ninguna explicación? —¡Ninguna! —respondí con un suspiro de cansancio—. No sé, después de todo, si aceptar lo que me han relatado o si

desconfiar de ello.

—El hecho de que la policía se negara a investigar tu historia, Harry, parece prueba suficiente de que ese hombre Kirk es una persona poderosa e influyente. En verdad, ¿no tiende a confirmar la versión de que el profesor no murió y que realmente mató al alemán en defensa propia?

Admití que así era. Y entonces resolví que, como Kirk no me daba satisfacción alguna respecto a Mabel, yo, por mi parte, me negaría a aceptar cualquier pacto de silencio. Mi esposa valía mucho más para mí que cualquier complicación internacional. ¿Qué era la ira de Alemania por haber visto frustrado su vil intento de obtener el secreto del nuevo acero, comparada con el bienestar de Mabel?

Habían pasado dos días pesados. Kershaw Kirk había llamado por la tarde, alrededor de las siete, pero me negué a verlo. Mandé decir con Annie que estaba fuera, probando un coche.

—Dígale al señor Holford que venga a verme en cuanto regrese. Debo hablar con él lo antes posible —había dicho. Y este fue el mensaje que la doncella me trajo cuando el astuto funcionario del Gobierno se marchó.

Poco antes de las diez entré en el despacho de Kirk. Estaba sentado con sus zapatillas bordadas y su vieja bata de terciopelo, mientras detrás de él se hallaba el loro gris, que chilló ruidosamente cuando la señorita Kirk abrió la puerta para dejarme pasar. Sentado frente a él, cerca del fuego, estaba Leonard Langton, de rostro pálido y grave.

—¡Ah, Holford! —exclamó Kirk, levantándose de su silla, con ojos agudos y alerta—. Lo he estado buscando. Quería... quería hacerle un anuncio —añadió, con un leve titubeo en la voz, o así me pareció.

—¿De qué se trata?

Tomó de su mesa un largo telegrama. Reconocí que era europeo por el hecho de que estaba en cinta verde pegada a un formulario. Unido a él había una etiqueta cuadrada, de color rojo oscuro, con las palabras: «Telegrama del Gobierno: Prioritario».

—Lea eso —dijo sin más.

Capítulo Treinta y Dos

Problema resuelto

Lo leí de principio a fin y contuve la respiración. Venía de Angulema, en el centro de Francia, y estaba firmado por alguien llamado Croxton, evidentemente un agente del servicio secreto de nuestro Gobierno. El telegrama era una mezcla de cifras y letras en clave, pero, en la parte superior, escrito en tinta, aparecían sus equivalentes en lenguaje claro. El mensaje decía:

«Los detalles son los siguientes: el profesor Greer salió de París en el expreso de las nueve y veintinueve de anoche rumbo a Burdeos. Ocupaba solo un compartimento de primera clase, y en Poitiers el jefe del tren lo vio dormido. Poco después de pasar Moussac, hacia Angulema, dos hombres en el compartimento contiguo se sobresaltaron al oír tres disparos de pistola en rápida sucesión. Miraron afuera y vieron a un hombre abrir la puerta del vagón y saltar del tren en marcha. El tren fue detenido tirando de la señal de alarma y se encontró al profesor muerto en el suelo del compartimento. Su agresor había entrado evidentemente en Ruffec, el nudo ferroviario hacia La Rochelle. Los pasajeros iniciaron una búsqueda hacia atrás en la vía, hasta Moussac, donde hallaron al asesino tendido en una zanja con el cuello roto. Ambos cuerpos han sido traídos aquí a Angulema y, por los papeles hallados en el asesino, se le ha identificado como un alemán llamado Henke, que vivía recientemente en Hillside Cottage, Epping. Se ha fotografiado el cuerpo y se envía copia para identificación. Estoy haciendo arreglos para enviar el cuerpo del difunto profesor a Londres. Telegrafíe más instrucciones».

—¿Qué significa esto? —exclamé, atónito.

—Conocemos al hombre Henke —respondió Kirk—. Era un agente secreto alemán que últimamente había estado

ocupado, junto con otros, en realizar un reconocimiento completo al norte de Londres. Era cuñado de Leftwich. Fue él quien entró en la casa de Sussex Place para asegurarse de que su pariente estaba muerto y quien, al encontrar allí a Ethelwynn, la atacó salvajemente creyendo haberla matado. Al descubrir que no, evidentemente siguió al profesor y, ¡ay!, vengó la muerte de Leftwich.

—¿Entonces el pobre profesor ha muerto de verdad? —dije, asombrado.

—Sí —suspiró Langton—. Ethelwynn está fuera de sí de dolor. Acabo de dejarla tras darle la terrible noticia.

—¡Ah! —exclamó Kirk—. Es, sin duda, una venganza oscura y amarga, agravada, Holford, por un hecho evidente.

—¿Cuál es?

—El hecho de que el doctor Flynn —nacido en Alemania, aunque de padres británicos y amigo íntimo de Leftwich—, sospechando la verdad, se lo contó al cuñado del alemán, con este trágico resultado.

—¡Entonces Flynn es responsable de la muerte de Greer! —grité.

—Sin duda —respondió Kirk—. ¡Pobre Greer! Era un viejo y querido amigo mío. Nunca sospeché que lo seguirían al extranjero, o habría ido con él. Flynn, sin duda, estaba al tanto del intento de venganza.

—¿Dónde está Flynn?

—Se ha marchado al extranjero —respondió Langton—. Tan pronto como le conté lo que el señor Kirk había dicho por teléfono, recogió algunas cosas y, con la excusa de que debía visitar a unos amigos en Alemania, se dirigió a la estación de Charing Cross.

Me quedé mirando a la pareja frente a mí, con los pensamientos demasiado revueltos para expresarlos con palabras. El final del profesor Greer fue, en verdad, inesperado y extraordinario.

Aquella noche, sin embargo, estuvo llena de sorpresas, pues al regresar a casa encontré a Mabel, dulce, ansiosa y feliz, esperándome con impaciencia. Noté que parecía pálida, cansada y marcada por el viaje, pero, al lanzarse a mis

brazos con un grito de alegría por nuestro reencuentro, sollozó pidiéndome perdón por haber dudado de mí.

—No te entiendo, querida —dije—. Yo nunca dudé de ti ni por un momento.

—¡Ah! —sollozó—, no sabes todo lo que he sufrido en estas largas semanas que hemos estado separados.

—Cuéntame, amor mío, cuéntame todo.

Entonces, en frases entrecortadas y sonriendo de vez en cuando entre lágrimas, me explicó cómo, al recibir el falso telegrama, había partido de inmediato hacia Italia. Allí se encontró con Kirk, quien le dijo que yo había sido acusado falsamente de un delito y que estaba oculto. Le prometió que, si ella mantenía su identidad en secreto por un tiempo, la llevaría conmigo.

Fueron a Florencia, solo para descubrir que yo no estaba allí. De allí fueron a Faenza, donde fue entregada al cuidado de Pietro Merli, quien la condujo por el continente bajo el mismo pretexto: siempre buscándome y siempre impidiéndole enviar mensajes a casa por temor, según decía el italiano, a que la policía inglesa siguiera la pista. En Viena, Kirk volvió a encontrarse con ella después de que Pietro regresara a Inglaterra.

Allí conoció al profesor, a quien había tratado cuando era niña, y quien deliberadamente le envió una nota y la vio antes de urdir el engaño para mantenerla en el extranjero y apartarla de mí. Ella, a su vez, fue presentada a Sir Mark Edwards, que había ido a Viena a comprar el secreto del nuevo acero, y lo acompañó una noche a la ópera. Desde Viena, mi querida esposa fue inducida a viajar sola a Moscú, donde durante la última quincena había estado esperando noticias más prometidas por el profesor. Tres días antes, sin embargo, había recibido un telegrama de Kirk diciendo que la supuesta acusación contra mí había sido retirada. Entonces, por supuesto, no perdió un instante en volver a mi lado.

Durante mi ausencia en casa de Kirk, Gwen había estado contando a su hermana toda la extraordinaria verdad. Por lo tanto, cuando mi esposa concluyó su relato, su cabeza cayó sobre mi hombro y, entre lágrimas, me pidió perdón por

haber dudado de mí; una falta que perdoné de buen grado.

¿Es necesario decir más? Mabel y yo estuvimos junto a la tumba y presenciamos el entierro del profesor Greer cerca de Broadstairs. También debo contarles cómo, apenas un año después, Ethelwynn, que había heredado la gran fortuna derivada de los descubrimientos de su padre, se casó con Leonard Langton, siendo mi esposa y yo invitados de honor en la boda.

De Flynn no se ha vuelto a saber nada; pero Antonio sigue siendo el mayordomo en la hermosa casa que Langton ha tomado en Hill Street. Leonard y Ethelwynn son sumamente felices. Sin embargo, creo sinceramente que Mabel y yo lo somos aún más, pues nuestra separación forzada ha hecho más dulces las alegrías de nuestras vidas y ha demostrado nuestra mutua confianza y amor.

Kershaw Kirk sigue viajando de un lado a otro, siempre activo como agente secreto del Gobierno británico y siempre inclinado a pedir consejo a su mascota emplumada. En cuanto a mí, sigo con mi garaje en Chiswick, un negocio que se expande rápidamente, aunque confieso que estuvo a punto de arruinarse en aquellos oscuros días en que buscaba una solución al notable misterio de «El Cuarto Rojo».

Sobre esta edición

Obra original: *The Red Room* –William Le Queux, 1909.

Edición: Traducción y prefacio de uso libre, 2026.

Nota legal: La obra original en inglés está en dominio público en todo el mundo.

Esta traducción se distribuye bajo licencia CC BY 4.0.

